

EL LIBRO DE LOS SIGNOS

LENGUAJE INICIÁTICO
PARA EL CONOCIMIENTO
DEL OTRO SABER

Colección Inicio
Edición 29

Índice

<i>Introducción</i>	11
1. Signos generales	19
2. La Cruz	45
3. El Crismón	63
4. Otros signos cristianos	79
5. El Monograma	89
6. Signos de los maestros canteros	99
7. Los cuatro elementos	109
8 y 9. Signos astrológicos y astronómicos	115
10. Signos botánicos	139
11. Signos químicos y alquímicos	145
12. Distintivos y marcas caseras	177
13. Signos de origen vario	207
14. Las runas	219

Sin duda alguna resulta muy gratificante para un escritor aficionado al estudio de las ciencias analógicas, el hecho de que, inesperadamente, caiga en sus manos un manuscrito —rescatado de lo que por fortuna nunca llegará a constituir un imperdonable y centenario olvido—, como el que ha servido de base al presente Libro de los Signos. Pocas veces ese suceso, inexplicable en apariencia, al que graciosamente solemos denominar suerte, azar o coincidencia (conceptos todos ellos que formalmente rehusó aceptar) llega en tan justo momento y de manera tan adecuada para estimular lo que un día fue intuición, y al presente es ya certeza, del equilibrado discursar de los acontecimientos.

Para cualquier lector interesado por el tema, se toma meridiano el hecho de que durante estos últimos años, ante la crisis que presenta una civilización trágicamente desquiciada, ha surgido una impresionante legión de obras que intentan abarcar todas las parcelas de un saber que separa al individuo del empirismo científico y la rigidez cartesiana en que ha sido educado y le permite introducirse —de forma no siempre honesta y muy raramente cualificada— en el camino de una vaga, plural y dudosa Iniciación. La apetencia por este material tan delicado y complejo ha sido tal, que por doquier se vio la conveniencia, eminentemente comercial, de reeditar introducciones, manuales y hasta enciclopedias que abarcasen desde la Cábala hasta las particularidades del triángulo de las Bermudas; desde los variopintos estudios sobre la Gran Pirámide, hasta los curiosos postulados de Hoerbiger; desde

el tantrismo hindú, hasta la estatuaria de la isla de Pascua. Los cultos solares, las profecías de Nostradamus, las recelosas afirmaciones de la NASA, el vudú, la cruzada de los Niños, el hombre espacial del tiempo de la reina Victoria, los mapas de Piri Reis, la proyección astral y mil otros temas de sugestivo contenido se han tocado por lo general superficialmente, pero siempre hasta la saciedad. De esta forma, raro es el quiosco, no ya de la gran ciudad sino el perteneciente a los llamados núcleos intermedios, es decir, pueblos con dos o tres calles asfaltadas, que no exhibe su correspondiente librero de parapsicología, ocultismo, extraterrestres o budismo tibetano. Las obras de Fulcanelli se venden al lado de los semanarios de modas, y las supuestas biografías de Paracelso o la historia de los Rosacruz se pueden encontrar en cualquier almacén quincallero. Siguiendo esta pauta, todo diario que se precie, lanza por capítulos la particular interpretación del erudito local sobre el enigmático fenómeno del Temple, el no menos singular movimiento cátaro o las complejas actividades del conde de Saint-Germain.

Entre tal inflación de literatura pseudoesotérica resulta tarea más que ardua para el profano bienintencionado topar con un texto que haya sido escrito, si no con erudición, al menos con honradez. Evidentemente existen, para nuestra tranquilidad, textos, autores y editoriales que han procurado y procuran acercar este individuo alienado, insatisfecho y consumista —prototipo de una sociedad que rinde el más vergonzoso de los cultos a una tecnología esclavizadora— a los dinteles de Otro Saber que esclarezca las raíces de su más íntima esencia, aun a riesgo de caer en el anatema de lo que la ciencia ortodoxa califica peyorativamente como «contracultura». Pues bien, aún dentro de esta segunda y más digna categoría de textos respetables, se hace verdaderamente difícil encontrar alguno que se haya preocupado de forma más o menos concienzuda por algo tan capital como puede ser el eslabón primero de toda ciencia: el Signo. Y así resulta poco menos que imposible hacer una recapitulación válida de estos importantísimos elementos, bien porque muchos respetables autores los den por ya conocidos, obviando su explicación, bien porque una simple recapitulación de los mismos implique una labor fatigosa.

*Una definición academicista y sintética nos dirá que signo es todo carácter gráfico que por su naturaleza o por convenio evoca en el entendimiento la idea de otra cosa. En principio, y salvadas las naturales reservas de concepto, podría darse por verdadera tal definición. Pero es justamente la importancia de esa evocación lo que determina la categoría axiológica del signo. De todos es sabido —y Georges Mounin lo expone claramente en sus ensayos introductorios a la semiología— que nuestro lenguaje actual, se trate del ordinario o del científico, ha terminado por encerrarnos en un universo lingüístico que nos impide observar otros sistemas de comunicación. Nos apoyamos en la palabra, nos ensalzamos y nos esclavizamos por la palabra. Marginando ciertas vertientes utilitarias (códigos de valoración científica, de notación musical, transmisión de mensajes o de circulación automovilística), el signo ha dejado de tener valor para nosotros. Nadie busca ya en él, o bien se hace a ínfima escala, una fácil identificación del significante, una percepción, una adivinación del significado. Una vez más hemos caído en la cómoda trampa de un absorbente utilitarismo. El hombre renuncia a la evocación, se desliga de sus principios rectores. La magia del grafismo primigenio, del trazado críptico —nexo entre una revelación más o menos válida y nuestra actividad cotidiana— queda relegada al plano de las divagaciones inútiles o, cuando más, al campo de un vetusto pintoresquismo. Y como suele acontecer con todo conocimiento en vías de extinción, el signo —por supuesto que nos estamos refiriendo al signo de contenido trascendente— padece su inevitable proceso de automatismo deformante. Marcamos con una cruz el párrafo, la dirección o el simple número telefónico para dar a entender el interés que nos ofrecen estos datos, y al hacerlo mecánicamente —con la impronta lamentable que preside la mayoría de nuestros actos— no pensamos en el profundo significado de ese trazo, ajeno, por supuesto, a cualquier connotación supuestamente cristiana; nos complacemos en el dibujo de una estrella, desconociendo el benéfico influjo de su simbolismo; aco-
tamos con un círculo aquel detalle que nos importa, ignorando el valor de integridad que tal forma revela, etc. En resumen, nos servimos del signo con la misma irreflexión con que presionamos automáticamente el botón del ascensor o estre-*

chamos la mano que se nos tiende. El triángulo no tiene ya para nosotros más que el valor de una simple figura geométrica y a nadie le importa saber por qué se ha escogido en física o matemáticas como expresión de número infinito. En un mundo crítico y abundante en inequívocas señales admonitorias, el hombre, ejemplar patético al que el progresivo anquilosamiento de sus más puros instintos ha relegado a un desamparo atroz, se debate entre la ignorancia y la presunción, entre la provocación y el miedo.

Expuestas así las cosas, el presente Libro de los Signos quisiera constituir, y ojalá lo consiga, un medio para ayudar al lector a ver el mundo de la «otra» manera y estimularle en la búsqueda de las verdaderas razones de la existencia. Extenderse ahora en consideraciones referentes a la consecución del precioso manuscrito que sirvió de base a este libro, sería indiscutiblemente un tema sugerente para el lector, por las particularidades que concurrieron en tal hallazgo, pero no es, en modo alguno, materia que necesariamente haya de ser tratada en esta introducción. Baste decir que ciertas obras surgen a la luz en circunstancias insospechadas, pero siempre —y de nuevo nos encontramos ante la presencia de lo insólito— oportunas. Me atrevería a decir que esos libros, por la trascendencia y repercusión que su contenido puede ejercer sobre el que los lee atentamente, poseen en sí mismos una especie de mecanismo de actuación, de intrínseca dinámica que regula su conveniente aparición en un determinado momento de la evolución de la Humanidad. La historia de algunos textos misteriosos cuyos orígenes quedan velados tras una aparente bruma, confirma tal aserto. Así podemos hablar, en primer lugar, de una «Tabla Esmeralda», código esotérico del más alto nivel, atribuido por todos los adeptos a un personaje simbólico, Hermes Trismegisto, que hace su aparición cuando Occidente se abre a los esplendores de la Iniciación. El «Sepher ha Zohar» o «Libro del Esplendor», que durante mucho tiempo se consideró obra del rabino Simeón ben Yohai y que constituye uno de los comentarios más enigmáticos y sorprendentes de la Biblia, surge precisamente cuando es más necesario dotarla de una interpretación filosófica, más que exegética. «La clavícula de Salomón» reivindica para la Alta Magia un puesto de privilegio que otros textos vulgares

habían echado por tierra. Otro tanto sucede con el «*Mutuus Liber*», completo tratado sobre la consecución de la Gran Obra, que en este caso une al anonimato del autor la carencia de un texto explicativo, si bien para el adepto dicha falta es perfectamente subsanable dada la intrínseca claridad de las láminas. La «*Esteganografía*» de Juan de Heidelberg (1462-1516) más conocido como el abad de Tritheim, es otra de las obras que merecería un estudio a fondo —muy distinto a los múltiples realizados hasta la fecha— que estableciese los verdaderos parámetros de identificación de obra y autor y de ambos con el crucial momento histórico que entonces vivía Europa. Por último, en nuestro evolucionado y abrumador siglo xx aparecen las antológicas obras de Fulcanelli para dar testimonio inequívoco y máximo relieve al sublime Arte de la Alquimia, en un mundo que parece definitivamente alejado de tal Ciencia.

Es obvio que podríamos alargar nuestra relación y reafirmar así la tesis, levemente esbozada, de que el gran manuscrito aparece cuando se dan las circunstancias que requieren su aparición. E insistimos en que las leyes que condicionan este fenómeno nada tienen que ver con las que emanarían de una simple cuestión de estadística. «No esperes que venga a ti el Maestro antes de que estés preparado para recibirlo», dice un antiquísimo proverbio que debe tenerse muy en cuenta.

Naturalmente, no está en nuestro ánimo sostener que el presente Libro de los Signos constituya un texto de tan capital importancia. Pero sí es cierto que podemos considerarlo como un acertado breviario, como un manual difícilmente realizable por la riqueza y variedad de los numerosísimos elementos que lo componen —recogidos en los más variados lugares de una geografía muy amplia—, alguno de los cuales, por su rareza y dificultad de consecución avalarían por sí solos el interés del presente volumen.

Por supuesto que no se ha pretendido con esta obra realizar un estudio exhaustivo de la naturaleza, evolución y plural interpretación del signo, pues tamaña tarea conllevaría un fárrago de datos que acabarían por extinguir el inicial interés del lector, limitando su proyección a la reducida elite de los estudiosos. El objetivo de nuestro empeño es muy otro: acer-

caros desprovistos del presuntuoso ropaje cientifista pero con la limpia y admirativa mirada del neófito a los símbolos que nuestros antepasados y Maestros escogieron como el medio más puro de transmisión de un Conocimiento —caso de ciertos signos esotéricos, mágicos y alquímicos—, de afirmación místico-religiosa —crismones, cruces, monogramas—, o de simple y evocadora individuación —signos de pertenencia y relación, por ejemplo.

Lógicamente hemos considerado como muy probable el hecho de que el lector se encuentre familiarizado con algunos de los ideogramas que aquí se tratan, y a fin de que él mismo entable sus propias relaciones, incorporando de esta manera un papel activo —nada más nefasto al enfrentarse ante una obra de esta índole, que la pasividad de una cómoda lectura—, no hemos querido establecer un orden de prelación entre los diferentes capítulos, lo cual podría llevarnos tal vez a una interpretación subjetiva y convencional. Indiscutiblemente, al abarcar esta obra elementos de muy variada índole, las personales preferencias se polarizarán en alguna de las materias tratadas, pero recomendamos como medida aconsejable, no desdeñar ninguno de los signos restantes por cuanto hasta en aquel que, a primera vista, pudiera resultarnos un simple grafismo caprichoso, se ha querido expresar un concepto de alto valor significante.

Asimismo nos hemos esforzado por dar a cada uno de los elementos una explicación —lo más acertada y honesta posible— que permita acercarse al mundo de los signos con el bagaje de conocimientos indispensable para una mejor comprensión de los mismos. Desgraciadamente y en algunos casos, bien sea por la infrecuencia del símbolo o por la disparidad de criterios de interpretación existentes, nos ha parecido más conveniente omitir todo comentario a fin de no inducir a un posible y lamentable equívoco. De la misma forma, consideramos oportuno insertar al inicio de cada capítulo, un breve texto que sirviese no de aclaración, pero sí de complemento a la materia tratada. Estamos plenamente seguros de que la mayoría, por no decir la totalidad, de los temas escogidos merecerían un estudio mucho más extenso, pero de hacerlo así hubiéramos caído en la tentación de convertir esta obra en algo muy distinto a lo pretendido.

Y para terminar, quisiéramos pedir al lector que una vez llegado a la última página, volviese hacia atrás y fijase nuevamente su mirada en el bello y simbólico dibujo de cada una de sus figuras, a través de las cuales corre ese inasequible, contradictorio y enigmático fluido que llamamos vida; que las contemplase como si por primera vez apareciesen ante sus ojos y, desprendiéndose de esa carga terrible y vanidosa que nos impide fundirnos plenamente con el más nimio de los objetos para calar en su otra esencia, comprendiese que, sin duda, todos nosotros podemos estar contenidos en el esquematismo de una simple línea. Quien sepa ver, que vea.

1. Signos generales

Vamos a iniciar nuestro recorrido a través del mundo de los signos por unas muestras que son, tal vez, las que han de hablarnos más íntimamente de la naturaleza humana, su origen y su desarrollo. Es muy probable que ante la simplicidad del trazado y el alcance de su mensaje, nos sintamos particularmente sobrecogidos, porque jamás nada tan importante fue expresado de manera más sucinta. Resulta evidente que para llegar a tal sublimación de la forma, era imprescindible una sabiduría, fruto, quizá, de una primigenia y desconocida Revelación. Elucubrar sobre la procedencia de tal información es materia sobre la que preferimos guardar silencio, dejando que otros, afianzados en una investigación que debería ser, cuando menos, extremadamente aquilatada, emitan sus teorías al respecto.

Es perfectamente comprensible que ante los signos que a continuación hemos de tratar —y que ciertamente fueron materia de estudio y de Iniciación no sólo en las escuelas esotéricas de Mesopotamia, Egipto y Grecia— el supuestamente evolucionado y decididamente atrevido hombre moderno se entregue a toda clase de cálculos, pues resulta imposible rechazar la influencia que sobre tantas culturas pasadas y, ¿por qué no?, sobre ciertos aspectos de la nuestra, ejercieron los cultos solares y místicos de Isis, Delfos y Samos. Nosotros nos limitamos a sentir el más profundo de los respetos por lo que aquellos seres verdaderamente privilegiados nos transmitieron intentando, al mismo tiempo, hacer propia su inquietud. Y a la hora de la interpretación de los signos a tratar, y

conscientes de la responsabilidad que entraña cualquier posible divagación al respecto, preferimos atenernos simplemente a un texto que durante milenios ha gozado de la aquiescencia unánime de los que emplearon su vida en la tarea del *Conocimiento de sí mismos*.

Dotar a estos signos de otra posible interpretación pudiera ser también válido pero, dado el carisma que siempre les distinguió, preferimos remitirnos básicamente a esta fuente. Haremos, sin embargo, la advertencia de que la inclusión del texto bíblico que acompaña a un cierto número de representaciones no determina forzosamente la aceptación o —lo que sería más partidista— la subordinación a dicho texto, puesto que la referencia tiene exclusivamente el valor de una interpretación.

Sabido es que el primero de los Libros Mosaicos ofrece —al igual que algunos otros pertenecientes al Antiguo Testamento— una multiplicidad de claves, muchas de las cuales podrían encajar perfectamente con cualquier corriente filosófica por muy desvinculada que estuviese de la visión religiosa judeocristiana. No se trata aquí, repetimos, de enfatizar sobre acotaciones tendenciosas, sino de adecuar un texto polivalente a unos símbolos de capital importancia.

Ateniéndonos ya estrictamente al contenido de este primer capítulo, creemos que las cuatro partes de que se compone, pueden ofrecer al lector una perspectiva nitida de su propia esencia y de los elementos que conforman nuestro mundo. «El que sepa que la solución más importante que el hombre puede hallar a los problemas más difíciles que se le presentan es el hombre mismo, podrá salvar a la humanidad», dice Erich Fromm poniendo esas palabras en boca de la Esfinge. Intentemos, pues, conocer a ese hombre a través de sus signos más elementales y, al tiempo, más profundos. Veamos, en primer lugar, la composición del Universo que le rodea, el origen de la vida, la vinculación existente entre el individuo y su mundo, el proceso espiritual, intelectual y emotivo que le son propios. Veamos también la esencia de los sexos y sus relaciones, los incidentes de la vida familiar con sus alegrías y desgracias, etc.


Por lo que se refiere a la antigüedad de estos signos, no hay duda de que pertenecen a los albores de la Humanidad,

ya que la necesidad de autoafirmación sentida por el hombre, ha sido una de sus constantes desde el momento en que por vez primera toma conciencia de sí mismo. No es de extrañar, por tanto, que gran parte del material que se incluye en este capítulo —encontrado en esculturas y dibujos rupestres, piedras y objetos personales— date del Neolítico. Posteriormente, sumerios, caldeos y egipcios utilizan muchos de estos signos como emblemas mágicos y expresiones de un poder que permanece vedado para nosotros. Y así, cuando finalmente llegan a Grecia, se transforman en elementos de máxima importancia en el desarrollo de los misterios eleusinos, délficos y pitagóricos (no olvidemos, por ejemplo, que la base del templo oracular de Delfos, el ombligo del mundo, era un círculo perfecto). Las corrientes místico-filosóficas que irradian de Samos —en donde se estudia y venera el número y la línea con una profundidad muy difícil de encontrar en otras escuelas— impregnan gran parte de las nuevas concepciones mágicas del Próximo Oriente. Gnósticos y judíos reciben, de alguna forma, estas influencias que han de engendrar una teoría de conocimiento perdurable a través de muchos siglos: la Cábala.


Al llegar a este punto, y aunque no es objeto del *Libro de los Signos* extenderse —como ya apuntábamos en la introducción— en disquisiciones más o menos amplias sobre todas las corrientes del pensamiento y escuelas esotéricas que potenciaron y enriquecieron el mundo del signo y del símbolo, sino ofrecer al lector una amplia muestra de aquéllos, brevemente comentados, se nos hace imperioso apuntar, aunque sea de forma muy concisa, la indudable repercusión que este Arte (tomando la denominación en el auténtico sentido que el término requiere, es decir, como virtud mediante la cual expresa el hombre lo material e invisible) tuvo sobre la interpretación del signo, imprimiéndole un vigor y una profundidad de contenido que, en algunos casos, sobrepasa cuantos trabajos se habían efectuado anteriormente. No olvidemos que una de las partes primordiales de la Cábala estudia la Obra de la Creación y la constitución del hombre de acuerdo con la Tradición esotérica. Este hecho implica la inclusión de numerosas claves que sirven para que el Iniciado no pierda su vía de conocimiento. Tales claves están formadas, en la mayoría

de los casos, por palabras que no pertenecen a ningún lenguaje y carecen, por esta razón, de significado aparente pero estimulan, de forma integral, en el adepto una corriente de energía que es totalmente desconocida para el profano. Además de esas palabras, se utilizan paralela o alternativamente signos que cumplen idéntica misión. Son precisamente estos signos los que motivan nuestro interés por la importancia de su mensaje, en el que están perfectamente contenidos los principios rectores del Universo.


Y antes de pasar al análisis de cada uno de los elementos, quisiéramos hacer una última observación: el hecho de que signos de idéntico trazado aparezcan a lo largo de esta obra con distintos significados no debe prestarse a confusión. Entiéndase que tal contingencia se debe no a discrepancias sobre su contenido, sino a las diversas y muchas veces complementarias interpretaciones de que fue objeto el referido elemento a lo largo de la Historia por las diversas Artes. Dicho esto, comencemos ya su estudio.




El punto es el origen del que parten todos los otros signos e, indiscutiblemente, es su esencia más íntima. Por antonomasia es la representación de la Unidad. Precisamente, ateniéndose a esta idea, las Logias masónicas expresaron de antiguo el secreto de sus Hermandades por medio del punto.



En el trazo horizontal, por el contrario, podemos ver a la Tierra, en la cual fluye la vida de forma ininterrumpida, moviéndose todo y cada cosa en el mismo plano.



El trazo vertical representa la unidad de Dios, o de la divinidad en general. Asimismo representa el Poder que desciende sobre la Humanidad desde lo Alto, o, en dirección opuesta, el anhelo que siente esta Humanidad, de valores y esencias más elevadas.

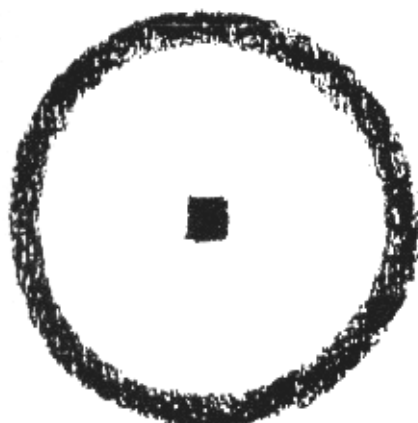


El ángulo expresa el encuentro de lo celestial con lo terrestre. Y puesto que ambos mundos nada poseen en común, las dos líneas que los representan se tocan, pero no se cruzan. Este signo patentiza la reciprocidad entre Dios y el Mundo. En las logias masónicas de la Edad Media, el ángulo recto representó siempre la Justicia y la Integridad.



En el signo de la cruz —que estudiaremos más detenidamente en el capítulo siguiente— la divinidad y el hombre se combinan armoniosamente para generar la vida. De dos simples trazos se ha evolucionado hasta un signo perfecto. La cruz es, con mucho, el más antiguo de todos los signos y se puede encontrar por todas partes, al margen del significado religioso con que la dotó el cristianismo.

El círculo, al carecer de principio y fin, es también el signo de Dios y de la eternidad. Representa el Infinito, el Universo o cualquier objeto en su totalidad. Por otra parte —y en contraste con el signo que estudiaremos a continuación— es el símbolo del Ojo durmiente de Dios: «El espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas...»



He aquí la representación del Ojo vigilante de Dios, el centro del Universo, la Causa primera. Es pues, el objeto de la Revelación: «...y Dios dijo: Hágase la Luz...»



Signo del elemento pasivo Femenino que existió desde el principio de todas las cosas «...y Dios separó las aguas que permanecían bajo el firmamento de aquellas otras que estaban sobre el mismo.» Representa también el movimiento general en los dos mundos.



Elemento activo masculino. Lo que viene de lo Alto. La efectividad del tiempo: «...Y Dios separó la Luz de las Tinieblas».



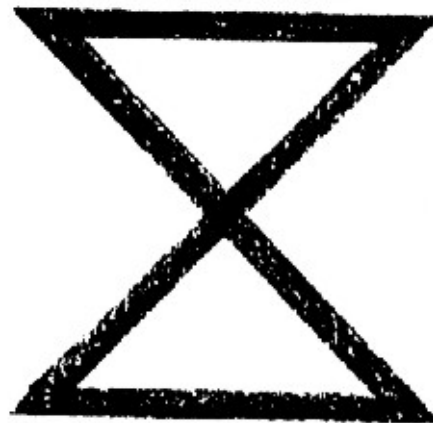
En cuanto el elemento masculino posee al femenino tiene lugar la creación, puesto que todo cuanto pertenece al mundo viviente, está formado por esta concurrencia de lo masculino y de lo femenino. En pasadas épocas, tanto en Oriente como en la mitología de los países nórdicos, este signo de la cruz rodada fue un símbolo del Sol.



El triángulo es un antiguo emblema egipcio de la Divinidad y también un símbolo pitagórico de la sabiduría. Inicialmente representa el Ternario neutro. En el cristianismo se le considera como signo de la triple personalidad de Dios. Asimismo, distinguiéndose del signo que viene a continuación, es otro emblema representativo de lo Femenino, el cual se apoya firmemente sobre una materia terrena, pero desea vivamente cosas más elevadas. Lo Femenino, en su concepto más profundo, es siempre terrenal.



Por otro lado, el triángulo sosteniéndose sobre un vértice es el símbolo de lo Masculino que, por su naturaleza, es celeste y lucha por llegar a la Verdad.



Examinemos ahora el movimiento de estos dos elementos triangulares de significado tan trascendente. En principio, ambas figuras comienzan a moverse una hacia la otra, hasta llegar al punto en que ambas se tocan en sus vértices, formando así otra figura, en apariencia enteramente nueva. Sin embargo, observemos que en esta conjunción ninguno de los dos triángulos ha sido modificado en absoluto.



Cuando, prosiguiendo su movimiento, pasan el uno a través del otro, la naturaleza de ambos se ve alterada y prácticamente obliterada, según podemos ver. Ahora se ha formado un complicado modelo, perfectamente simétrico, con nuevas y sorprendentes secciones y correlaciones. Los seis pequeños y distintos triángulos se han agrupado armoniosamente alrededor del central, mayor de tamaño. Una nueva y hermosa estrella ha nacido. Pero examinando la figura con un poco más de detalle, veremos que los dos triángulos primordiales todavía mantienen su individualidad. He aquí el símbolo del perfecto matrimonio de lo Masculino y lo Femenino. La fusión de lo

celestial con lo terrestre. La representación exacta del macrocosmos y del microcosmos regidos por el ternario. En pocas palabras, la expresión del Conocimiento.



Si proseguimos un paso más, llegará el momento en que ambos triángulos, desenlazándose, formarán un cuadrilátero. Los dos Elementos tienen una base común pero sus vértices vuelven, como en un principio, a señalar direcciones opuestas. La figura, pues, no es más que la simple suma de las dos formas descansando juntas pero liberadas ya la una de la otra. Éste es un signo también relativo (entre otros múltiples significados) de los cuatro Evangelistas.



Representación esotérica del Ternario.



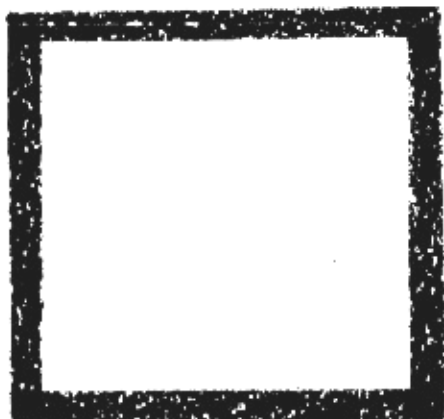
Los dos Cuaternarios (espiritual y material) en el Universo que, de esta forma, queda subdividido en cuatro partes iguales, regidas cada una de ellas por un Ternario.



Representación del Cuaternario material en el Universo.



Representación del Cuaternario, accionado por el Ternario, en el Universo.



El cuadrado es el símbolo del mundo y de la naturaleza. Completamente distinto del triángulo es, entre otros, el emblema de la mundanidad. En él está perfectamente representado el *Tetragrammon* sagrado que posee gran variedad de significados: los Cuatro Elementos (Tierra, Aire, Agua y Fuego), los cuatro ángulos y los cuatro ríos simbólicos del Paraíso, los cuatro Evangelistas, etc. Por excelencia es el signo del Orden Supremo y del Cuaternario material pasivo.



Los tres triángulos que tocan sus vértices en un punto central, forman ahora una nueva figura profundamente evocadora. El antiquísimo símbolo de la Divinidad, más allá del cual nada podemos saber.



La horqueta es el símbolo medieval de la Trinidad. Anteriormente fue un emblema pitagórico, representativo del curso de la vida en su forma de senda ascendente que se bifurca en dos direcciones, una hacia el bien y otra hacia el mal. Este signo tiene un origen muy antiguo y probablemente está vinculado al que veremos a continuación.



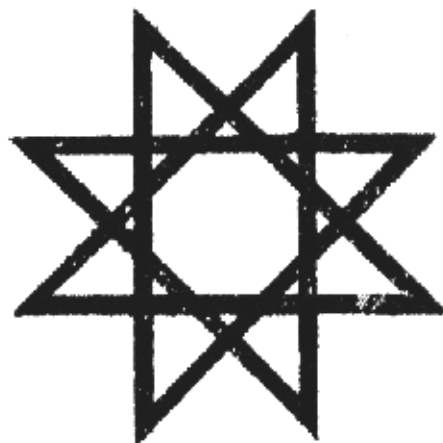
Antigua representación del Sol con sus tres rayos. Los trazos que se cruzan al final de cada uno de los mismos, representan la bóveda celeste.



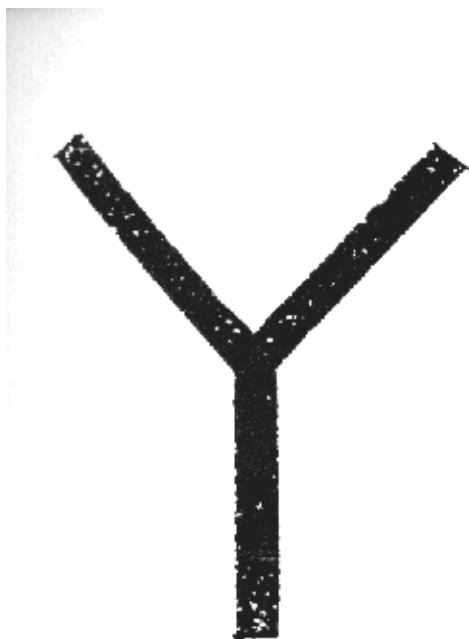
El Pentagrama. Una estrella de cinco puntas ejecutada de un solo trazo. Este signo, como tantos otros de los que aquí se reseñan, pertenece a los albores de la Humanidad y, ciertamente, es muy anterior a los caracteres escritos. Recordemos que los signos de esta clase constituyen los más antiguos documentos humanos que poseemos. A lo largo de la historia del hombre, el Pentagrama ha tenido distintos significados. Así, por ejemplo, los pitagóricos lo denominaron Pentalfa y los sacerdotes celtas, Pie de Bruja. Es, por excelencia, el Sello de Salomón, conocido durante la Edad Media como la Cruz de Trasgo. Representa también los cinco sentidos corporales. En el Pentagrama convergen los principios Masculino y Femenino, gracias al perfecto acuerdo de los cinco puntos. Para los druidas era signo de la divinidad, mientras que los

judíos lo consideraban como representación de los cinco Libros Mosaicos. Popularmente se le tuvo como emblema protector contra los demonios y, por analogía, símbolo de la seguridad. Empleado como amuleto, atrae la felicidad doméstica.

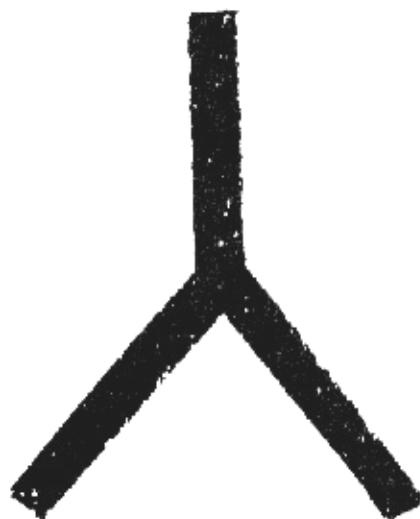
Para finalizar, recordemos que fue un hechizo mágico entre los pueblos babilonios. Esotéricamente representa el número cinco o punto de apoyo necesario para pasar del sagrado número siete al doce.



El Octograma o estrella de ocho puntas, realizada, como la anterior, con un solo trazo. Constituye uno de los signos más misteriosos, pues apenas si se conoce la verdadera significación del mismo, si bien pueden atribuírsele multiplicidad de connotaciones.



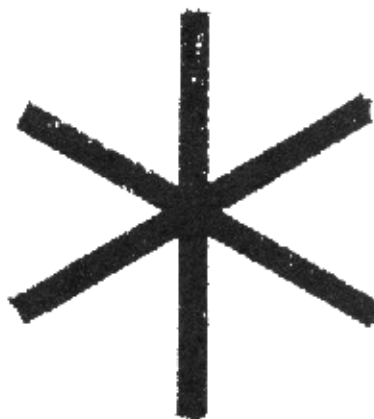
La horqueta. De nuevo volvemos sobre este signo tomándolo ahora en su ulterior apreciación, es decir, como espíritu expectante: el Hombre que contempla el Universo Superior con brazos tendidos hacia lo Alto.



En contraste con el anterior, el mismo signo, invertido, expresa el principio de salvación que desciende desde las alturas para esparcirse sobre el mundo.



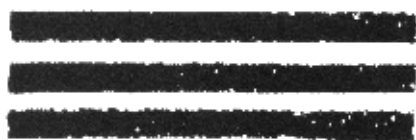
Ambos principios (al igual que sucedía con los dos triángulos) han iniciado su movimiento. Al tocarse, construyen una nueva forma que encierra un espacio vacío entre ellos.



Continuando su avance hasta llegar a la intersección, vemos aparecer en la figura los dientes de la horqueta.

Ya se ha completado la intersección y el resultado es una nueva estrella de seis puntas. Las dos formas iniciales, tan precisas en su impulso para formar la unión, han sido totalmente absorbidas por la nueva figura, la cual irradia poder hacia todas partes desde un punto central y, aunque inmóvil ella misma, genera movimiento a su alrededor.

Mientras los últimos cinco signos se referían al destino del alma, los cinco siguientes representan la naturaleza de la inteligencia y sus distintos modos.



Inteligencia pasiva.



Inteligencia activa.



Inteligencia en acción.



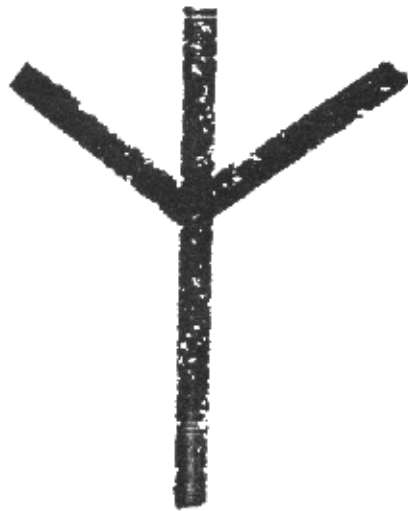
Inteligencia creativa.



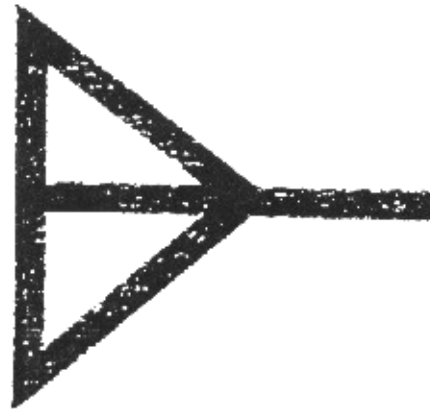
Inteligencia desordenada.

Las tres líneas moviéndose vertical u horizontalmente, juntas o independientes, nada alcanzan puesto que emergen del vacío y a él tornan. *Solamente el intelecto creativo cierra un espacio y construye una figura definitiva.* De esta forma las tres líneas incorporadas se vuelven una figura real, de la cual el triángulo es el símbolo. Cuando el intelecto se quiebra, el símbolo se destruye y de nuevo tornan las líneas al vacío, cortándose unas a otras en un general desgajamiento.

Vamos a pasar seguidamente a detallar una serie de signos, de gran pureza conceptiva, ilustrativos de la vida familiar. Como podrá apreciarse, *son expresiones de un pensamiento analítico que nos sorprende por su claridad y su inspiración.* Difícilmente se podría transmitir con palabras —y de forma más lúcida— el acontecer de la vida humana.



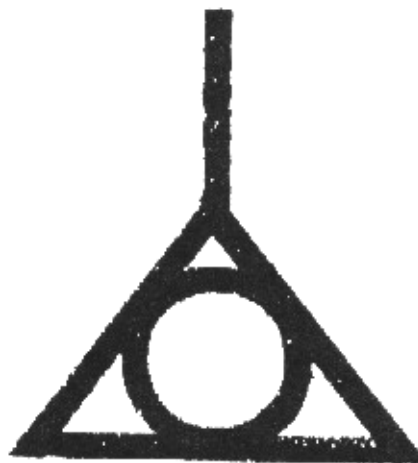
El hombre.



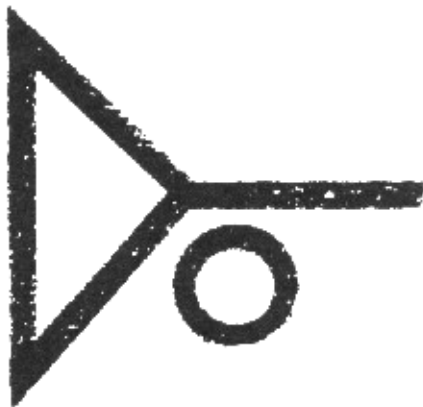
El hombre y la mujer yacen unidos para la procreación.



La mujer



La mujer queda preñada...



y da a luz un hijo.



Además de la vida familiar, existe la amistad entre los hombres. He aquí su símbolo.



La familia. El marido con su mujer e hijos.



Los hombres disputan y luchan.



El hombre muere.



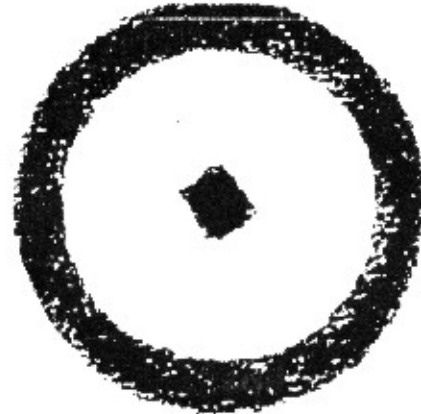
Uno de los hijos muere también.



Queda la viuda con sus hijos menores.



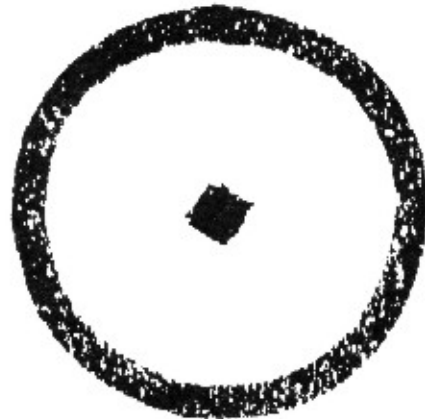
La madre acongojada, con su único hijo vivo.



Finalmente, muere la madre, dejando

un hijo que, a su vez, lleva en sí el germen de una nueva familia.

En la serie que a continuación se detalla, queda analizado de forma más particular, el crecimiento, grandeza y destrucción de la vida humana en su vertiente intelectual.



Criatura aún no nacida.

Desde el momento del nacimiento, la vida interior comienza a desarrollarse. El círculo es el cuerpo que la envuelve.



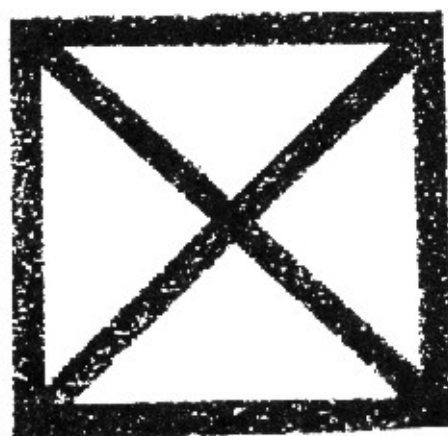
Así queda plenamente manifestada la trinidad de cuerpo, mente y espíritu. La esencia inmortal, el espíritu, es el punto del centro. El primer círculo representa la vida intelectual, la mentalidad del hombre, mientras que el círculo exterior significa la vida corporal.



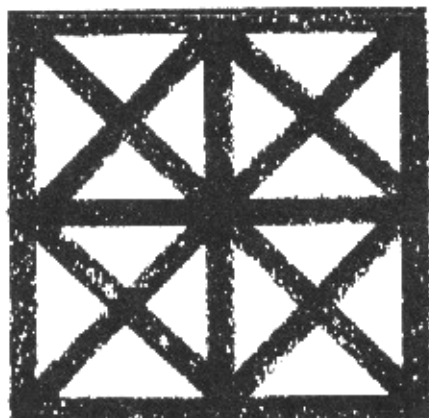
Por último rompe los límites de su envoltura corporal y el hombre perece. Cuando esto sucede, el alma se torna errática y acaba por regresar al lugar original de donde procede.



La inteligencia cae en el desorden y vuelve su fuerza contra sí misma y contra el cuerpo.



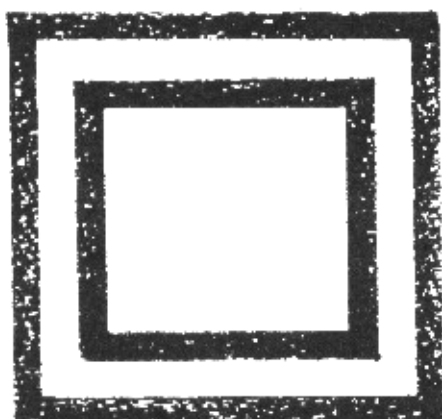
Éste es el signo de la actividad normal. Los esfuerzos de la Humanidad llenan el espacio original que les estaba asignado, atravesándolo de parte a parte.



Las múltiples actividades de la Humanidad se muestran en este signo, repitiéndose el anterior en los diferentes compartimentos.



Representación de la falta de orden, de la destrucción. Aquí toda concordancia desaparece y a la armonía le sustituye la confusión.



Signo del orden, del método. Como ya hemos dicho, el cuadrado posee en sí mismo esta característica. Al encajar perfectamente dentro de otro, se convierte por excelencia en el símbolo de la adecuación de todas y cada una de las cosas con el medio que nos rodea.



El Tricops constituyó un antiguo signo nórdico. Si trazamos su perímetro desde la base al vértice superior, comprendemos el significado de la frase apodíptica «La Voluntad de Dios desciende sobre el Mundo, fluye en todas las direcciones por la Tierra y torna nuevamente a lo Alto».

2. La Cruz

Pocas veces un signo —como el que a continuación estudiaremos— ha ofrecido a lo largo de la Historia tal sinnúmero de interpretaciones y ha sufrido, al mismo tiempo, una manipulación tan extremadamente partidista.

En principio, como muy bien dice Pierre Vincent Piobb, el origen de todas las cruces está en la simple figura que, en una circunferencia, constituyen dos diámetros que se cortan perpendicularmente. Determinar dónde aparece este signo por vez primera sería una pregunta tan difícil de responder como las que seguirían de inmediato: por quién y para qué. De lo que no hay duda es de que la cruz, en sus diferentes versiones, posee abundantísimas referencias en todas las civilizaciones conocidas. Raramente encontraremos un signo de tal universalidad y de igual trascendencia al aquí tratado. Quizás habría que buscar la raíz de la importancia que los más distintos pueblos le han concedido, en la idea esotérica —sin una necesaria correlación fundamentalmente iniciática, como muchos autores coinciden en señalar— de la forma perpendicular en que puede encontrarse, expresión de dos diferentes y complementarias líneas de fuerza cósmica.

Dando por cierto este concepto, la cruz admite desde la interpretación mística hasta la sexual (principio generatriz de toda vida), desde la puramente dinámica, hasta la simplemente referencial (orientación sobre una superficie cualquiera). Indiscutiblemente, la totalidad de los signos que podemos encontrar en las culturas indoeuropeas y nilóticas obedecen a dos grandes esquemas:

- a) Fusión de los dos diámetros simbólicos.
- b) Movilización de los mismos.

Pero insistimos en que ambas concepciones están perfectamente imbricadas y, de esta manera, dentro de una misma civilización podemos encontrar idénticos signos, representando una u otra tendencia. El movimiento facilita la conjunción y ésta, generando nueva vida, patrocina la perdurabilidad del movimiento. Ésta es, en síntesis, la mecánica infinita del Universo. No es de extrañar, pues, que a través de corrientes iniciáticas o gracias a un proceso empírico (sin descartar tampoco una visión intuitiva), los hombres de todas las épocas hicieran de la cruz un signo de máxima importancia.

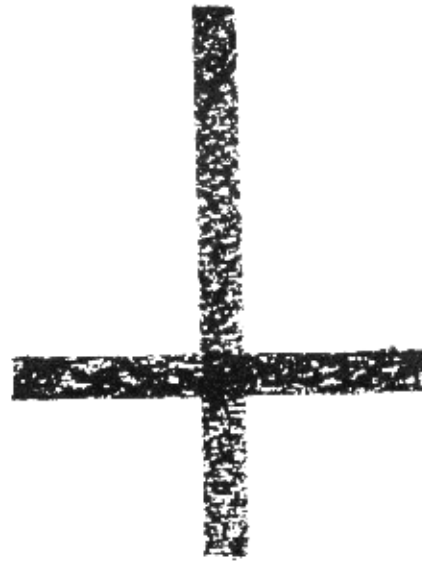
Las distintas modalidades de cruces que a continuación veremos, reflejan naturalmente este principio, expuesto de forma tan esquemática. Conviene rescatar, no obstante, y antes de entrar en materia, que el orden gráfico de los signos recogidos en el presente capítulo no implica, de manera alguna, una escala de prioridad, toda vez que muchas de las cruces referenciadas tienen por único punto de partida la visión cristiana del signo, la cual, según se desprende de lo dicho anteriormente, no es más que otra variante interpretativa.

A este respecto debemos añadir que en nuestra cultura, las cruces han servido con frecuencia de signatura, si bien no se les puede atribuir, en este caso, valor individual. Las distintas cruces, por ejemplo, de las órdenes religioso-militares de la Edad Media son simplemente marcas distintivas de una colectividad, tanto más acercadas en su diseño al concepto básico del signo, cuanto sus fundadores estuvieron en contacto directo con movimientos iniciáticos profundos (caso de la Cruz Templaria).

Hecha ya esta breve introducción, pasemos seguidamente al análisis de los diferentes signos.



Cruz latina, cruz ordinaria, denominada antiguamente marca de Dios. Se la considera como sabia, puesto que está constituida por un diámetro de la circunferencia y un lado de un triángulo equilátero. Dado su valor intrínseco, esta cruz constituye la clave de toda la metafísica cristiana. Por esta razón es comprensible que la mayoría de los signos crucíferos del mundo occidental se basen parcial o totalmente en la forma de esta cruz, ya sean monogramas imperiales, signos masónicos, signos familiares, símbolos alquímicos o simples marcas de fábrica.



Representación esotérica del Cuaternario espiritual accionado al Ternario humano. Se la denomina también cruz de San Pedro atendiendo a la leyenda según la cual el apóstol murió en una cruz invertida.



Este signo, que es una K griega, posee también un gran valor simbólico ya que representa el Cuaternario espiritual activo. Precisamente por ello sirvió de enseña a numerosos movimientos esotéricos cristianos (Fraternidades de Escocia) sin olvidar su significativa importancia en Alquimia. Se la llama también cruz de San Andrés, cruz enlazada y cruz de los Romanos, derivando esta última apelación de la costumbre que éstos tenían de marcar los límites de sus fronteras con mojones en los que se esculpía esta cruz.



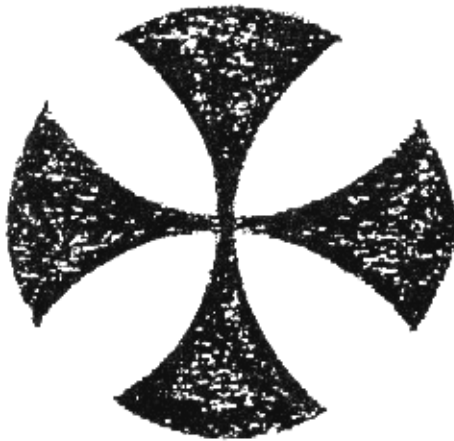
Cruz egipcia o *crux commissa*. También llamada cruz Tau por la similitud que guarda con la letra griega del mismo nombre. Es signo importantísimo puesto que es una representación iniciática de la Vida. Se la denomina, asimismo, cruz de San Antonio. San Francisco de Asís la utilizó como firma.



Cruz flechada, indicando la dirección de las fuerzas centrífugas en un punto central.



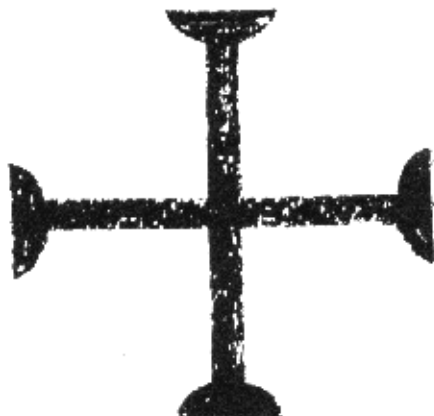
Cruz doblada, expresando las fuerzas paralelas de carácter centrífugo.



Cruz pateada, llamada del Temple por haber sido adoptada por la Orden del mismo nombre. Esta cruz, al representar la disposición de las fuerzas sobre una circunferencia, constituye una clave general para la teoría iniciática.



Cruz ovalizada. Representa el movimiento continuo de las fuerzas en todo ser vivo; movimiento que toma el aspecto centrípeto o el centrífugo según se considere un lado u otro de cada óvalo.



Cruz lunada, representando las cuatro fases de la Luna.



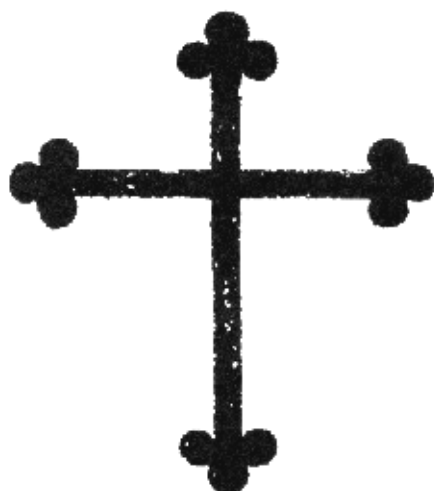
Cruz triangulada, llamada Teutónica, adoptada por la Orden de Caballería de dicho nombre. Está compuesta de cuatro triángulos en dirección centripeta, expresando así la disposición de las fuerzas constructivas, desde un punto de vista objetivo.



Cruz griega o *crux immissa quadrata*. De la presente cruz y de la ya citada Latina, derivan las variantes que se mencionan seguidamente y que fueron utilizadas durante la Edad Media por las distintas Órdenes religioso-militares, o bien para fines heráldicos.



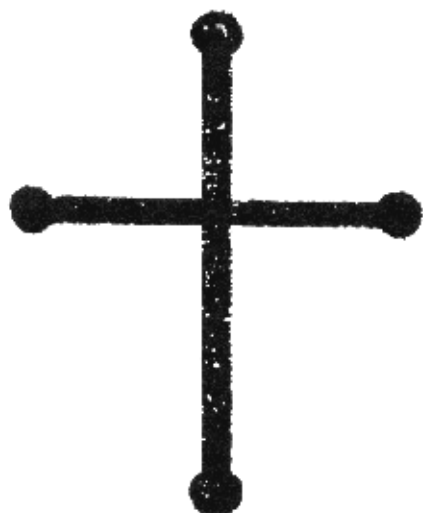
Cruz de Malta.



Cruz atrebolada.



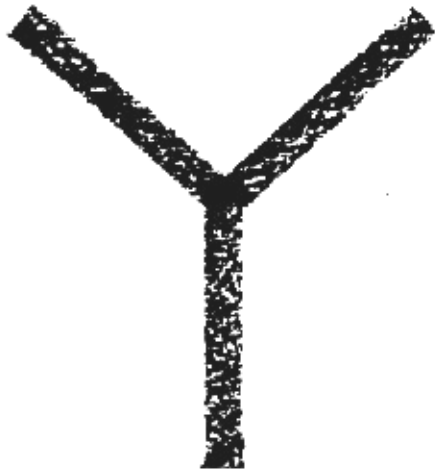
Cruz empastada o clavada.



Cruz botonada, constituida por cuatro pequeñas circunferencias situadas en los extremos de los brazos y que representan las superficies que deben considerarse en los cuatro puntos cardinales de todo espacio circunscrito.



Cruz florida o cruz de Clèves.



Un signo ancestral (y ya comentado) aparece aquí, unido entrañablemente a esta horqueta o cruz horcada, también llamada cruz de los ladrones.



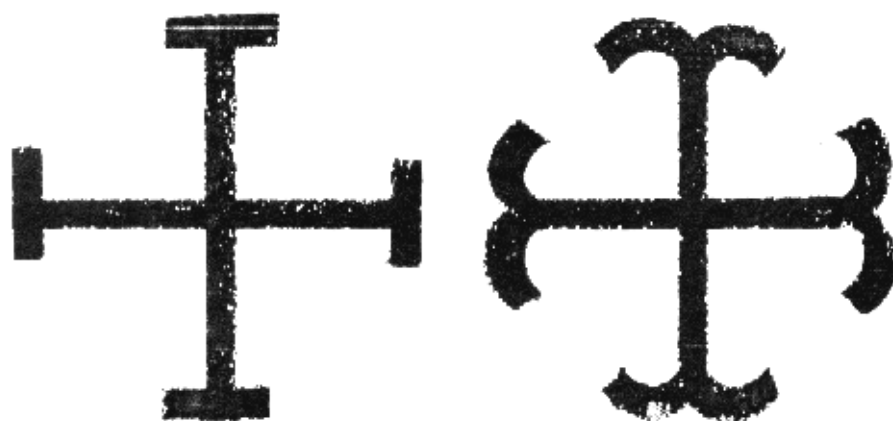
Cruz papal, o cruz triple de los pueblos de occidente.



Cruz patriarcal o Cruz de Lorena.



Cruz rota o cruz de pie de cabra.



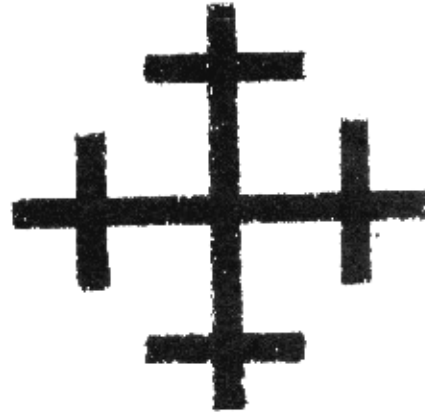
Cruz potenziada.



Otra forma de cruz potenziada. Muy unida a ésta se encuentra la cruz molino, que podemos ver en dos versiones en la parte derecha de esta página.



La cruz de ocho puntas o cruz de la Iglesia Ortodoxa Rusa. La barra más baja representa un escabel.



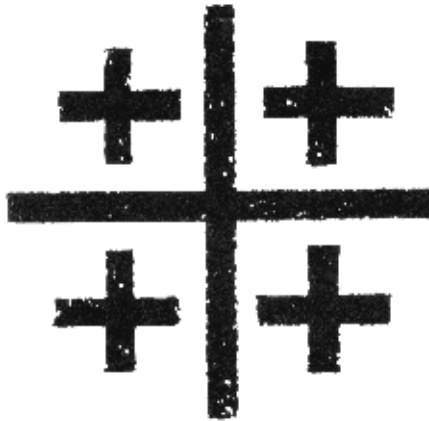
La cruz *crosslet*, también llamada santa Cruz o Cruz de los Germanos. Entre los gnósticos era el signo de los misterios cuádruples.



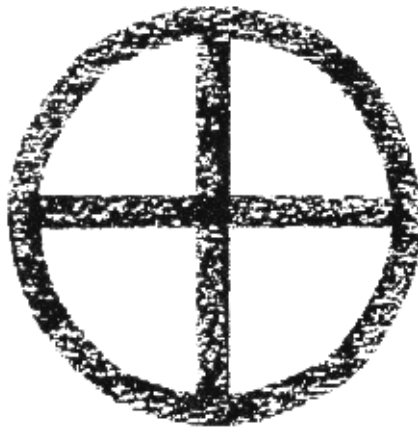
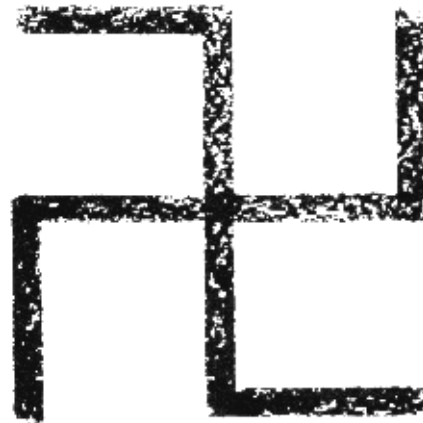
Cruz rusa con escabel sesgado.



Cruz celta de la vida. Su simbolismo múltiple sirvió de base a numerosas expresiones iniciáticas.



Cruz de los Cruzados o de Jerusalén.

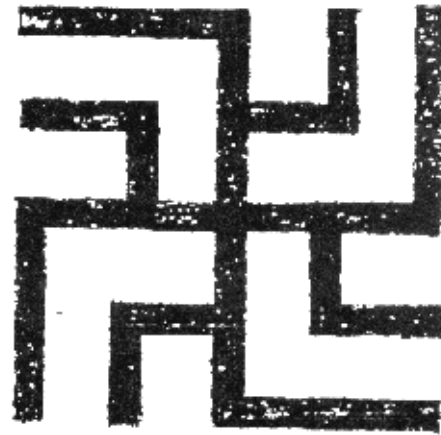


Si rompemos esta circunferencia en cuatro puntos equidistantes, tendremos...

la svástica. Constituye uno de los signos crucíferos de vida más antiguos. Originaria de la cuenca del Indo —posiblemente—, se encuentra por doquier sobre la geografía del planeta. Indica el sentido en el cual se ejercen las fuerzas periféricas. Puede también marcar un sentido directo o un sentido retrógrado, según la disposición en que se encuentren sus aspas. Con toda seguridad, este signo se deriva de la primitiva rueda del Sol.



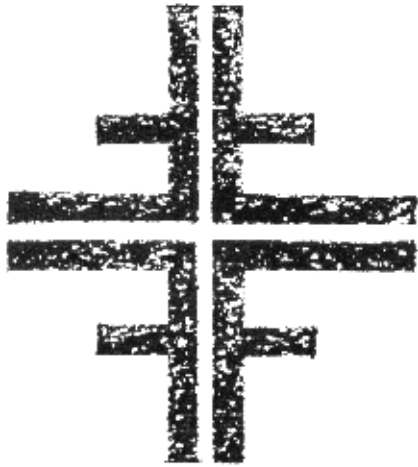
Asimismo, esta primitiva svástica fue utilizada por los primitivos cristianos —al igual que otros muchos signos que veremos en este mismo capítulo—, para ocultar, durante las persecuciones a que, en un principio, estuvieron sometidos, la llamada cruz Latina o sabia. Por este motivo se la denominó *Crux dissimulata*. También recibió el nombre de cruz gamada por estar formada por cuatro gammas griegas.



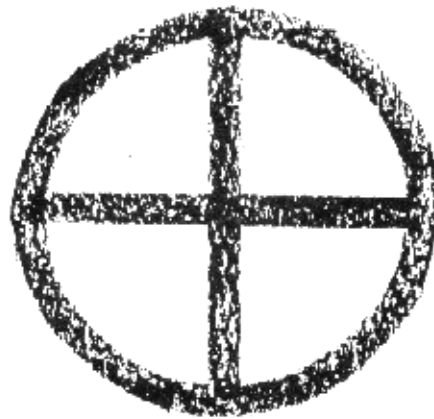
Forma elaborada de la svástica.



Cruz hueca o gammadia, así llamada por estar compuesta de cuatro gammas. Como dato curioso diremos que, muy cercana a ésta, se encuentra la hermosa insignia de los clubs gimnásticos de Alemania.



Compuesta de cuatro «F» que significan *fisch*, *fromm*, *frohlich* y *frei*. (Fuerte, temeroso de Dios, alegre y libre.)



Cuando se encuentra esta cruz grabada en piedra o bien pintada en la pared de las iglesias, significa que las mismas están consagradas. Esto mismo también se expresa a veces, en forma de cruz suelta dentro de un círculo, como puede verse abajo.



Sagrada Cruz Romana.





He aquí uno de los más importantes símbolos egipcios de la Vida. Cruz ansada o Cruz de Tau enlazada. También se denomina Llave del Nilo.



Cruz ansada cristiana derivada del símbolo egipcio anterior.



La cruz de ancla, como la anterior, una cruz cristiana disimulada. Se puede ver en ella fácilmente la Tau enmascarada bajo el conocido símbolo del Ancla



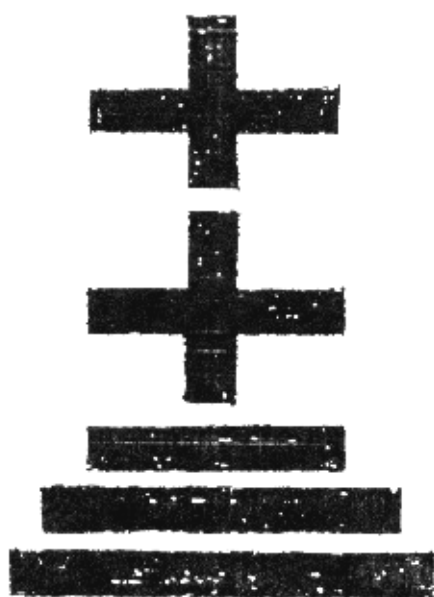
Cruz copta, con la adición de los cuatro Clavos.

La cruz alzada estuvo muy difundida en las primeras representaciones cristianas del signo.



La tierra sobre la que está erigida la cruz, se representa aquí por medio de un punto. En algunas ocasiones son seis los puntos, representando granos de arena.





Cruces acunadas en monedas antiguas.



Cruz erigida sobre tres pedanos.



Cruz sobre columna.



Cruz colocada sobre cuatro líneas. El hecho de que sean, precisamente, cuatro líneas horizontales, puede simbolizar los cuatro elementos sagrados, los cuatro evangelistas, etc.



Dos tipos de cruz alzada, de nominadas también Cruces Arcangélicas.



Cruz alzada, con una mano a su lado, acuñada en una antigua moneda.

3. El Crismón

Al iniciar un capítulo como el que ahora nos ocupa, es necesario hacer una somera puntualización sobre el origen de los crismones, emblemas iniciáticos del nombre de Cristo.

Una vez más nos encontramos aquí con el repetido fenómeno de que la Tradición milenaria sirvió de base a la religión cristiana para la elaboración de sus más preciados signos. De la misma forma que en los inicios del Cristianismo nunca se consideró la cruz como emblema de un sublime valor (al menos, como alusión de la pasión del Maestro), sino como elemento asimilativo de un Conocimiento anterior —dada la profundidad de su significado, ya comentado—, el crismón viene a ser, en el transcurso del tiempo, y ateniéndonos básicamente a su forma exterior, la versión cristiana del concepto primordial del círculo, del mandala hindú, etc.

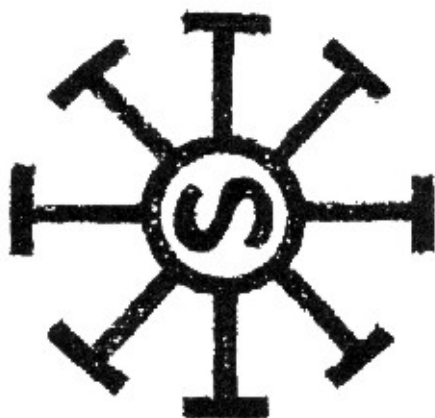
Como fácilmente apreciará el lector, no todos los signos que se incluyen en esta serie obedecen al concepto genérico que se tiene del crismón ornamental de nuestras catedrales medievales. En tanto que monograma de Cristo, los primitivos crismones sufren la influencia —por no decir que están supeditados a ella— de todas las corrientes místicas anteriores y, por supuesto, de las contemporáneas al nacimiento de la Iglesia cristiana. La huella de las escuelas iniciáticas egipcias, persas y griegas se hace palpable en la elaboración de estos primeros monogramas, que adolecen de una visible

falta de rigor y carisma personales pero que muestran una gran capacidad de asimilación por parte de sus artifices. El esquematismo de las formas viene dado también por una falta de interés por la ornamentación, detalle perfectamente comprensible si analizamos el carácter eminentemente clandestino del cristianismo de los primeros siglos, que impedía toda manifestación externa y dotaba a las más o menos subterráneas, de un obligado carácter de transitoriedad y enmascaramiento.

A partir del reconocimiento oficial del Cristianismo como religión del Estado, el crismón experimenta un notable enriquecimiento, y la variedad de sus formas se hace patente. Aún así, la dependencia a la simbología esotérico-iniciática no cristiana continúa siendo la nota predominante. Más tarde, con el advenimiento del arte románico, el crismón adopta unas constantes ornamentales que han de culminar en el esplendor de los simbólicos rosetones de las catedrales góticas. El círculo, más o menos declarado, que encierra el monograma de Cristo, recoge entonces, y en manos de los Maestros Canteros de la Edad Media, el profundo sentido de signo principal. Como muy bien dice J. G. Atienza, «el crismón tenía que incitar a la más profunda meditación entre aquellos que captasen su simbología a la vez compleja y sintética». De la misma forma que el mandala —al que ya aludimos— es un símbolo perfecto de la totalidad, una especie de vía directa hacia la meditación contemplativa (puesto que el universo está comprendido en sus círculos sucesivos, en cuyo centro está lo que podríamos llamar la morada de la esencia pura, del simbolismo total), el crismón es también una senda formal de acceso espiritual. Los laberintos trazados en el pavimento de muchas de nuestras catedrales, el óvalo —la «almen-dra»— que circunda tantas efigies sagradas en tímpanos y frontispicios, el círculo en que se inserta el monograma de Cristo o el luminoso esplendor de los rosetones, no tienen otro objeto que lograr el recogimiento del espectador avisado para franquearle las puertas de un Conocimiento superior.

Otra vez nos encontramos con signos que ningún movi-

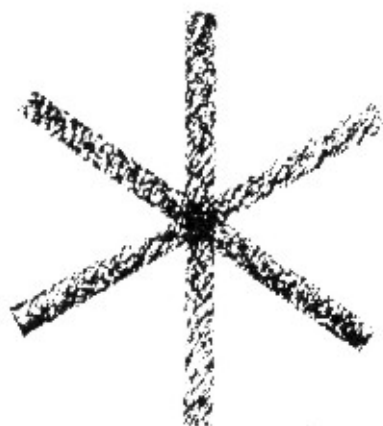
miento religioso se atreve a desdeñar. Las «claves», a las que nos referíamos en el capítulo 1, vuelven a adquirir aquí toda su importancia en su doble vertiente de iniciales e ideogramas, para ofrecer al creyente —en este caso, al cristiano— la posibilidad de acercamiento a la Entidad suprema.



Monograma gnóstico del Sol. Los trazos de la cruz al final de los rayos, representan la bóveda celeste.



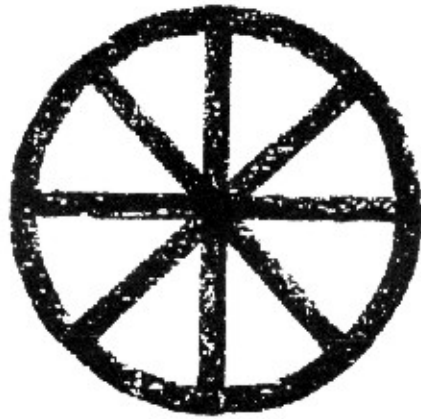
La doble cruz es también un signo iniciático antiquísimo, que los primeros cristianos asimilaban prontamente. Se compone de la «ji» griega y la cruz.



Crismón compuesto de dos letras griegas: una I, «iota», y una X, «ji».



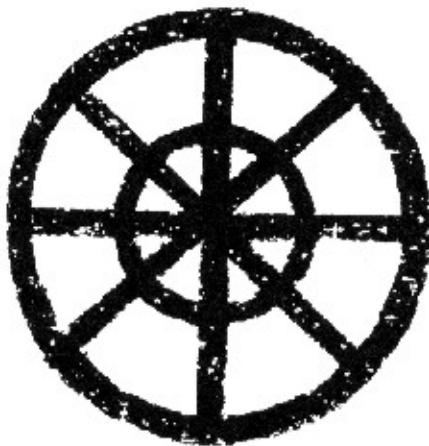
Otra vez nos encontramos con la antigua rueda solar, tomada por los cristianos como crismón. I = Jesús, X = Cristo.



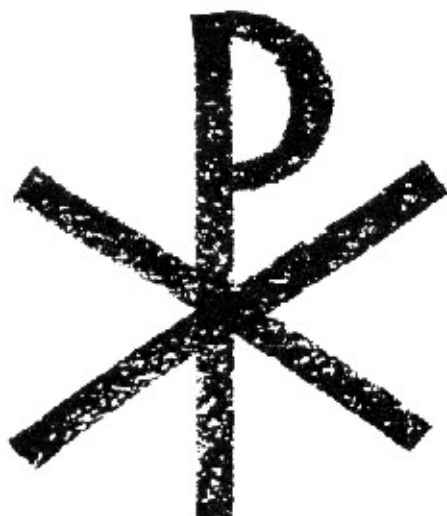
Doble cruz dentro del círculo.
(Véase signo anterior)



Monograma de Jesús utilizando en lugar de las tres primeras letras griegas, IHC. Posteriormente la H fue considerada como letra latina y el significado atribuido al monograma se convirtió en: *In hoc signo* = Con este signo. También significa: *Jesus Hominum Salvator* = Jesús Salvador de la Humanidad. Una interpretación muy usual en Alemania es: *Jesus Heil und Seligmacher* = Jesús, Salvador y Redentor.



El mismo signo, con inclusión de un nuevo círculo. El exterior puede interpretarse como una representación del mundo finito y el interior como signo de la Eternidad.



En este crismón, la forma nos resulta muy curiosa, pues la bola del Sol aparece encima de una cruz, simbolizando sus rayos.

Éste es, seguramente, el crismón más extendido y mejor conocido. Posiblemente se desarrolló a partir de un antiguo signo oriental representando al sol naciente (véase signo siguiente).



De este signo, y en épocas más tardías, se llegó al signo siguiente



Signo que, como puede verse, está muy vinculado a la cruz ansada.



Véanse a continuación dos crismones en los que volvemos a encontrar palpablemente representados el signo de la inmortalidad de Isis y de los petroglifos célticos.





El llamado Espejo de Venus, que no es otro que el signo del planeta del mismo nombre; está relacionado también a un antiguo signo oriental del Sol.

De acuerdo con la leyenda, el crismón inferior se le apareció en sueños al emperador Constantino, acompañado de una voz que decía: «Con este signo, vencerás».

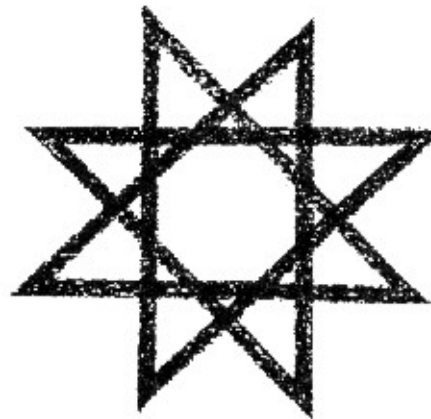




Haciendo caso a la premonición de la figura anterior, el emperador Constantino blasonó sus banderas con este signo, también llamado Lábaro. El signo está compuesto de las dos iniciales griegas del nombre de Cristo: «X» y «P». Denominado también *signum Dei*, es posiblemente, como símbolo cristiano, más antiguo que la misma Cruz.



Forma de crismón encontrada muy frecuentemente. Aquí la «P» se ha simplificado y convertido en un garfio. La Cruz ha tomado el lugar de la letra «X».

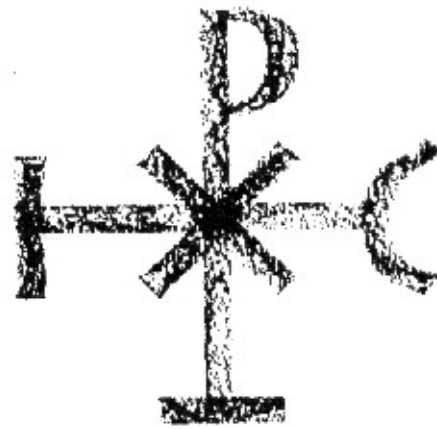


El octograma, del que hablamos en anteriores capítulos, se considera aquí como una intersección de cuatro «X». En realidad, es un crismón disimulado.



Dos signos ampliamente usados en la Iglesia católica desde tiempos remotos. Son las Alfa y Omega que se citan en el pasaje del Apocalipsis: «Yo soy el Alfa y el Omega». A menudo las letras aparecen seguidas de una cruz. En el ejemplo de abajo se ve alterada la forma de la Omega.

Las dos letras se han utilizado, vinculadas a la Cruz, de muy distintas formas. El signo expuesto es un buen ejemplo de ello. También resulta frecuente encontrarlas asociadas al crismón.



Una combinación de «I» y «C», *Jesus Soter*, Jesucristo Salvador.



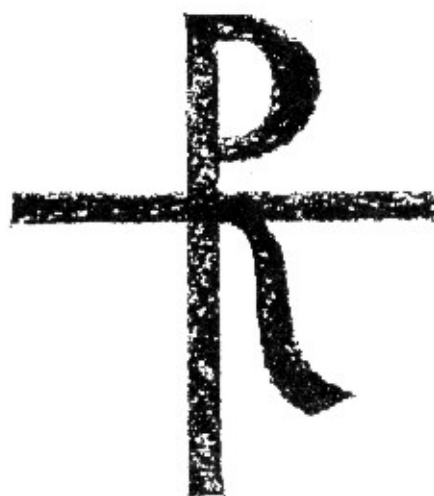
Curioso modelo de crismón, variación del que aparece en otra figura y que, al igual que aquél, está inspirado en el signo del sol naciente.



La Cruz Tau con Alfa y Omega. Éste, al igual que muchos otros monogramas aquí tratados, parte de conceptos iniciáticos. Ya dentro de la religión cristiana, se le vinculó al nombre de Cristo.



Aquí, la letra griega «P» se ve reemplazada por la latina «R».



En este caso, se ha añadido la letra latina «H», de forma que el monograma puede servir muy bien para HOC



Hermoso crismón, reminiscencia clara de la cruz gamada egipcia. La variedad de estos monogramas es verdaderamente extensa y la inventiva mostrada en su diseño (partiendo, como ya se ha dicho, de elementos anteriores), por los primeros cristianos, es muy grande.



Monograma de Jesús, bajo un antiguo signo de la Redención, o Espíritu Santo.



La línea que se encuentra sobre el monograma también representa, en este caso, al Espíritu Santo.



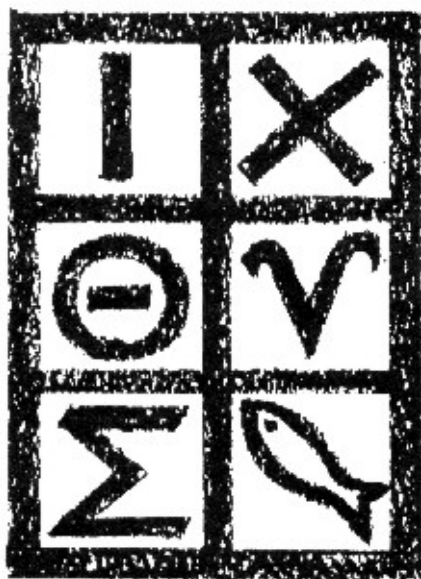
Aquí, «Y» toma el lugar de «I». Esta modificación no fue rara durante la Edad Media.



En ocasiones se ha puesto en duda si la roseta que aparece en esta figura tiene una significación particular. Una teoría podría ser que la Omega que se halla bajo la rosa se leyese como una «S». De esta forma el signo vendría a decir *Rosa Rosarum*, uno de los nombres con que se conoce a la Virgen María. En tal caso, el significado de la rosa misma se volvería muy claro.



Este signo, al igual que el siguiente, es una más desarrollada versión del crismón.



El pez es un símbolo muy usado desde los primeros días del cristianismo. Las letras que forman en griego la palabra pez (*ictus*) son las cinco iniciales que significan: «Jesús Cristo, Hijo de Dios, Salvador».



He aquí un crismón muy unido a la palabra griega «pez»

El signo que aparece a continuación, es una impresión o marca que llevan las hostias en la comunión griega y significa: «Jesucristo, conquista».



El siguiente, que ahora veremos, está tomado de un mosaico de las Catacumbas. El crismón tiene tres diferentes tamaños que se superponen unos a otros.



Para finalizar incluimos un hermosísimo crismón que encierra en sí toda una antología de símbolos iniciáticos, al margen de cualquier interpretación cristológica. En él están contenidos: el sentido de la Eternidad en su cruz vertical; los signos representativos del principio y el fin de todas las cosas (Alfa y Omega); la cruz espada, símbolo del cuaternario espiritual, de la sabiduría infinita. Finalmente, la «S», como símbolo serpentario de la Vida.



4. Otros signos cristianos

No sería errado considerar, en cierto modo, el contenido de este capítulo como una prolongación del precedente, no sólo por la vinculación que existe entre los respectivos significados, sino también por la similitud, fácilmente apreciable, de muchos de sus trazados. No obstante, la serie de 21 signos que analizaremos seguidamente ofrece particularidades que, por otro lado, merecen concederle una sección aparte.

Ante todo quisiéramos hacer notar que la riqueza semiológica de la religión cristiana —sobre todo en sus inicios— dista mucho de la que podemos encontrar en otros movimientos religiosos orientales. El simbolismo místico de las grandes teogonías hindúes, los esoterismos del budismo lamaísta, o la complejidad de los misterios Osíricos, dan opción a una multiplicidad de signos y símbolos desconocidos por el cristianismo. En éste, es básicamente el monograma cristológico —ya estudiado en el capítulo precedente— y, cuando más, los emblemas representativos de la Trinidad, los que le sirven casi de único sustento. Naturalmente, una vez que la religión cristiana abandonó la clandestinidad para convertirse en religión oficial, florecieron ciertos símbolos (el *agnus Dei*, el pez, y muchas otras interpretaciones basadas en los *Evangelios* y libros afines como el *Apocalipsis*, etc.) que dieron un mayor empuje a estas manifestaciones plásticas. Pero no siendo materia de este libro el análisis del símbolo, más o menos elaborado, sino del signo —como expresión primigenia de un lenguaje críptico—, la cantidad de elementos a tratar se reduce notablemente.

Hecha esta advertencia y ateniéndonos ya al comienzo del capítulo que ahora nos concierne, quisiéramos establecer algunas salvedades. En primer lugar, nos ha parecido oportuno respetar el significado de cada una de las figuras de acuerdo, exclusivamente, con la interpretación que la religión cristiana les atribuye, sin alargarnos en otros comentarios acerca del origen de las mismas. Abierta está la puerta para que el lector —siguiendo la sugerencia expuesta en la Introducción, y si él lo estima oportuno— establezca las relaciones existentes entre los signos fundamentales que vimos en el capítulo 1 y algunos de los aquí reseñados. Similitudes que se patentizan, sobre todo, en muchos de los emblemas representativos de la Trinidad.

Otro punto a destacar es la inclusión de los primeros monogramas —manifestando ya su completa identidad— de la Virgen María. Recordemos que estas referencias son muy escasas, especialmente en los primeros tiempos del cristianismo, durante los cuales el papel de la mujer —aun cuando esa mujer fuera la madre de Jesús— no encajaba en el concepto eminentemente patriarcal heredado del judaísmo. Sabido es que la iconografía cristiana tuvo que esperar hasta el advenimiento del románico y del gótico posterior, para enriquecerse con la exaltación de las efigies marianas (muchas de las cuales no eran otra cosa que versiones cristianizadas de las diosas Madre) y hacer, a través de ellas, una apología del iniciático Elemento Femenino.

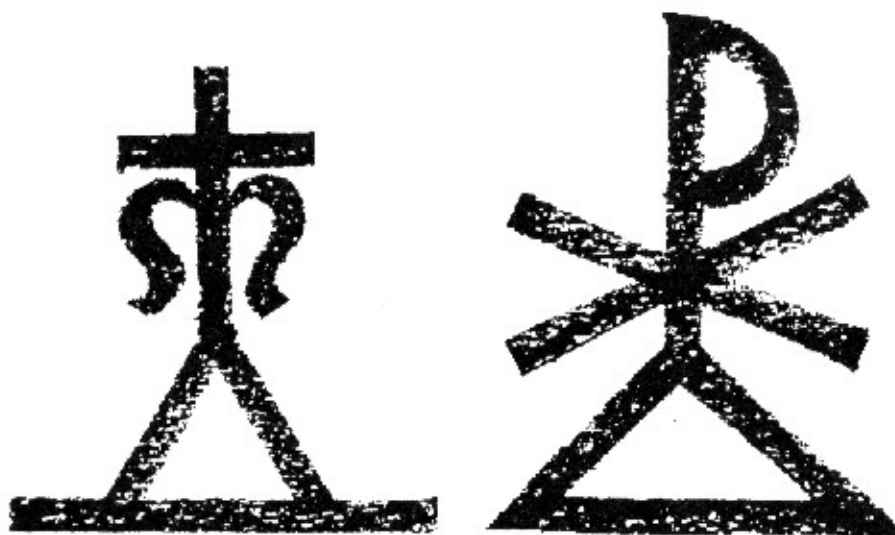
A este respecto recordemos que fue Bernardo de Clairvaux, creador de lo que podríamos denominar arte cisterciense, quien instruyó de una manera definitiva el culto a la Madre de Cristo, realzando con atributos de poder (el trono en que se sienta con el Niño en los brazos data de esa época, precisamente) y de misticismo, desconocidos por entero hasta entonces. El mismo término de Señora, «Nuestra Señora», nace justamente debido a este patrocinio bernardino que ve en la Madre (concepto iniciático transparente) el punto de unión entre lo humano y lo divino.

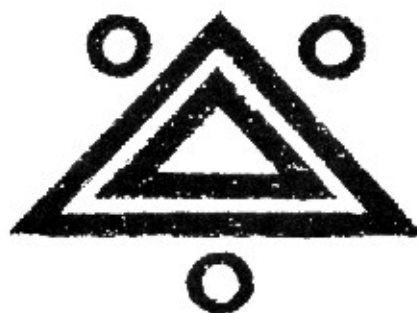
Resulta, por tanto, muy de tener en cuenta, la inclusión de la figura de la cruz de ancla en esta serie. Como se verá en el referido signo, María está simbolizada por una Luna en fase de cuarto creciente. Pero la Luna fue para los hombres, y por

largo tiempo, el astro más misterioso del firmamento; poseía una forma variable, sufría modificaciones determinadas según lapsos de tiempo regulares y concluía, indefectiblemente, su ciclo completo en 28 días.

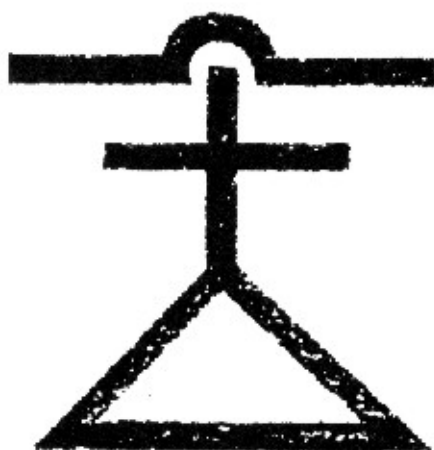
En su *Tratado de la Historia de las Religiones*, Mircea Eliade nos cita innumerables ejemplos de la influencia lunar, reveladoras de la importancia que posiblemente puede tener la aparente luz de nuestro satélite sobre todo lo que vive. Sus diferentes fases condicionan la fertilidad de la tierra, regulan el flujo de las aguas, etc. Las diosas Artemisa y Diana estuvieron siempre vinculadas a la simbología lunar. Para Pitágoras, la Luna era el lugar de reconciliación y descanso después de la muerte. No es extraño, pues, que ya en la iconografía católica postrenacentista se incluya este símbolo de la Luna creciente a los pies de la Virgen María. Pero lo que sorprende —aunque en el mundo del signo todo está perfectamente concatenado— es que esta figura a la que estamos haciendo referencia se haya incorporado tan perfectamente (y ya dentro de un contexto totalmente cristiano) al elemento esotérico Femenino.

Comencemos esta serie, con estos seis signos de la Trinidad.





Como se puede ver, en casi todos ellos se combina el Crismón con el Triángulo, signo del Dios Padre. En el último de los seis, los tres círculos representan tres Unidades, cada una de las cuales se contiene y completa a si misma. Sería verdaderamente difícil y prolijo un análisis en profundidad de cada uno de estos signos.



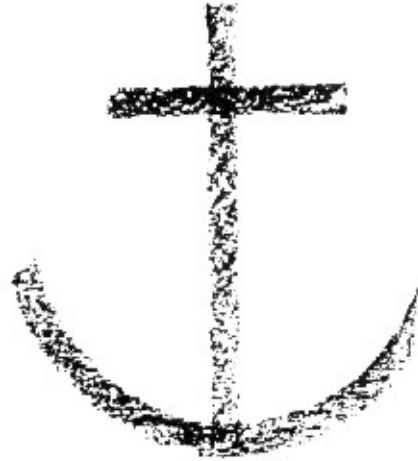
Pues, como se puede apreciar, cada una de las tres Personas de la Trinidad están representadas por los signos de uso más corriente.



Monograma cruciforme compuesto por las palabras griegas luz (*phos*) y vida (*zoe*).



¡Ámate! ¡Amaos!

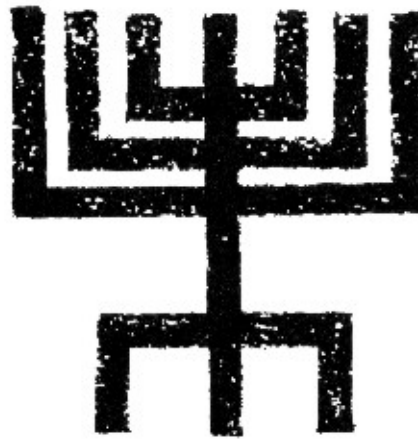


De nuevo la cruz de ancla, de la que en esta ocasión vamos a dar una explicación verdaderamente sugestiva: Cristo, simbolizado por la Cruz, nace de María, a su vez representada como Luna Creciente.



Madre de Dios.

En griego: *Meter Theou*, abreviado aquí en *Mer Thu*. Recordemos que los trazos que se encuentran en la parte superior del monograma denotan santidad, al igual que el símbolo que convencionalmente se usa como aureola.



El candelabro de siete brazos, símbolo del Antiguo Testamento.



Monograma de María.



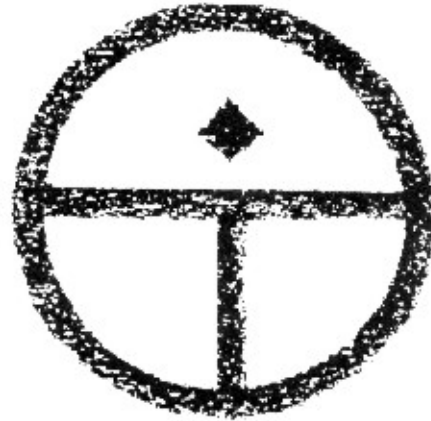
He aquí otro signo muy antiguo de la Trinidad. Cada círculo tiene su propio centro y se completa en sí mismo. Al mismo tiempo, tiene una amplia sección en común con cada uno de los círculos restantes, si bien solamente el pequeño espacio abroquelado del centro está rodeado por los otros tres círculos. Este espacio contiene un punto central que es, en realidad, el corazón de toda la figura.



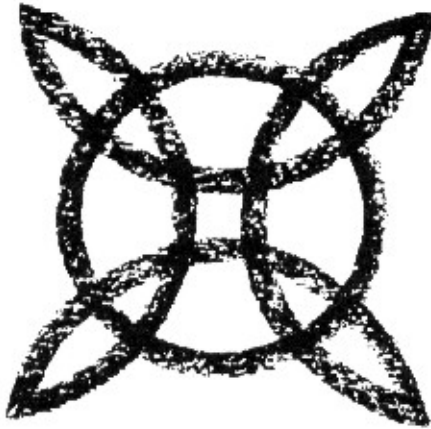
Simbolo de la Fe; la paciente espera de la Salvación que ha de venir de lo Alto.



Simbolo del Universo. El punto negro del centro es el Orbe de la Tierra y del Agua —la antigua concepción del mundo— rodeado por un círculo interior que significa los espacios ctéreos y otro más exterior, el Empíreo.



Esta es una representación muy simplificada de la esfera terrestre. En la vieja concepción cristiana de la Tierra, ésta se encontraba dividida del siguiente modo: el centro del mundo era Jerusalén, el lugar de donde vino la salvación de la Humanidad.

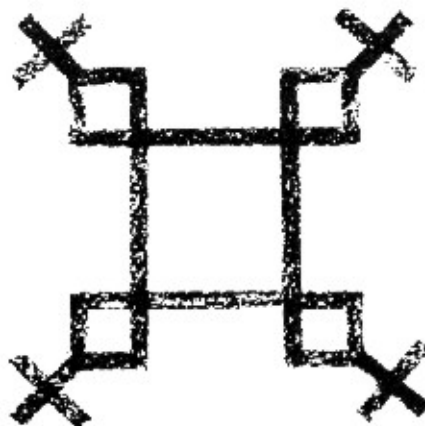


Dos signos utilizados para exorcizar a los espíritus malignos. En este caso, al igual que en el Pentagrama y el Octograma, es conveniente reseñar que el trazado requiere cierta destreza que entrañaría dificultad para una persona torpe; esta dificultad ya de por sí tiene todo un significado.



La parte superior de la Esfera, es Asia. La línea vertical representa el mar Mediterráneo, a cuya derecha e izquierda se sitúan África y Europa, respectivamente. En el Arte Paleocristiano se representaba al Señor llevando esta esfera en una mano. En tiempos más recientes, toda esta representación se alteró, convirtiéndose en una bola sobre la que se alza una cruz.

A continuación vemos otro signo que, asimismo representa el mundo y que, posiblemente, pertenece a la misma categoría. Se basa en el cuadrado y, obviamente, admite pluralidad de interpretaciones.



5. El Monograma

El monograma es, en su apelación más acertada, un signo compuesto de caracteres escritos y entrelazados. Las iniciales latinas, de las cuales se deriva nuestra actual escritura, son signos de una relevante dignidad y simplicidad:

ANTS

Estamos, en general, tan acostumbrados a unir la idea de los sonidos a la vista de estas formas, que solamente con una gran disciplina podemos disociar las letras de su significación atribuida, y pensar en ellas como símbolos exclusivos.

457

Sucede lo mismo con los numerales arábigos, los cuales, ciertamente, pertenecen a un mundo y a una cultura diferentes a la nuestra (al margen de los contactos prolongados que han existido en nuestra Península) pero cuyo carácter, sin embargo, nos es muy familiar.

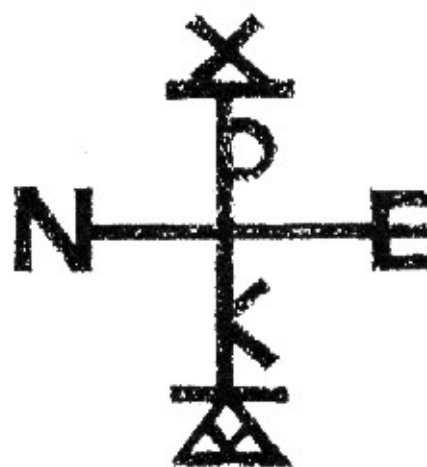
El monograma juega, indiscutiblemente, un papel muy importante en el mundo de los signos. Fueron los griegos sus inventores y, a través de ellos, adquirió la cima de su gloria en el Imperio Bizantino.

Bizancio representa durante toda la Edad Media el culmen de la exquisitez de las formas. La magnificencia —y en gran medida— el preciosismo, son las constantes de todas sus manifestaciones plásticas. No es de extrañar, pues, que el monograma, en su calidad de signos cifrados, ofreciese allí una pluralidad de diseños, inimaginable en otras culturas. A menudo es difícil interpretarlos, toda vez que las letras se encuentran frecuentemente disimuladas, trastocadas o parcialmente escritas, por lo cual se convierte en una ardua tarea el descubrir los nombres a que hacen referencia. Pero resulta un trabajo apasionante ir descifrando en ciertos elementos influencias de las múltiples corrientes místico-filosóficas que se entrecruzan en aquel singular Imperio.

Estamos seguros de que el lector sabrá apreciar el valor de estos signos onomásticos, muchos de los cuales constituyen auténticos hallazgos.



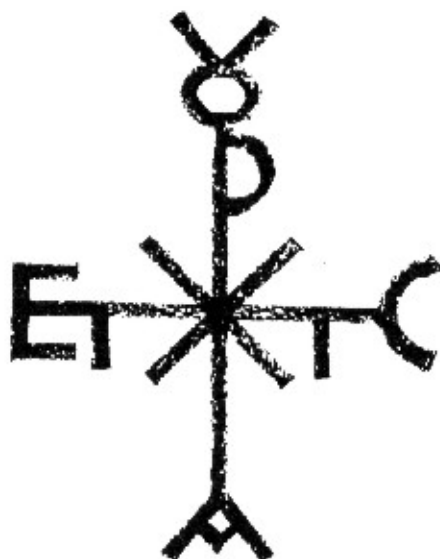
Monograma griego.



Dos monogramas bizantinos cuyo significado sigue todavía sin conocerse.



Monograma bizantino del nombre Aerobindo.



Monograma formado con la cruz Tau cristiana.

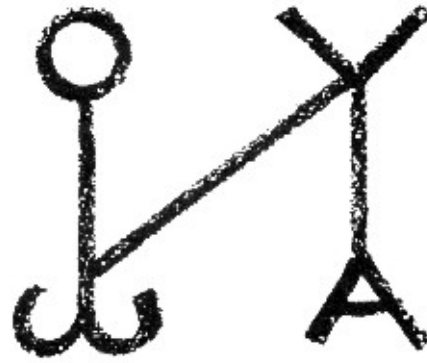
En muchos monogramas bizantinos encontramos la forma del genitivo OV. Los documentos de aquel período concluían con nombres como en este caso. Por tal motivo, el monograma constituía el final del documento.



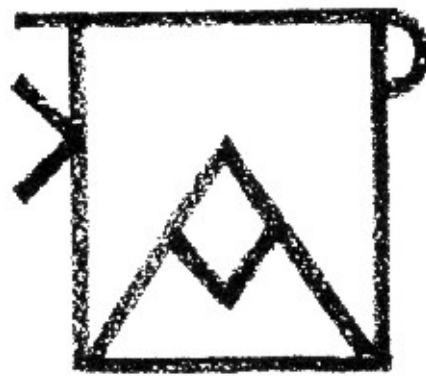
Otro monograma en el cual podemos observar influencias religiosas; es muy semejante al crismón que se representa seguidamente.



También esta reproducción muestra la influencia natural de la religión cristiana.



Monograma del nombre Juan



Arcadio



Monograma de un varón que llevaba el nombre cristiano de Pablo.



Nicolás



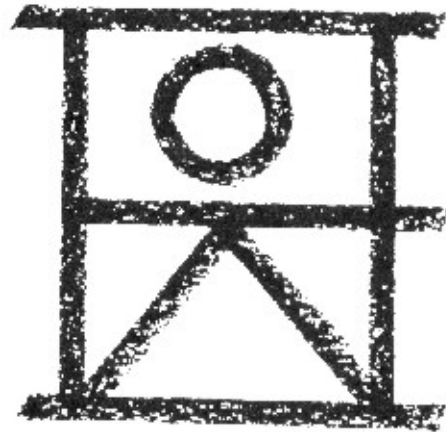
Vivas in Deo = Dios sea contigo. Expresión de buena voluntad que se encontraba en las cartas de los primeros cristianos



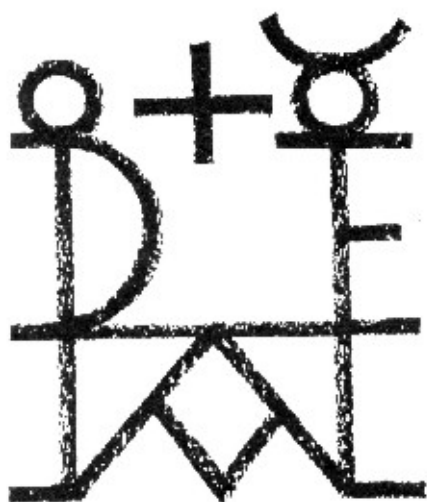
Monograma del obispo Aretas de Cesárea.



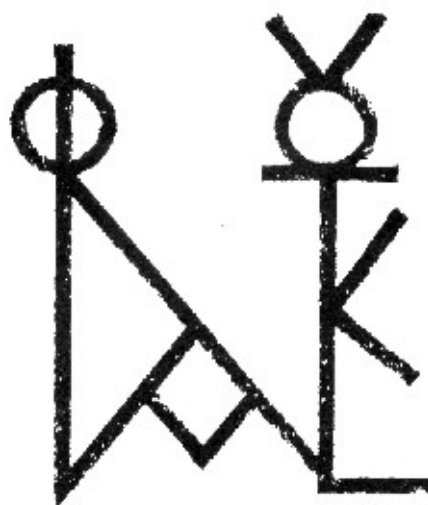
Bene valet = Buena salud. Una forma de saludo que a menudo se halla al final de los documentos papales.



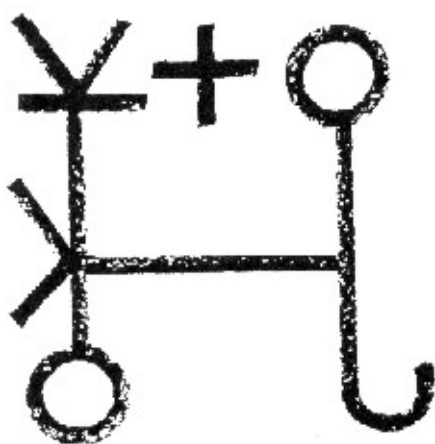
Monograma de Teodosio II. Imperio Bizantino.



Emperador Paleólogo.



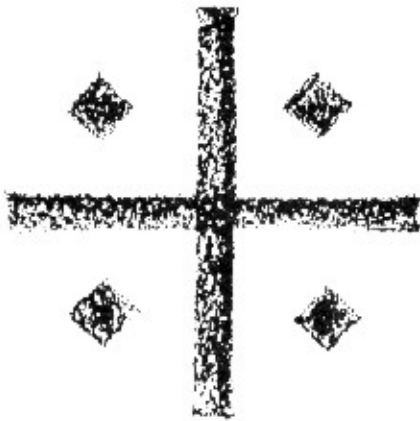
Signo del emperador Justiniano.



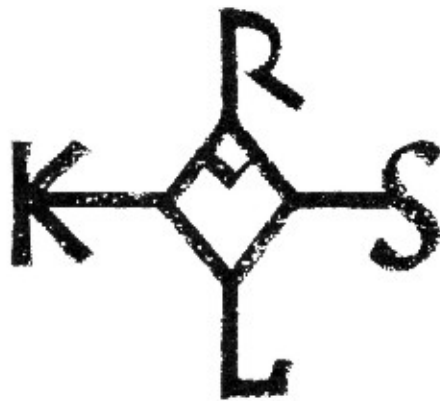
Monograma de Aalfilas, obispo de los godos.



Monograma del emperador Manuel II.



Pipino el Breve.
La cruz fue trazada por un
escribano y los puntos añadi-
dos por el rey.



Carlomagno.
La única parte diseñada por
el propio emperador fue el
rombo del centro, ya que si
bien gran patrocinador de las
artes, él era iletrado. Un es-
cribano de su corte añadió el
resto del monograma.



Dos monogramas pertenecien-
tes al emperador Otto el Gran-
de, de los cuales, el primero
no tiene ninguna conexión con
su nombre.

Los monogramas bizantinos son los más hermosos ejemplos existentes de diseños compuestos de letras y en su construcción todos muestran pruebas evidentes de una gran destreza y de pensamientos elevados. Veamos a continuación un bello monograma imperial cuya interpretación, por desgracia, nos es desconocida.



Y para finalizar este capítulo, he aquí una nota curiosa: el monograma del famoso, enigmático y contradictorio Cagliostro.



6. Signos de los maestros canteros

Vamos a comenzar este capítulo con una breve historia que define la identidad de aquellos artesanos cuyos signos estudiaremos seguidamente.

Tres hombres están trabajando unos bloques de piedra. Alguien pasa, les mira, se detiene y pregunta:

—¿Qué estáis haciendo?

—Me gano el pan —responde uno.

—Hago mi oficio —dice el segundo.

—Construyo una catedral —aclara el tercero.

Precisamente es al trabajo de este último al que quisiéramos referirnos, aunque sea de forma muy escueta.

Afirma Emile Mâle —uno de los más grandes eruditos en temas medievales de todos los tiempos— que «para los grandes espíritus, el mundo no fue más que un símbolo». No cabe duda que el dejar constancia, el patentizar de una u otra forma este simbolismo, es una tarea que merece la pena ser emprendida. Y la piedra, por su consistencia, por su perdurabilidad y entrañamiento telúrico, ha sido siempre el medio —o, cuando menos un medio— tan apropiado, que los ejemplos saltan a la vista a lo largo de la Historia de la Humanidad: el menhir, la pirámide, la catedral. A todos ellos —al igual que a sus variantes— les une el mismo lazo fraternal, la misma iluminada aspiración; de todos se desprende la misma fuerza sublimadora. Nada importan las variantes formales (fruto de una técnica que, en algunos casos, llega a ser inconcebible para nosotros) porque lo que se pretende es siempre lo mismo: buscar a través del volumen y del espacio la fusión

del hombre con el Universo. Encontrar la armonía del espíritu por medio de la arquitectura perfecta.

No es de extrañar, pues, que en una época tan crucial como la Edad Media, surgiesen Hermandades con el único objeto de proseguir esta tarea, antes mencionada. El nombre con que hemos de nominarlos tampoco importa demasiado. Pudieron ser los Hijos de Salomón, los Compañeros, los masones operativos, los maestros Canteros; da lo mismo. Lo que sí importa es la calidad sublime, la sabiduría iniciática que plasmaron en sus construcciones.

El origen de su conocimiento se pierde en la nebulosa de la Historia. Las leyendas, más o menos verosímiles, les consideran herederos directos de aquellos Maestros constructores del Templo Salomónico —cuyos emblemas habría de adoptar en el siglo xviii la Masonería moderna o especulativa— depositarios de un saber iniciático. A este respecto conviene recordar una afirmación de E. Conseliet que resume cuanto, sucintamente, acabamos de exponer sobre los Maestros Canteros o masones: «Nos basta con saber que las maravillas de nuestra Edad Media continúan la misma verdad positiva que encerraban las pirámides de Egipto o los templos griegos».

Catedrales, basílicas y ciertas construcciones civiles del medioevo se erigen utilizando esa carga de influencias telúricas y esa capacidad de poder entrar en vibración que la piedra posee. El maestro de obras recibía la medida, la orientación y las cifras. De acuerdo con estos datos, él escogía la piedra y, en el estilo de la época, buscaba el ritmo del material y determinaba las divisiones armoniosas del futuro monumento.

Las primitivas logias masónicas fueron poderosas Hermandades de Maestros Albañiles cuya central de Estrasburgo tenía autoridad sobre todas las demás pertenecientes a los países de habla germana. Excusado es decir que los miembros de estas Hermandades o cofradías se encontraban fuertemente unidos en su trabajo. Algo mucho más importante que un mero hacer artesano les ligaba.

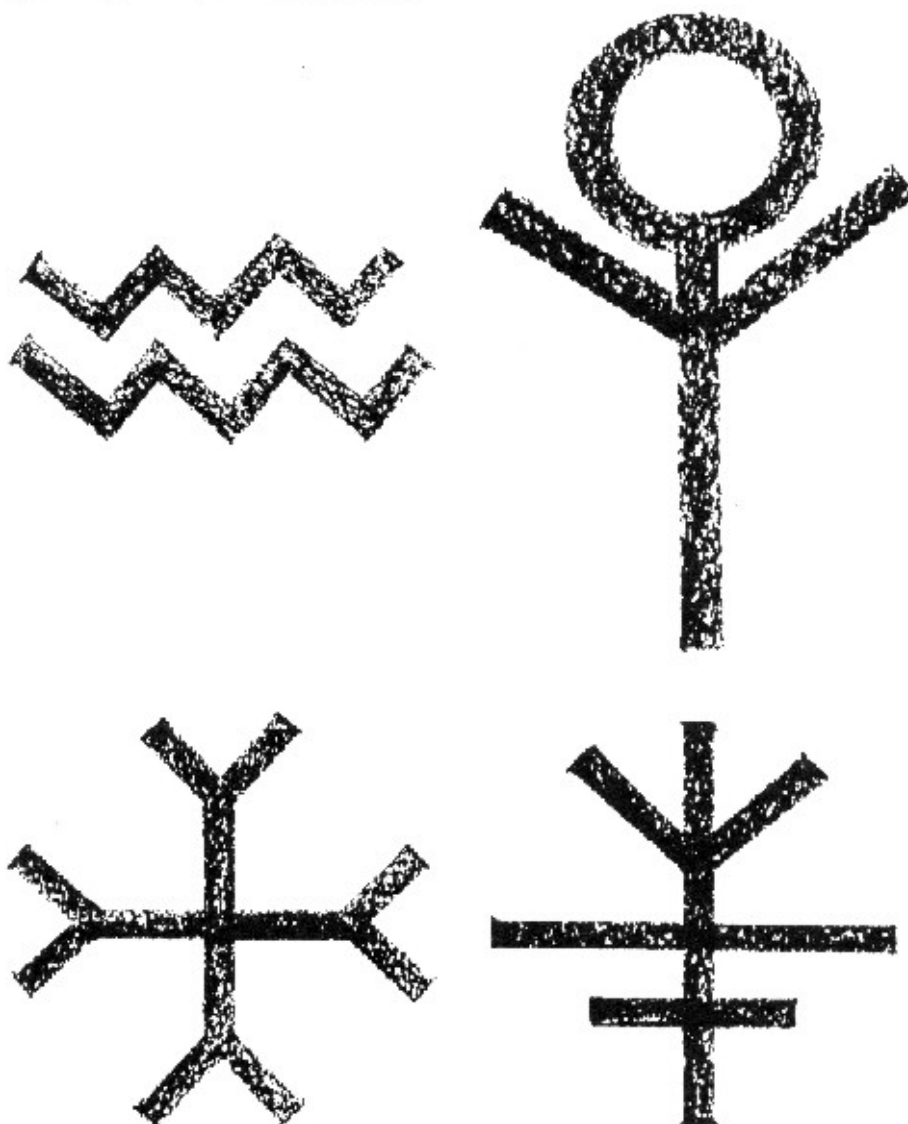
En un principio, estas Hermandades o Logias masónicas estaban totalmente controladas por la Iglesia, pero muy pronto se sacudieron de tal lazo, haciéndose libres de la influencia religiosa (de ahí proviene el nombre de francmasones, es decir, canteros o albañiles libres). Sin embargo, y por largo tiem-

po, estas poderosas sociedades mantuvieron sus principios y su adhesión a la Iglesia. Los oficiales recibían, al completar su aprendizaje, un signo que les otorgaba el Maestro, el cual, a su vez, no accedía a la maestría sin un grado de iniciación que, repetimos, no era tan sólo del oficio. Aquel signo estaba sacado de una llamada figura-madre, la cual era distinta y particular de cada Logia. Estas variadas figuras madre se basaban en los conceptos sagrados del Triángulo, del Cuadrado y de los Tréboles de tres y cuatro hojas. Analizando estos signos, se puede conocer a la perfección el lugar de procedencia de aquellos canteros errantes que trabajaron en una determinada obra.

Si la conducta de un cofrade-masón no era intachable, inmediatamente quedaban desposeídos de su signo y excluidos de su Logia. Era ley que cuando uno de estos oficiales-canteros, en el curso de sus viajes se ponía a trabajar a las órdenes de un nuevo maestro, su primera obligación consistiese en elaborar el signo de su propia Logia Madre delante de sus colegas, explicándoselo simbólicamente. Solamente a los Maestros masones les estaba permitido incluir este signo en su escudo heráldico.

Los cuatro signos de la página anterior pertenecen al Imperio Bizantino y son puros monogramas del tipo alfabético, muy vinculados a los diseños que hemos visto en el último capítulo.

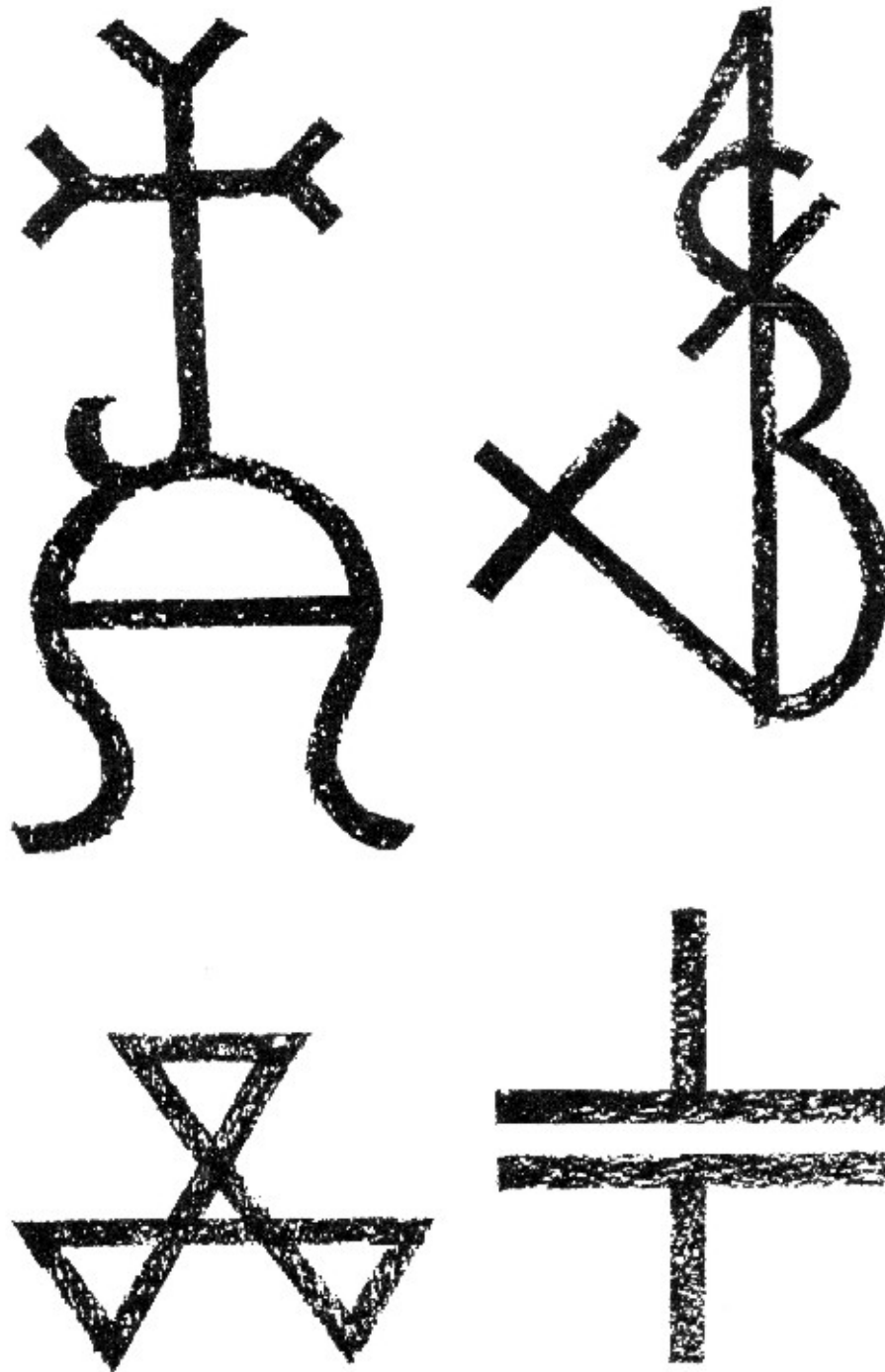
Veamos ahora seis signos latinos en los que sobresale la belleza de su trazado y la simplicidad de sus formas. Para la mente moderna, estos signos son un reflejo significativo de la gran época que los produjo.

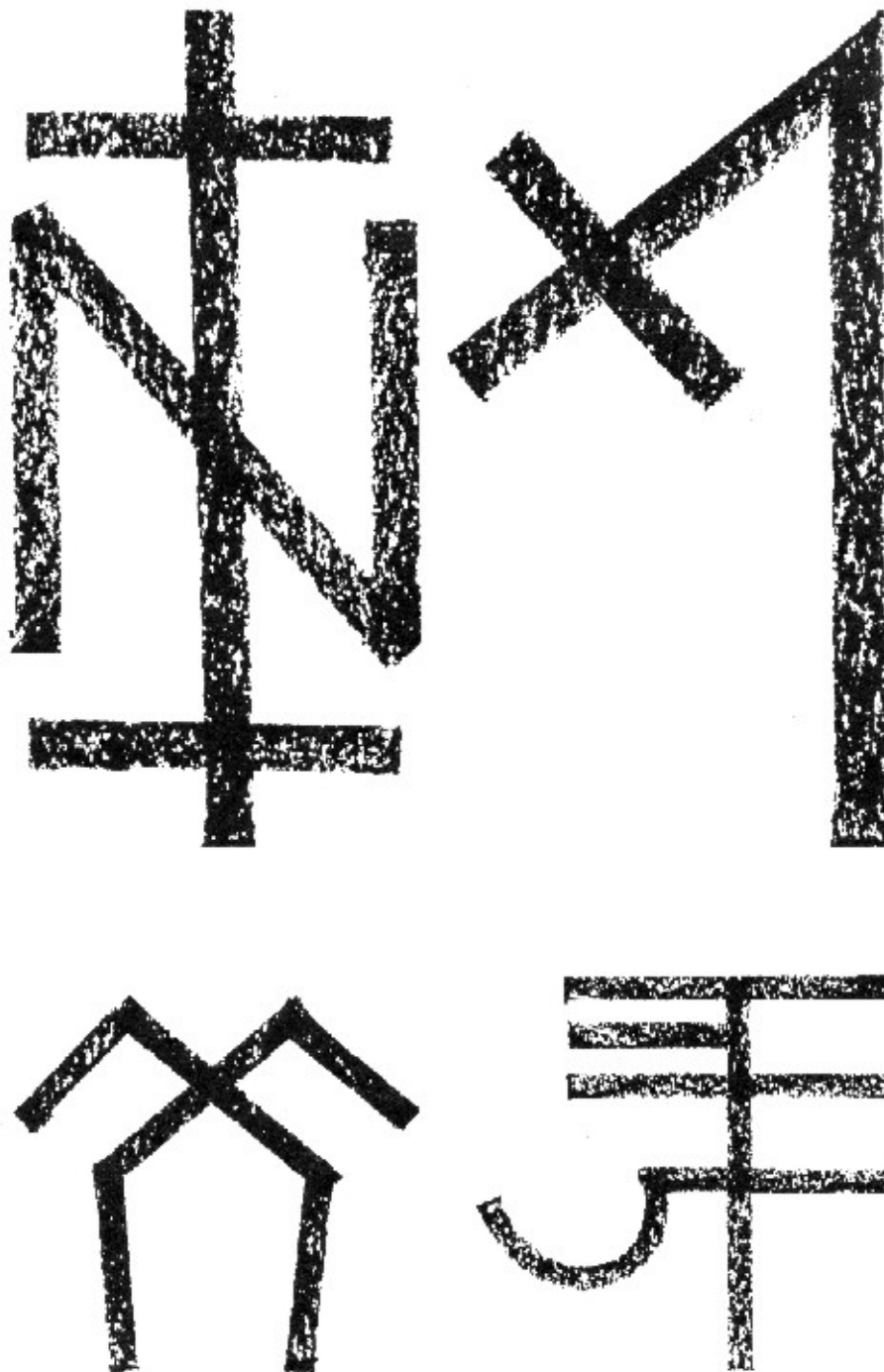




Los signos masónicos más comunes son, con mucho, los que todavía se pueden encontrar en catedrales y edificios góticos. Hay una gran variedad y, generalmente, muestran una considerable ingenuidad de formas. Vamos a dedicarles las siguientes páginas.









Concluimos este capítulo con un signo tomado de un antiguo calendario francés, compuesto de otros ocho signos subsidiarios. Probablemente es una representación de las ocho esquinas del Empíreo y su conjunto forma una bella rosa de los vientos.



7. Los cuatro elementos

El hecho de que este capítulo lo compongan solamente 8 signos —sería muy difícil encontrar más versiones, al menos en Occidente— no demuestra, en modo alguno, que la materia a tratar no sea una de las más subyugantes y de mayor trascendencia de cuantas forman las corrientes del saber iniciático y místico habidas desde los orígenes de las culturas míticas hasta el Renacimiento.

Quizá, para comprender mejor las motivaciones de la importancia simbólica de los Cuatro Elementos primordiales, habría que retrotraerse a la influencia mágica que sobre el hombre han ejercido, cuando menos, dos de ellas: la Tierra y el Agua.

Desde tiempos difícilmente datables —es prácticamente imposible establecer la cronología de una Tradición esotérica—, conoció el hombre los sistemas nerviosos — por decirlo de una forma gráfica— que recorren la Tierra y que la dotan de fuerza y vitalidad. Nos estamos refiriendo a las corrientes generadas por el desarrollo químico de los minerales vivos que se encierran en ella. Estas corrientes en ocasiones se unen formando nudos cuya potencia sobrepasa el magnetismo humano. Dicho poder telúrico, peligroso si no se sabe utilizar, pero eminentemente benéfico si se corrige su exceso (la teoría de que los menhires no eran otra cosa que simples condensadores que restablecían el equilibrio de esa fuerza, tiene, a medida que se va estudiando en profundidad, mayor validez) era, indiscutiblemente, una de las grandes razones que justificaban la sacralización de la Tierra.

En cuanto al Agua, no olvidemos que está íntimamente unida con el Cosmos; en el Cielo, en forma de nubes; sobre la Tierra en los mares, ríos y lagos; en el subsuelo formando corrientes subterráneas de gran poder disolvente. Hasta el hombre del Neolítico intuía que en el Agua se hallaba la base de toda creación. Se le considera pues, «como un remedio universal y misterioso» en acertada frase de Marcel Moreau, y se le tributa todo tipo de cultos, desde la India védica hasta el Occidente druídico. Tal vez en ese «retorno a los orígenes» de que tanto se nos habla, en ese recuerdo inconsciente del líquido amniótico que envuelve al feto, esté también gran parte de la motivación del culto sentido por el hombre. Pero en este momento quisiéramos olvidar tales incursiones en el campo de una psicología cientifista, para tornar a la simbología de nuestros Cuatro Elementos. Al hacerlo, es imposible evitar el paralelismo existente entre este Cuaternario y la Cruz.

Una vez más debemos volver a mencionar a los druidas —ya que es necesario buscar las fuentes de nuestra propia sabiduría, sin tener que remitirnos al inevitable Oriente—, maestros en el profundo conocimiento de la materia y de los elementos que la componían. Fueron ellos quienes los esquematizaron mediante la cruz inscrita en el círculo —que en principio, representaría el Universo— dividiéndolo en cuatro partes iguales que corresponderían a los cuatro Principios.

Ya cuando estudiamos los signos crucíferos nos referimos a la cruz celta, la cual no es más que una elaboración de esta otra druídica, más esquemática. El dualismo de una Tradición primordial que establece una oposición de dos a dos, dentro de los Cuatro Elementos, era algo conocido por estos sabios sacerdotes. El agua y el fuego son fuerzas complementarias y opuestas. En cuanto al aire y la tierra son, asimismo, elementos a los que en su formación y evolución han ayudado los dos primeros.

No vamos a entrar en mayores disquisiciones acerca de las interacciones habidas entre estos Cuatro Elementos, porque tal cosa implicaría unas explicaciones bastante prolijas que no consideramos pertinentes en este libro, ya que ha sido materia ampliamente tratada en otros muchos. Lo que sí nos parece interesante es reseñar cómo esta primera concepción cósmica —que no fue, repetimos, patrimonio de una cultura

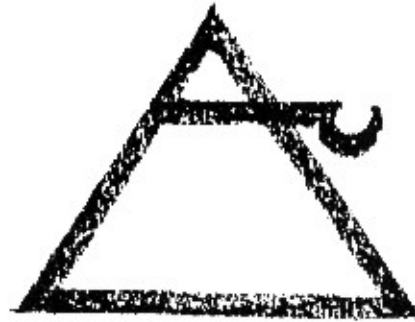
exclusiva— derivó a lo largo de la Edad Media en un movimiento místico (en el que se conjugan y trabajan paralelamente materia y espíritu) de la importancia de la Alquimia. Y aunque cuando llegue el capítulo en el que se relacionan los signos alquímicos haremos el correspondiente comentario, pensamos que es oportuno establecer ahora la relación existente entre los Cuatro Elementos primordiales (asimismo crucifera) que los alquimistas tenían de ellos.

Sabido es que para los adeptos al Arte Hermético, el Agua no representaba en absoluto el líquido que se bebe, sino un símbolo del estado líquido, de la misma forma que el concepto de lo sólido se explicitaba simbólicamente mediante el elemento Tierra, y un estado volátil de la materia, mediante el símbolo del Aire. En cuanto al Fuego, para estos Iniciados no era otra cosa más que una forma distinta de energía, fuese o no de origen térmico. Expuestas así las cosas, tendríamos la Cruz de los Cuatro Elementos alquímicos: Fuego arriba, Tierra abajo, a la derecha el Aire y a la izquierda el Agua.

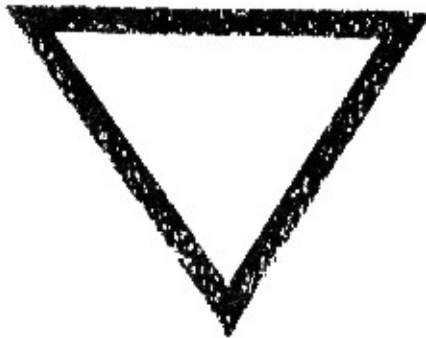
Hechos ya estos breves comentarios, pasemos a la representación gráfica de estos Cuatro Elementos, tema de la serie que nos ocupa.



El Fuego.
Calor seco. Temperamento fo-
goso, colérico.



El Aire.
Calor húmedo. Temperamen-
to aéreo, sanguíneo.



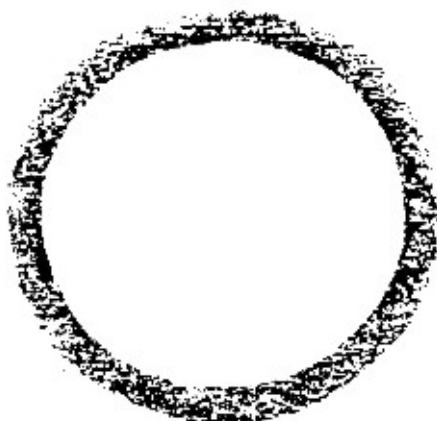
El Agua.
Frio húmedo. Temperamento
fluido, flemático.



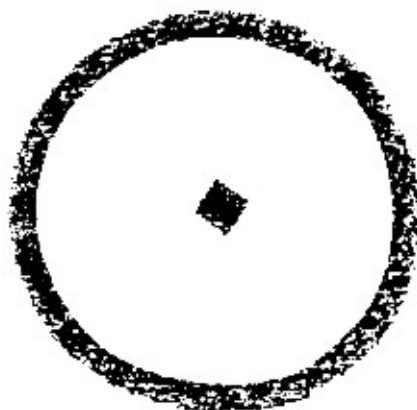
La Tierra. Frio seco. Tempe-
ramento sólido, melancólico.

Éstas son, pues, las simbolizaciones de esos Cuatro Ele-
mentos que jugaron un papel muy importante en el misticis-
mo de la Edad Media.

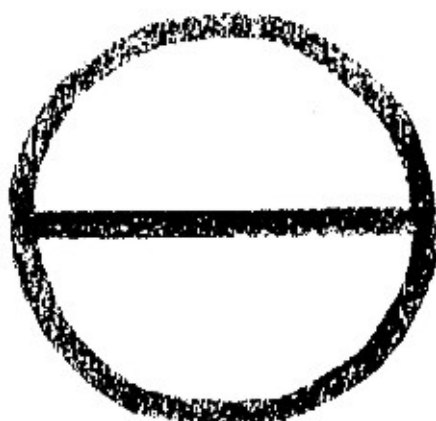
Asimismo, también se han representado por un círculo,
como vemos en la página siguiente.



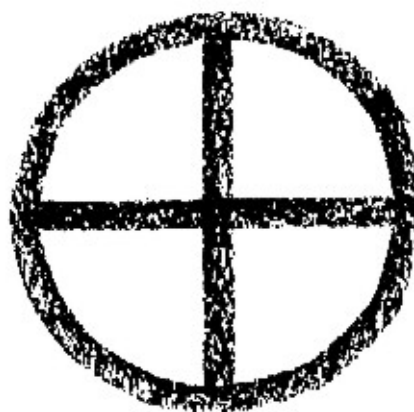
El Fuego.



El Aire.



El Agua



La Tierra.

Aunque de los cuatro primeros signos, solamente dos (el Fuego, flameando hacia las alturas y el Agua, hundiéndose en la Tierra) se hacen de una fácil interpretación, la de estos cuatro últimos círculos parece más acorde con nuestra mente.

8 y 9. Signos astrológicos y astronómicos

Hemos preferido refundir en un solo capítulo los signos pertenecientes a estas dos Ciencias puesto que, ateniéndonos a la antigüedad de los mismos, es prácticamente imposible determinar las diferencias doctrinales que en aquellas remotas épocas existían entre unos y otros.

Astrología y Astronomía, ciencias que en nuestros días no solamente difieren en su concepción sino que se consideran totalmente antagónicas (¿cómo una doctrina del saber, rigurosa y colegiada, puede aceptar los postulados irreverentes de una charlatanería más o menos elaborada?), partieron en un principio del mismo deseo, de una idéntica e imperiosa curiosidad: la que el hombre siente por conocer aquellos componentes del Cosmos en los que intuye la maravilla y el misterio. Este único y encomiable objetivo, cuando es perseguido de forma honesta, laboriosa y contrastada, da validez a las diferentes vías de acceso a ese Conocimiento, por muy dispares que, aparentemente, se nos puedan antojar sus métodos.

Para las civilizaciones caldeas, egipcias, asirias, persas y griegas, en las que la ciencia astronómica ocupó un puesto de indiscutible relevancia (sin olvidar que muchos de los descubrimientos de aquellos sabios son, todavía hoy, de indudable valor), la Astrología, es decir, aquella otra ciencia que estudia la influencia planetaria sobre el comportamiento humano, no era más que una lógica y natural complementación de la primera. Al mismo tiempo que la Astronomía estudia el orden, la composición y naturaleza de los infinitos cuerpos ce-

lestes, elucubrando, día a día, en nuevas teorías acerca de su disposición e interrelación; al tiempo que se examina científicamente ese incommensurable y universal cronómetro para fijar, de alguna manera, las leyes que gobiernan sus engranajes, ¿cómo se puede despreñar esa otra consecuencia del orden que rige el mundo y que se refiere, concretamente, al influjo de las emanaciones energéticas de los cuerpos celestes sobre el hombre?

Antes de proseguir, queremos dejar bien aclarado que tampoco nosotros aceptamos que sean los planetas y su variado influjo la única causa de las venturas y desdichas que puedan sobrevenir al hombre; ni que todas las particularidades de la compleja psicología humana estén determinadas exclusivamente por las conjunciones, ascendencias, oposiciones y exilios que en el punto y hora de cada nacimiento presentan las constelaciones. Tal dogmatismo rozaría un grado de ingenuidad inaceptable. Pero creemos firmemente en una relación macrocosmos-microcosmos, entre otras razones porque pensamos que en las leyes que rigen el Universo existe un orden y una armonía perfectas que, las más de las veces, se escapan a nuestra limitada interpretación de los hechos. Insistiendo en el adagio latino muy bien conocido ya en tiempos de Ptolomeo, diremos *Astra inclinant, non necessitant*, los astros influyen pero no determinan.

Ateniéndonos a datos históricos —bien conocidos, seguramente, por el lector de este libro— no nos cansaremos de repetir que las primeras y grandes civilizaciones, especialmente las mesopotámicas, se caracterizaron por una sagacidad en las ciencias matemáticas que muy raramente han mostrado otras posteriores tenidas por más evolucionadas. Sin ayuda de telescopios ni otros instrumentos de precisión delicada (el primer antejo se construyó a principios del siglo xvii y de la utilización del telescopio no existen datos fehacientes antes del año 1660), aquellos hombres fueron capaces de hacer importantes descubrimientos astronómicos. Eran, pues, científicos puros, montes privilegiadas, exponentes máximos de lo que hoy denominaríamos una superespecialización. Curiosamente fueron también ellos los primeros grandes astrólogos. Ni estos primeros investigadores, ni los que a lo largo de muchos siglos han dedicado su vida a esta Ciencia,

de forma íntegra y concienzuda, pueden ser tachados de meros charlatanes. Para establecer las bases y desarrollo de sus teorías, se han visto obligados a dominar el conocimiento de las más diversas lenguas, a demostrar una indiscutible pericia matemática, además de otras variadas y complejas técnicas. Sería necio — por no decir, indigno— catalogar de forma gratuita un saber que, si bien ha sido presa de manipulaciones divulgatorias de una absoluta ridiculez (¿qué revista o folleto «sentimental», no incluye entre sus páginas el consabido y chocarrero «horóscopo»?), se esfuerza por establecer, organizar y evaluar el papel que una porción inmensa del Cosmos ejerce sobre otra parte, infinitamente menor pero no menos importante del mismo, que es el Hombre.

Insistimos nuevamente que no ha sido nuestra intención en el capítulo que ahora nos ocupa, y en el que vamos a incluir indistintamente una serie de signos astronómicos y astrológicos, establecer pauta alguna que pueda ser utilizada por el lector para otros fines que no sean los puramente fijados por la misma naturaleza de este libro, o sea, la recapitulación de unos determinados signos y símbolos.

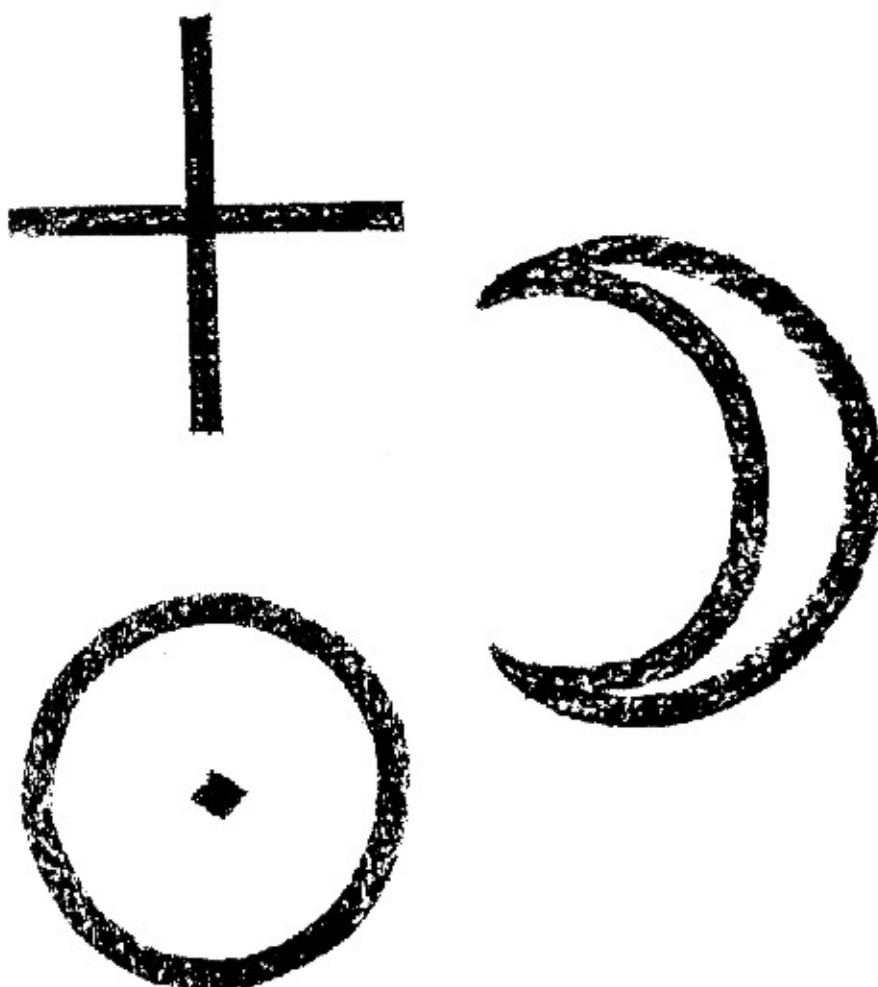


Simbolo del Sol. Fuente espiritual del Todo. Yo Divino del Gran Hombre.



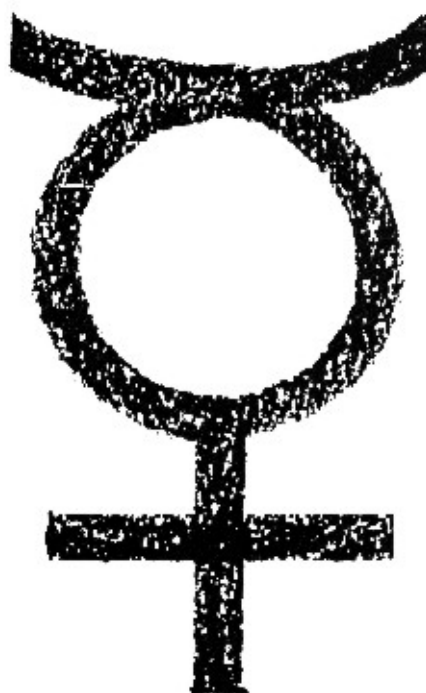
Simbolo de la Luna. Representación del Alma del Gran Hombre.

Quizá sean los signos de los planetas los más frecuentemente empleados en los viejos manuscritos de Astronomía. Juegan un papel muy importante también en la ciencia astro-lógica a la cual, naturalmente, deben su origen. La mayoría están compuestos por cruces, símbolos de los elementos químicos y también por los signos del Sol y la Luna que denotan actividad y pasividad, respectivamente.





La naturaleza de Júpiter es lunar y domina los elementos. El mismo signo representa también al estaño.



Mercurio. La naturaleza de este planeta es dual: solar y lunar. También domina los elementos. Es por excelencia el signo hermafrodita. La Fuerza activa del Yo y la conciencia de la Humanidad.



Saturno. Naturaleza lunar dominada por los elementos. El plomo se representa con este mismo signo.



Marte. Este signo parte del zodiacal que corresponde a Aries cuya representación es la saeta apuntando en dirección opuesta, hacia el Sol. Posteriormente se modificó, convirtiéndolo en una flecha con trazo aparentemente distanciado del Sol. El hierro, asimismo, posee esta representación.

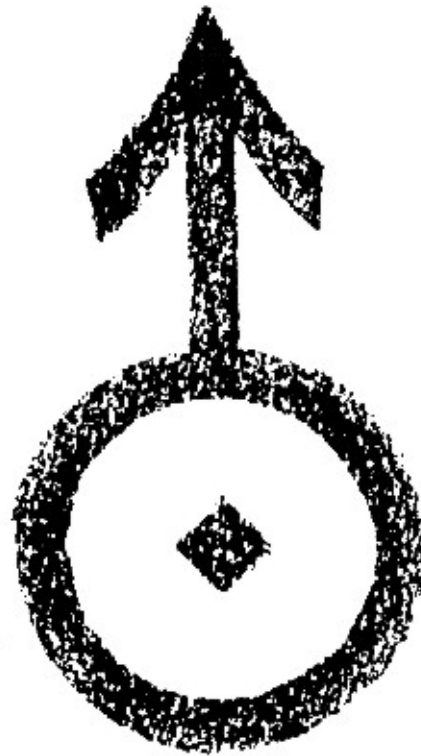


Venus. Es solar y domina la parte Femenina. El planeta Venus hace referencia al Amor y representa el Alma del Gran Hombre Arquetípico.

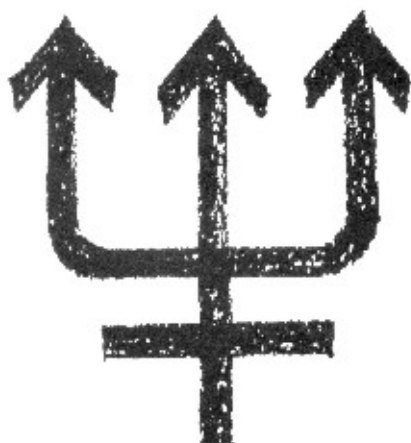


La Tierra. También es solar y está dominada por los elementos.

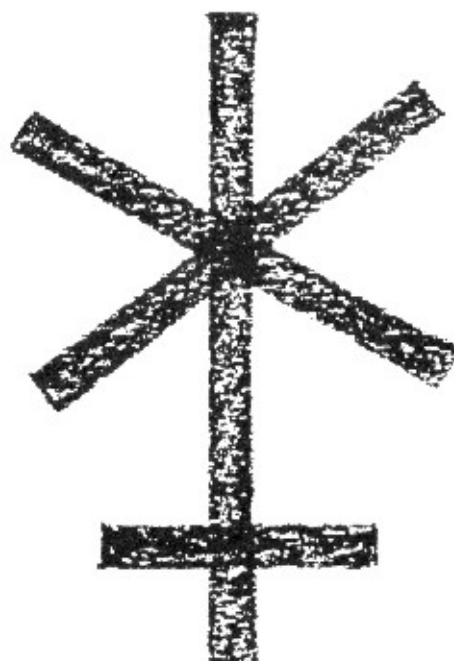
Los símbolos de los restantes planetas son de origen muy posterior y surgen de diferentes asociaciones de ideas.



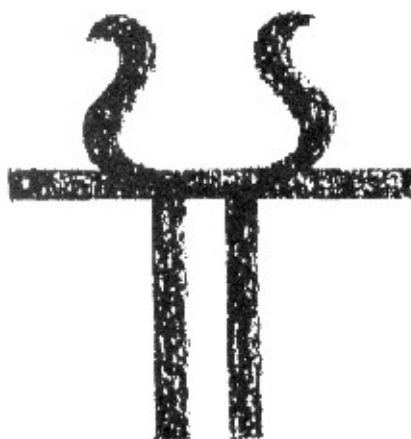
Urano, representante de lo Oculto. Bajo su influencia se engendran los grandes Místicos. Rige los sentimientos ideales y la imaginación.



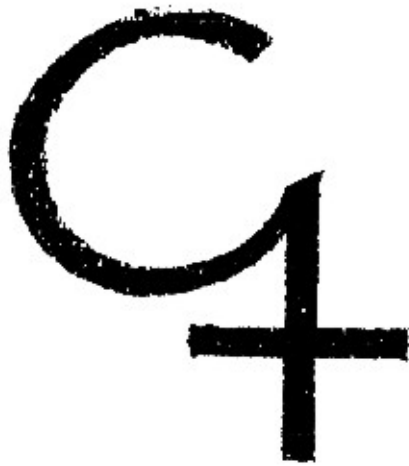
Neptuno. Considerado astro-
lógicamente como la octava
expresión del planeta Venus.



Juno. Trasposición femenina
de Zeus. Reina sobre todos los
fenómenos atmosféricos y ce-
lestes.



Vesta, hija de Cronos y de
Rea. Actúa como el buen espí-
ritu guardián de los hombres.



Ceres o Deméter, divinidad eminentemente agrícola, cuya festividad se celebraba al inicio de la primavera.



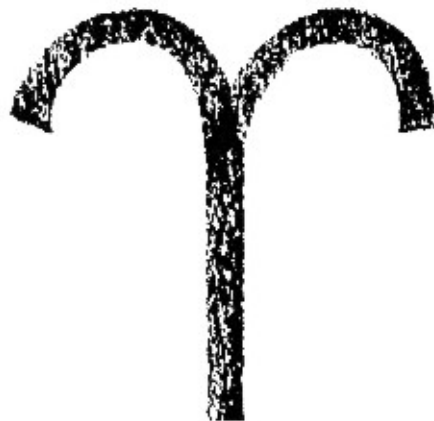
Palas, diosa del puro y luminoso éter, en el cual los antiguos veían la más alta y poderosa fuerza de la Naturaleza.

Recordemos que el signo de Vesta representa un altar en el que se alza un fuego sacrificial. Neptuno, dios de los Océanos para los romanos, está representado por un tridente.

Los signos del Zodíaco se identifican con las constelaciones y datan, al igual que los planetarios, de tiempos remotísimos. Tanto unos como otros son comunes a todas las naciones y de ellos vamos a hacer un somerísimo comentario en cada caso.



Acuario, el portador del agua. Enero es signo de aire, fijo y masculino que tiene por planetas regidores a Saturno y Urano. Simboliza el Juicio, las invenciones y los descubrimientos. Desde el punto de vista de su simbología estacional, representa el despuntar de las raíces, la metamorfosis de la semilla. No hay que olvidar tampoco que este signo representa la consagración y, entre otras cosas, contiene todos sus ritos y misterios. Quizá por todo esto, las primeras pilas bautismales cristianas fueran un residuo de esta religión Astral representada, en este caso, por el signo de Acuario.



Pisces, los peces. Febrero. Es un signo de agua, femenino y móvil, cuyos planetas son Júpiter y Neptuno. Representa el término del viaje de Apolo a través de los doce signos y, por tanto, en él finaliza la rueda zodiacal. Pisces significa la confirmación y, por tanto, nos recuerda la idea divina del gran ciclo de la necesidad. Estacionalmente simboliza también la última fase de la vida vegetal subterránea. Este signo es la tercera emanación del Trígono acuático y, esotéricamente está ocupado por los dos hijos de José, Efraím y Manasech, representativos ambos de los pies del Gran Hombre Arquetípico. Por último, simboliza la bondad innata, la generosidad y el altruismo.



Aries, el carnero. Marzo. Ptolomeo le otorga en su *Tetrabiblos* las características de independencia, valentía e impaciencia, entre otras varias. Simbólicamente representa el sacrificio y, asimismo, la primavera —interpretación estacional— época en que ya vencidos el invierno y la muerte, el Sol concede a los hombres nueva luz y nueva vida. Es signo masculino que tiene por planeta dominante a Marte, el cual le confiere la arrogancia y audacia necesarias para llevar a cabo la eclosión de los nuevos brotes. Asimismo, es el principio activo generador de la inteligencia. No olvidemos que Aries es un signo de fuego, masculino, móvil y violento.

Tauro, el Toro. Abril. Bajo su aspecto simbólico representa el principio fecundador, la fuerza procreadora de la Naturaleza. Su planeta rector es Venus, ya que la Naturaleza está condicionada por su necesidad de procreación. Precisamente los aparentes cuernos con los que se le representa no son más que la simbolización (no de la Luna creciente sobre la cabeza de Isis como algunos tratadistas creyeron) de Venus, que antiguamente se representaba con ellos a imitación del Toro cuya constelación rige. También los egipcios veían en Apis, el toro sagrado, una representación de Tauro, constelación que cruzaba el Sol durante el mes de la labranza. Para la tratadista L. Alberti es el más realista de todos los signos por su tenacidad y obstinación. Por su esencia, Tauro es un signo de Tierra, femenino y fijo.



Gemini, los gemelos. Mayo. Es el signo más contradictorio de todo el Zodíaco. Representación de la unidad y fuerza que dimanar de la acción conjunta. En su correspondencia estacional, Géminis es el ápice de la primavera, la concentración del impulso creador. Las dos brillantes estrellas, Cástor y Polux (tan caras a la mitología griega) son una representación del símbolo místico de los Gemelos. Indudablemente, Géminis es la mas alta emanación del Trígono Aéreo. Este signo está regido por el planeta Mercurio, cuyas características representa en modo activo. Géminis es masculino, doble, signo aéreo y estéril.



Cancer, el cangrejo. Junio. Simbolización de la tenacidad de la Vida. El peregrino caminar hacia atras del cangrejo ilustra perfectamente el movimiento aparentemente retrógrado del Sol cuando se encuentra en este signo. Cáncer representa la esencia fructifera y sostenedora de las fuerzas de la vida. Recordemos que el símbolo del cangrejo ocupaba un lugar preferente en la estatua de Isis, la Gran Madre Universal, sostenedora de todo lo viviente. Cáncer es un signo de agua, femenino, fecundo y móvil. Expresa también las verdades paradójicas que se encuentran en los Contrarios y sus distintas fuerzas de cohesión. Se encuentra en la constelación de la Luna y es signo de agua, cardinal, femenino y eminentemente conservador.

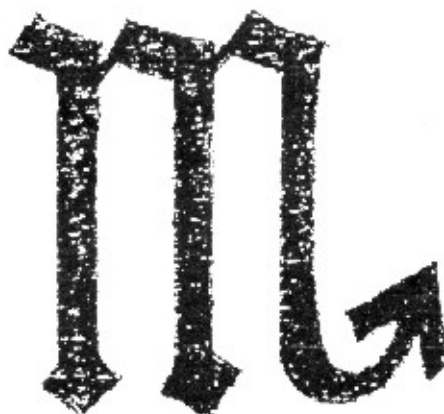


Leo, el león. Julio. Simboliza la fuerza, el valor y el Fuego. Es el león solar de los Misterios, el vértice de Fuego de la vida física. En el plano esotérico el signo de Leo está ocupado por Judá, de quien su padre moribundo afirma: «Judá es un cachorro de león». Este signo nos revela los misterios de los antiguos sacrificios y las leyes de la compensación. Es, al mismo tiempo, un símbolo del principio Masculino y activo. Designa las cosas elevadas y destacadas. Leo es la segunda emanación de la Triplidad Ígnea y está regido por el Sol. Es signo masculino y fijo.

Virgo, la virgen. Agosto. Es signo de castidad y constituye la idea en la que se apoyan innumerables mitos. En el plano esotérico cabalístico, Virgo está ocupado por el Aser bíblico. En su correspondencia estacional, Virgo marca la conservación de la cosecha. Es signo de tierra, doble, móvil y femenino en el que, al igual que Géminis, está regido por el planeta Mercurio. Es la segunda emanación del Trígono terreno y expresa la culminación de los designios creadores. Simboliza también la crítica, el análisis, la reflexión y la prudencia.



Libra, la balanza. Septiembre. Signo de aire, masculino y móvil. En los zodiacos caldeos se le denominaba Pinzas del Escorpión, puesto que este signo (Escorpio) abarcaba dos sectores: uno propio del cuerpo y otro que corresponde a sus pinzas o tenazas. Posteriormente —se ignora la época precisa, aunque posiblemente tal cambio ocurrió sobre el siglo I antes de nuestra era— se le denominó Libra y se modificaron convenientemente sus trazos. En su aspecto simbólico representa la Justicia y el equilibrio interior de las fuerzas de la naturaleza. Contiene el misterio de la divina Igualdad en las antiguas Iniciaciones. Estacionalmente representa el comienzo del ciclo invernal y la preparación para la siembra. Libra es el domicilio diurno de Venus y por tanto incorpora las características venusianas en su modo activo. En la cara Universal, Libra se convierte en Enoch, el Hombre Perfecto. Por último, digamos que Libra es la segunda emanación de la Triplicidad Aérea.



Escorpio, el escorpión. Octubre. Signo de agua, femenino, fecundo (en cuanto representa los órganos sexuales del hombre) y violento. Es el domicilio nocturno de Marte, por lo cual representa sus características en modo pasivo. En su correspondencia estacional, simboliza la siembra (la cual implica enterramiento, aparente muerte generadora, no obstante, de nueva vida). Por todo ello, Escorpión es símbolo, repetimos, de muerte. Para ciertos autores, es la serpiente alegórica que tentó a Eva, según el Génesis. De la privilegiada posición que el Hombre tenía en Libra, cae ahora en la degradación y extinción que representa Escorpio. Es muy posible que con tal alegoría, la mentalidad primitiva, al elaborar este signo, quisiera expresar un cierto espíritu de venganza. Indis-

cutiblemente Escorpio es muy complejo pues si bien representa la pérdida de un estado de inocencia, contiene, al mismo tiempo, el misterio del sexo y los secretos de los antiguos ritos falicos.



Sagitario, el arquero. Noviembre. Signo de fuego, masculino, fecundo y doble (puesto que este signo en su aspecto simbólico representa una naturaleza dual). En Sagitario, la semilla enterrada en Escorpio comienza a adaptarse al ambiente circundante e inicia un prodigioso movimiento celular que habrá de dar el fruto de la planta futura. Este signo es el domicilio diurno de Júpiter, del que representa sus características en modo activo. Sagitario nos indica los poderes de la Humanidad y la necesidad de los mismos. Signo de autoridad y de mando, queda perfectamente representado por el José bíblico, gobernante y legislador egipcio.

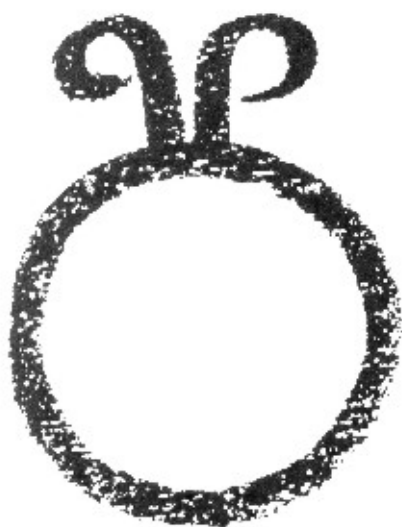


Capricornio, el macho cabrío. Diciembre. Signo de tierra, móvil y violento, femenino y estéril. Siendo domicilio nocturno de Saturno, conlleva sus características en modo pasivo. Signo pesimista y frío, en su aspecto simbólico personifica el pecado, pero también significa la regeneración y el renacimiento. Estacionalmente, y dada su época, es la simbolización del éxtasis invernal, durante el cual la semilla enterrada vive su periodo más difícil ya que todos los elementos parecen alzarle contra ella. Capricornio es la Tercera emanación del Triángulo Terreno. Por último, no olvidemos que Capricornio es símbolo de concentración y meditación.

Al tiempo que el Sol va cruzando el firmamento de las estrellas fijas, atraviesa también estas constelaciones, nombrándose cada mes de acuerdo con la constelación en que esto ocurre. La posición exacta de aquéllas se altera gradualmente con relación al calendario cronológico (anual), de forma que el principio de cada mes no coincide exactamente con la entrada del Sol en una nueva constelación. Aproximadamente dos tercios del mes pertenecen al signo anterior y solamente en la última decena tiene lugar esta conjunción de mes y signo.

Haciendo una síntesis de las representaciones zodiacales ya mencionadas, recordaremos que Acriano está simbolizado por el esbozo de unas ondas marinas, Aries por los cuernos, Tauro por la cabeza del toro, Géminis por dos trazos paralelos. En cuanto a Cáncer, originariamente se le representó por medio de dos cangrejos que se enfrentaban mutuamente. En los signos de Leo y Capricornio, el diseño recuerda vagamente a los animales que representan. Virgo ha recibido, en tardía versión cristiana, el signo del monograma de María. Sobre las variaciones habidas en el simbolismo de Libra ya hemos hecho, en su momento, una rápida mención. En cuanto a Escorpio se le reconoce por su agujon y a Sagitario por la flecha.

Veamos ahora los signos pertenecientes a las estaciones del año.



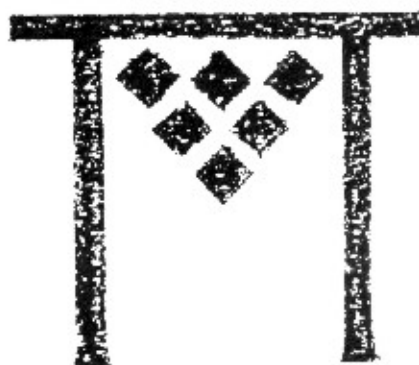
La Primavera.



El Verano.



El Otoño.



El Invierno.

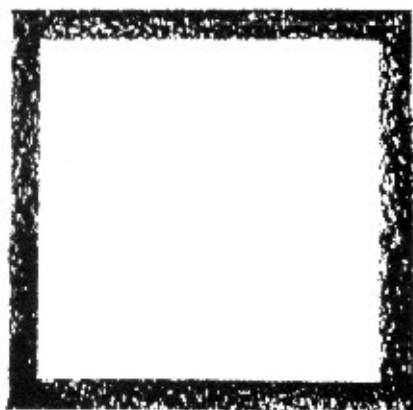
No es difícil adivinar el simbolismo de estos signos ya que ilustran muy sucinta, pero claramente, el apogeo y decadencia de la vida y, como en el caso del invierno, la protección hogareña contra el frío y la nieve.



La mañana; sol naciente.



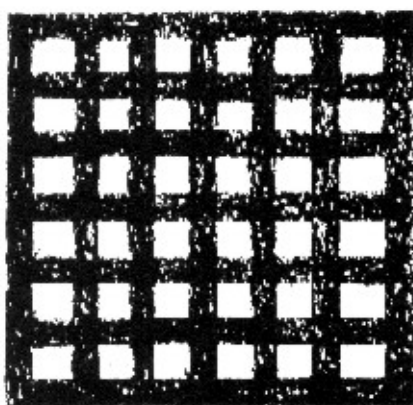
La tarde; el sol poniente.



Veamos ahora los signos de los días de la semana, que los romanos denominaban según los planetas que los regían.



Domingo: día del Sol, *dies solis*.



Representaciones del día y la noche; Luz y Tinieblas, claridad y oscuridad.



Lunes, *dies lunæ*, día de la Luna.



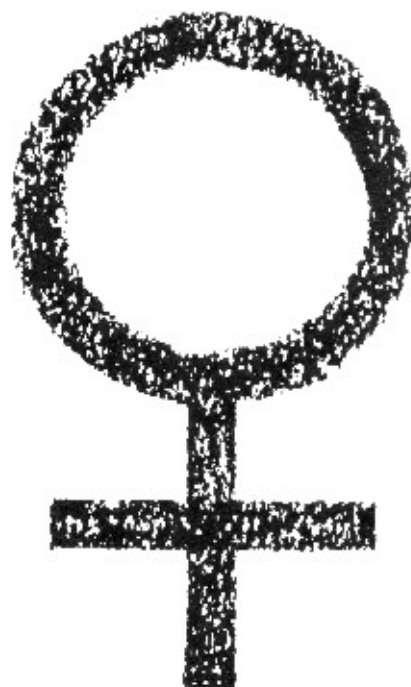
Martes; *dies martis*, día de Marte



Jueves; *dies jovis*, día de Júpiter.



Miércoles; *dies mercuri*, día de Mercurio.



Viernes; *dies veneris*, día de Venus.



Sábado; *dies saturni*, día de Saturno.



Conjunción, es decir, a una distancia de 0 grados. Este fenómeno se produce cada 28 días (luna nueva).

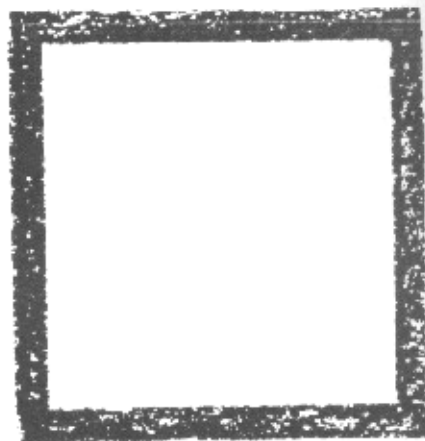
Los signos que a continuación mencionaremos se utilizaban (y siguen utilizándose) para formular horóscopos precisos, en los que los planetas y los signos zodiacales deben encontrarse en relación directa. La formulación de horóscopos depende, entre otras muchas consideraciones, de la forma en que estas confluencias se relacionan las unas con las otras. Los planetas pueden estar en:



Semi-sextil, o 20 grados. Se produce dos o tres veces al año y su duración oscila entre los 5 y 10 días.



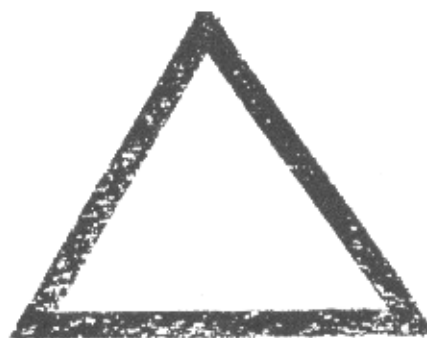
Semicuadratura o 45 grados.



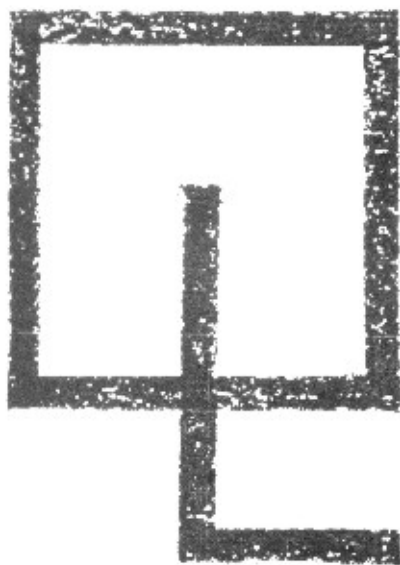
Cuadratura, 90 grados.



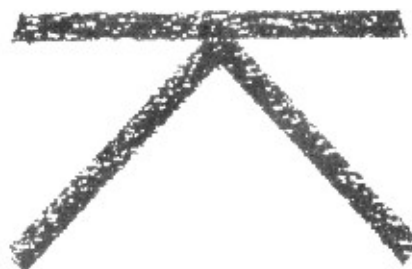
Sextil o 60 grados. Se produce dos veces cada treinta días.



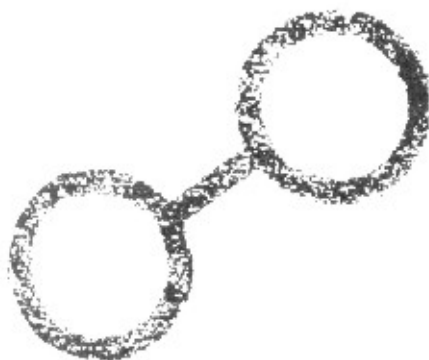
Trígono o 120 grados. Se produce cada 18 meses aproximadamente.



Cuadratura y media o 135 grados.



Quincunce o 150 grados.



Oposición o 180 grados.



Constelación en estado de retroceso.



La Luna en nódulo ascendente, o cabeza de dragón.



Luna en nódulo descendente o cola de dragón

Para finalizar este capítulo, recordemos que la ciencia astrológica pudo conservar su esoterismo a lo largo de los siglos, gracias, precisamente, a la rica multiplicidad de sus signos. Mediante ellos se logró expresar de manera muy abreviada, conceptos bastante complejos.

Esta forma sintética de expresión, y sus ventajas prácticas, podemos constatarlas en una ciencia como en la de las matemáticas. En la aritmética, por ejemplo, utilizamos signos, que no hemos creído oportuno representar pues son ampliamente conocidos, pero que, sin embargo, tienen una gran relación con los aquí mencionados.

10. Signos botánicos

La inclusión de una serie de signos relativos a la botánica, nos ha parecido —por breve que sea— no solamente acertada sino también profundamente significativa. Como ya habrá podido constatar el lector por todo cuanto se ha expuesto en los precedentes capítulos, el objeto de esta obra es básicamente —y al margen de presentarle una amplia gama de figuras de muy variada índole— hacerle tomar conciencia de la importancia que tales representaciones tuvieron para el hombre, a lo largo de su evolución histórica.

Hemos pretendido hasta ahora, y así continuaremos en lo sucesivo, que tanto la relación de los signos, el orden en que se han expuesto y los breves comentarios que les sirvieron de apoyo, careciesen, en lo posible, de cualquier matiz que implicase un marcado subjetivismo por nuestra parte (aunque muy bien sabemos lo difícil de tal pretensión, cuando se tocan materias verdaderamente entrañables). En estos casos, cualquier alusión puede ser interpretada como un juicio de valor; un término encomiástico corre el riesgo de equipararse a una apología más o menos implícita, etc. Este es el peligro a que se aboca quien, por mucha objetividad que quiera mantener en la exposición, utiliza la palabra para referirse al signo. Porque, y conviene tenerlo muy presente, toda figura de contenido emanante conlleva, por su misma esencia, un valor sacral que puede prestarse a muy plurales interpretaciones. De hecho —y nuevamente tenemos que referirnos a un autor que nos merece todo crédito en el campo de la semiología—, «cada ciencia se ve perpetuamente amenazada por el

babelismo terminológico y por la anarquía conceptual; y esto sucede tanto más, cuanto más en desarrollo se encuentra dicha ciencia». Discúlpenos esta corta disquisición que hemos considerado oportuna al tratar el presente capítulo.

Los signos que vamos a incluir son, como ya hemos apuntado, escasos, pero algunos de ellos tienen el valor de encerrar una perfecta alegoría. Si, en cierta medida, pretendemos llevar a la mente del lector «otra forma de interpretación de la vida a través del grafismo primordial, no podemos marginar la afirmación de que, como alguien dijo, muy acertadamente, en el reino vegetal está perfectamente corroborado el hecho de que la espiral es el movimiento de la misma vida.

Desde los Vedas y Upanishad hasta los Maestros de nuestra Tradición occidental, encontramos plasmado el mismo concepto del «árbol del mundo», significando con su verticalidad, que en lo Alto, en los «cielos», reside el origen de su fuerza. Metafísicamente el árbol expresa la fuerza universal; es un símbolo que se puede encontrar en las tradiciones más diversas y alejadas tanto en el tiempo como en el espacio (Julius Evola). Son múltiples los mitos que tienen por referencia el árbol y tras cuya alegoría se pueden encontrar ocultos y profundos significados.

En la mitología babilónica y asiria existe también un «árbol cósmico» radicado en el lugar de Eridu, la Casa de la Sabiduría. Puesto que esta mitología incluye en el árbol simbólico la personificación de la Mujer divina, es fácil encontrar el concepto universal de la naturaleza femenina representada por dicho Árbol. (¿Acaso el cristianismo ha rechazado este principio cuando denomina a María, Cedro del Líbano, Flor de Jessé, o cuando, tomando nuevamente el simbolismo vegetal, es Mateo — cap. XIII, 31-32— quien hace figurar el reino de los cielos surgiendo de la semilla que el hombre arroja en su «campo»? Pero ya mucho antes, en el *Genesis*, aparecen los dos árboles del Paraíso, uno el de la Vida; el otro, el de la Ciencia: «He aquí que el hombre se ha hecho como uno de nosotros, en virtud de su conocimiento del bien y del mal; que no vaya ahora a tender su mano al árbol de la Vida y comiendo de él, viva para siempre».

Sería inacabable la enumeración de las alusiones botánicas habidas en todos los textos sagrados. El Buda lleva a

cabo sus meditaciones bajo la higuera; las Hesperides (de nuevo se afirma la fuerza simbólica de lo femenino) custodian el árbol cuyos frutos tienen fuerza inmortalizante. En el Edda, existen las manzanas de la inmortalidad, asimismo; la encina es árbol de iniciación en la Alquimia; el roble es elemento sagrado para los druidas, etc.

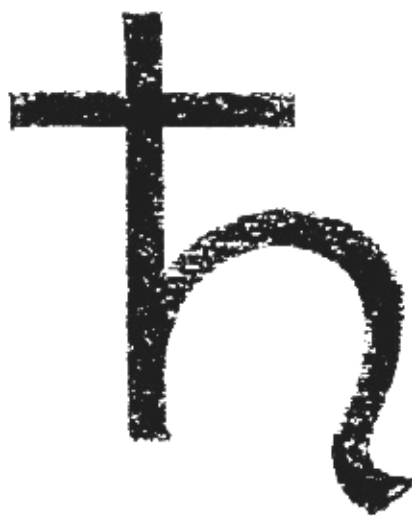
Ahora comprenderá el lector la conveniencia de haber incluido en este libro la referencia, por muy somera que sea, a los signos botánicos. Una simple ojeada a las figuras siguientes le corroborarán en la idea de hasta qué punto puede pervivir, como antes decíamos, un símbolo a través de los siglos, recibiendo en cada época una nueva dimensión interpretativa.



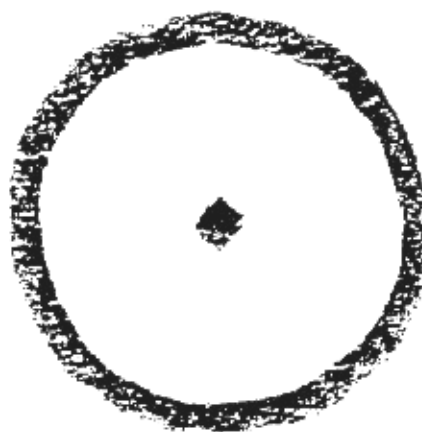
El árbol.



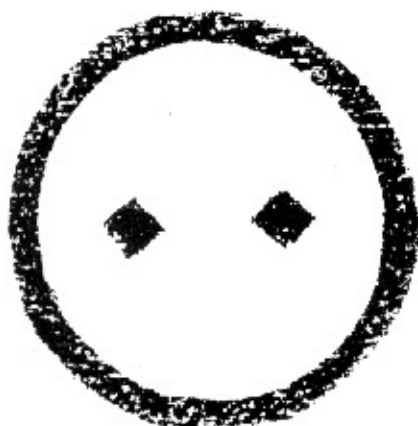
Planta de hoja perenne.



El arbusto.



Recolección anual.



Recolección bianual.



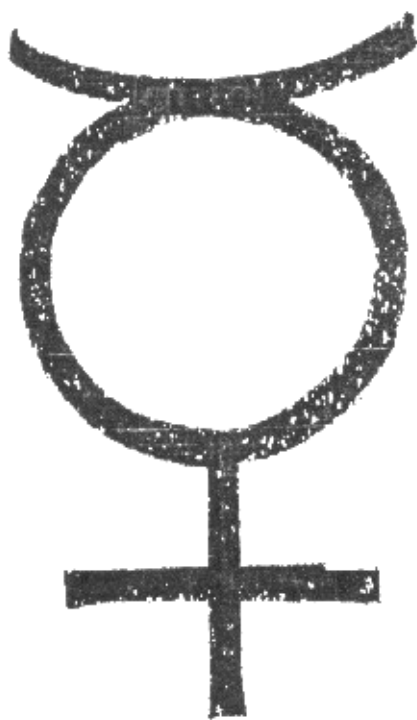
Flor (capullo) masculino.



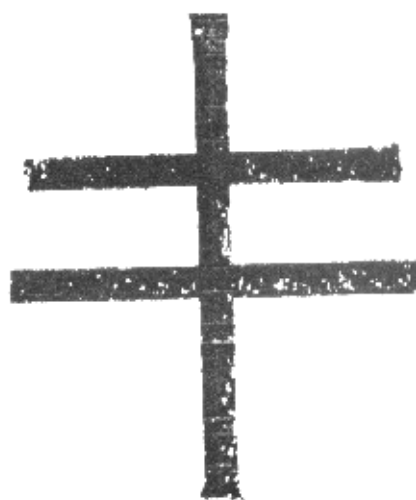
Otro símbolo para la recolección bianual.



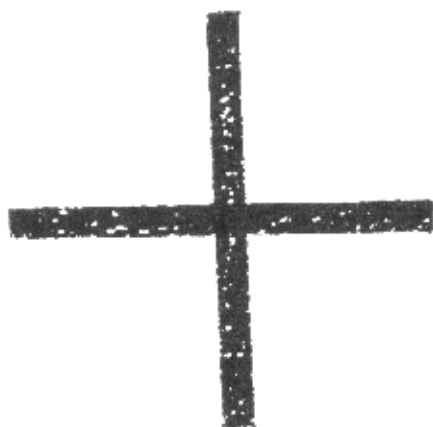
Flor (capullo) femenino.



Flor hermafrodita



Planta venenosa.



Planta perniciosa (sospecha)



Planta muy venenosa.

11. Signos químicos y alquímicos

De nuevo nos enfrentamos con un problema de nomenclatura similar al ya expuesto en el capítulo concerniente a los signos astrológicos y astronómicos. En ambos, las figuras que los integran ofrecen la particularidad de un difícil discernimiento que aclare cuáles, en principio, corresponden a cada una de las Ciencias representadas. Y si complejo resulta establecer los matices diferenciativos que, en la antigüedad, mostraban los signos astrológicos y astronómicos, no menos ardua se hace la tarea cuando se quieren marcar distinciones semiológicas entre las representaciones de los arcaicos elementos químicos y de aquellos otros que conformaron la grafía de la Ciencia Hermética. Pero antes de seguir adelante con este comentario, nos resulta imperioso hacer una acotación que ayude al lector a obtener una justa comprensión de las figuras —en número mayor al contenido en las restantes series— que vamos a tratar.

La Química y la Alquimia no tienen en común más que los elementos orgánicos manejados por ambas.

Creemos indispensable establecer esta premisa como punto de partida, entre otras razones, para conseguir una ulterior diferenciación de los signos. Es más, como devotos admiradores que somos del Arte Hermético, nos vemos obligados a formular tal aseveración, que deseáramos fuese ya del conocimiento de todos los lectores, y que al mismo tiempo nos liberase de la responsabilidad que pudiera dimanar de una interpretación equívoca.

Si la llamada ciencia ortodoxa (o, cuando menos, amplios

sectores de la misma) ignora, cuando no desprecia, el saber astrológico, no menos inflexible se muestra a la hora de enjuiciar el profundo conocimiento de las interrelaciones existentes entre el Hombre y la Materia, tema primordial del Arte Alquímico. Discúlpense que, una vez más, el despreocupado y el docto se den la mano en su veredicto. Para ambos, la Alquimia no es más que una especie de ciencia pedestre, una pintoresca manifestación de la credulidad humana o, en el mejor de los casos, una química rudimentaria. El cientifismo «academicista», cuando se arroja el papel de legislador suele mostrarse naturalmente apodictico.

Por supuesto que no vamos a ser nosotros, en el espacio que nos permiten, unas escasas páginas, los más indicados para erigirnos en defensores a ultranza de la Alquimia, puesto que decenas de autores de prestigio acrisolado, lo han venido haciendo a lo largo de milenios, desde la China de Lao-Tsé hasta la Europa de nuestros días. Por otro lado, la Ciencia Hermética no necesita ser defendida. Aquellos que de alguna forma han establecido contacto con ella o han iniciado el Trabajo —aún sin llegar a conseguir los frutos que coronan la difícil Obra— saben perfectamente la verdad de este aserto. Nuestro objetivo, al escribir estas líneas no es otro, como queda dicho más arriba, que el de aclarar, dentro de lo posible, el significado de los signos que conforman este capítulo.

A tal efecto se hace imprescindible, como en otras ocasiones, una referencia sobre la Doctrina que los emplea no sin antes dejar bien sentado que nuestra glosa tiene que ser —dada la envergadura del tema y el carácter que hemos querido imprimir a estas páginas— exclusivamente dilucidaria.

El error de conceptualizar a la Alquimia como una mera protoquímica no tiene, a nuestro modo de ver, otra base que el despecho que la mente racionalista siente por todas aquellas ramas del saber en cuyos postulados presupone unos componentes místico-filosóficos discordantes con sus rígidos esquemas «científicos» y cuya verdadera esencia, en el fondo, se le escapa. Pero al margen de las múltiples imposturas de los falsos alquimistas, de los embaucadores o, inclusive, de los meros «sopladores» (que trabajaban la materia con ciencia pero sin Iluminación), cuyo objetivo único no era otro que lucrarse a costa de la credulidad de las pobres gentes o de la

codicia de los poderosos, la Ciencia Alquímica o Arte Hermético ha sido durante milenios y sigue siendo — puesto que honestos y sabios alquimistas continúan habiéndolos en nuestros días— una de las vías del Conocimiento más completas que haya podido concebir el hombre.

El «filósofo químico», el alquimista, sabe que existe un medio de manipular la materia y la energía de manera que se produzca lo que se ha dado en llamar «campo de fuerza», en el lenguaje de nuestros científicos. Dichos campos de fuerza actúan sobre el experimentador y permiten situarlo en un plano dimensional, desconocido para el hombre común (e incluso para el sabio racionalista). Desde ese plano de privilegio, el alquimista accede a realidades que nuestros convencionales sistemas de relación y medida (el tiempo, el espacio, etc.) nos impiden conocer. Este admirable estado del ser podría definirse como la consecución de la Gran Obra (cuyas vías de acceso son dos: la seca y la húmeda, según como actúe el hombre para liberar su Principio de Vida). Aclaremos que al hacer tal aseveración no nos dejamos llevar por elucubraciones utópicas; simplemente nos remitimos a las afirmaciones hechas por un hombre, contemporáneo nuestro, de singular sabiduría y enigmática y cautivadora personalidad.

Como se colegirá fácilmente, los materiales con los que trabaja el alquimista son los elementos químicos, los «metales vivos», los compuestos orgánicos, etc. En sus laboriosísimas manipulaciones — cuyo proceso no vamos ni siquiera a esbozar, ya que se cuentan por miles las obras que tratan el tema de manera muy profunda— en busca de lo que anteriormente hemos descrito como la Gran Obra, el alquimista hizo abundantes descubrimientos (de entre los cuales y ateniéndonos exclusivamente a Europa tendríamos que citar la potasa cáustica preparada en el siglo xiii por Alberto el Grande; el bicarbonato potásico, descubierto en el mismo siglo por Raimundo Lulio; la descripción del zinc hecha por vez primera por Paracelso en el siglo xv; la preparación del óxido de estaño realizada por G. della Porta; el descubrimiento del ácido sulfúrico y del ácido clorhídrico hecho en el siglo xvii por el gran alquimista Basilio Valentín, cuya verdadera identidad aún permanece oculta; el descubrimiento del fósforo, hecho por Brandt; el del sulfato de sodio por Rudolf o el del ácido ben-

zoico debido a Blaise Vigenere; la fabricación de la primera porcelana europea llevada a cabo por J. F. Boetticher, etc.) Todos estos hallazgos tenían una importancia secundaria para el alquimista pero sirvieron, una vez más, para que se le considerase como un simple químico, en el mejor de los casos, arropado por la legión de elementos estrambóticos que le hacían cabalgar entre la pseudociencia y la brujería.

Por si todo esto fuera poco para dotar al alquimista de una equívoca personalidad, él mismo utilizó en sus textos un lenguaje plagado de crípticas metáforas, de expresiones inextricables, de sutilezas y ambigüedades que no solamente desconcertaban sino que también encolenzaban (se fuera o no científico, por supuesto). Nada más fácil, pues, que adoptar la conducta del zorro en el conocido apólogo y decidir que, dada la imposibilidad de captación del oculto significado, todo cuanto se incluía en los tratados alquímicos era simple y burda charlatanería.

Pero las razones de tal sistema de ocultación estaban plenamente justificadas. El alquimista, el auténtico «filósofo químico» sabía a dónde habría de conducir una desafortunada divulgación de su Conocimiento (que algunos autores no dudan en considerar como reminiscencias de un saber científico perteneciente a una supercivilización posiblemente extinguida). Es plenamente consciente, pues, de que ese «campo de fuerzas» al que hicimos mención, es un arma terriblemente peligrosa en manos de aquellos que únicamente quisieron hallar en su Ciencia un elemento de poder y dominación (recuérdese el interés de las grandes potencias por los textos alquímicos, durante la Segunda Guerra Mundial), al margen de cualquier consideración no sólo de perfeccionamiento sino de auténtica transformación del hombre.

El Alquimista SABE, porque al manipular las materias que le brinda la Naturaleza, además de aprovechar la energía que dimana de ellas y que incorpora a su propio organismo, establece una relación consciente y armónica entre él y el Universo (ahí radica la gran diferencia con el científico racionalista, que se limita a utilizar una técnica y unos medios, por muy elaborados que éstos sean, desentendiéndose de toda posible e íntima vinculación personal).

Se ha dicho, y el aserto nos parece profundamente ajusta-

do, que la Alquimia es una Ciencia con conciencia. «Ciencia» porque no se trata de una simple divagación mística o esotérica (el psicoanalista C. G. Jung, que le dedicó largos años de estudio, creyó ver en ella únicamente un complejo proceso de integración y proyección psicológica); por el contrario, todos los pasos para la consecución de la Obra, de la auténtica Piedra Filosofal —errónea y románticamente identificada por muchos con elixires para la eterna juventud— o sustancias que transformaban en oro cualquier metal, hallazgo que jamás serían metas, sino meras consecuencias del Trabajo— son eslabones perfectamente encadenados dentro de lo que podría denominarse proceso de investigación química. Un ejemplo de lo que decimos nos lo ofrece el célebre alquimista árabe Geber (siglo VIII) que no vacila en dar muestras, en todas sus obras, de un gran espíritu crítico, siendo sus descripciones de los metales muy similares, en su enfoque, a las que encontraríamos en cualquiera de nuestros modernos libros de química. «Con conciencia», porque como ya dijimos, el fin último del alquimista es conseguir un estado de transformación de su propio cuerpo que le permita, armónica y equilibradamente, una especie de fusión a «muy altos niveles» con el Cosmos.

Reconocemos que cuanto aquí se ha dicho no es, en el mejor de los casos, más que el primer peldaño de una introducción al Arte Hermético. Pero a este respecto no nos cansaremos de repetir que dado el carácter del *Libro de los Signos*, básicamente ilustrativo, procuramos no extendernos en exposiciones que son tema inherente a los múltiples volúmenes existentes sobre cada una de las materias que en esta obra se citan. La Alquimia como ciencia precisa que es y, paralelamente, vía de acceso a un Conocimiento superior, se enriquece con una gran profusión de signos y, sobre todo, de símbolos. En cuanto a estos últimos —variadísimos y de muy complejo significado—, casi podríamos decir que forman por sí solos auténticos tratados alquímicos, como es el caso del *Mutuus Liber*. Pero está claro que en nuestro caso tenemos que ceñirnos a la simple codificación gráfica, la cual, repetimos, tiene un importante cometido.

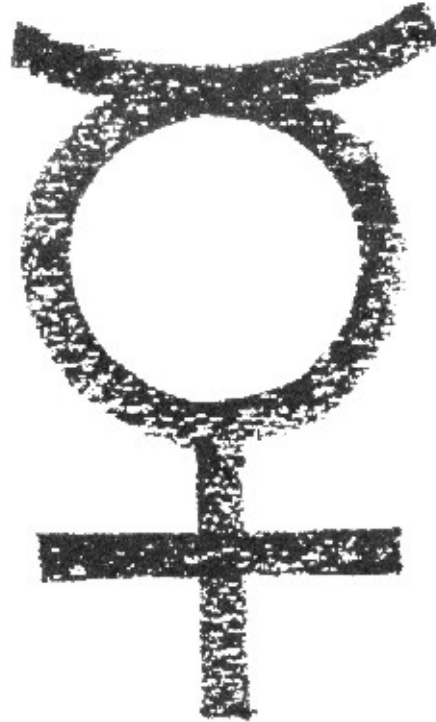
Excluyendo las especulaciones hechas por los filósofos griegos (Anaxágoras, Demócrito, etc.) sobre la composición

de la materia, la llamada «Química moderna» no se inicia hasta bien avanzado el siglo VIII —si consideramos a Van Helmont como uno de los precursores racionalistas de esta ciencia—, es perfectamente comprensible que la mayoría de los signos químicos estuviesen tomados de la Alquimia. Naturalmente, los significados son distintos según quien los utilice. Así, mientras que un químico consideraría el Mercurio, por ejemplo, como un cuerpo simple y concreto, y la sal como un compuesto definido, un alquimista vería en el primero ciertas propiedades de la materia (maleabilidad, fusibilidad, etc.) y en el segundo, una fuerza de interacción. Estos casos se repiten tan frecuentemente que nos ha parecido aconsejable incluir bajo algunas figuras el significado que los filósofos alquimistas daban a ese elemento en particular — significado que resultará indiscutiblemente oscuro al lector que no esté familiarizado con los distintos pasos de la Doctrina—, limitándonos en otros casos a mencionar únicamente el nombre de la sustancia química.

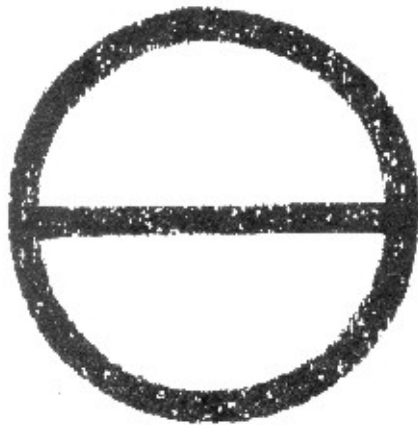
Comenzaremos la serie incluyendo tres signos alquímicos.



Azúfre; los elementos combustibles. Alquímicamente representa el principio volátil.



El mercurio; también llamado en Alquimia «mercurio de los filósofos». Es el principio intermedio en el Arte Hermético. Químicamente es la representación de los metales.



La sal; es el principio fijo de los alquimistas. También es una representación de los metales.

Muy unidos a los anteriores signos, están los pertenecientes a los siete metaloides siguientes:



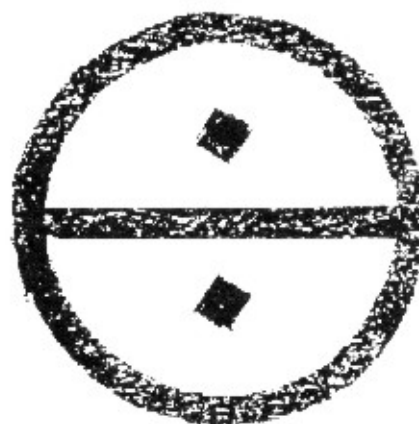
Vitriolo. Principal arcano de la Gran Obra.



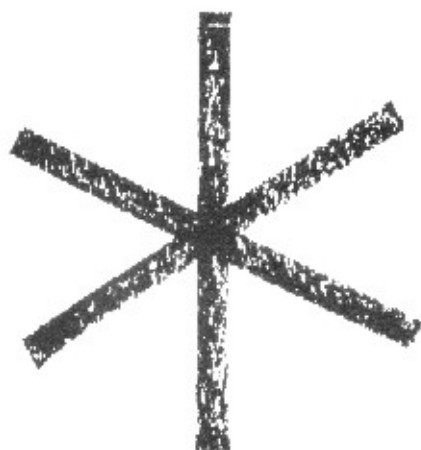
Alumbre. Alquimicamente, principio de la sal filosófica en los minerales.



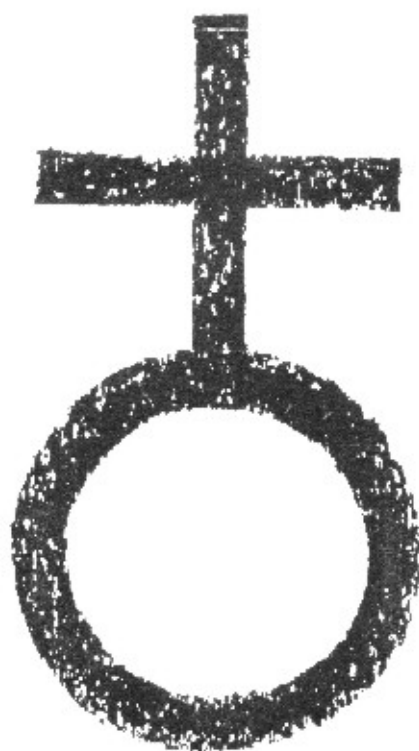
Nitro, salitre; agua nitrosa (madre del mercurio de los filósofos, en Alquimia)



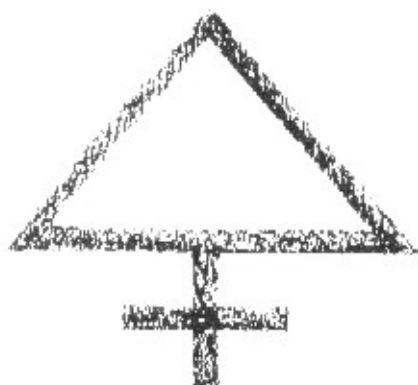
Alquimia: Sal amoniacal. Materia de la Gran Obra durante su sublimación.



Signo químico de la misma sal amoniacaal.



Antimonio.



Otro signo del azufre.



Alumbre (sulfato doble de alumina y potasa)



Otro signo del alumbre.



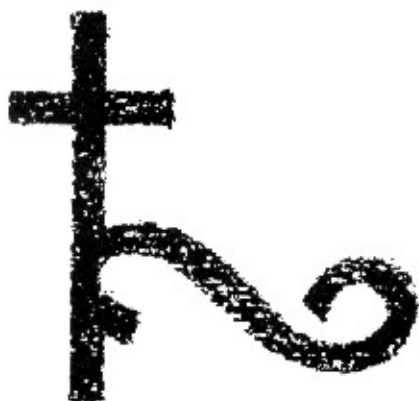
Otro signo del antimonio.



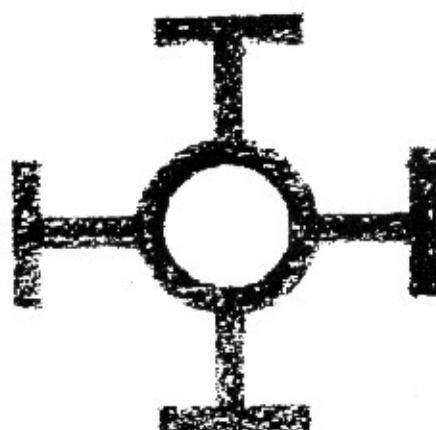
Signo de la amalgama.



Signo del potasio.



Arsénico.



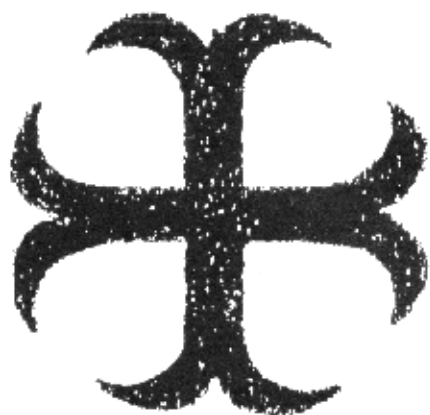
Aceite de oliva.



Otro signo del arsénico.



Signo del plomo.



Plomo blanco.



Otro signo del plomo blanco.



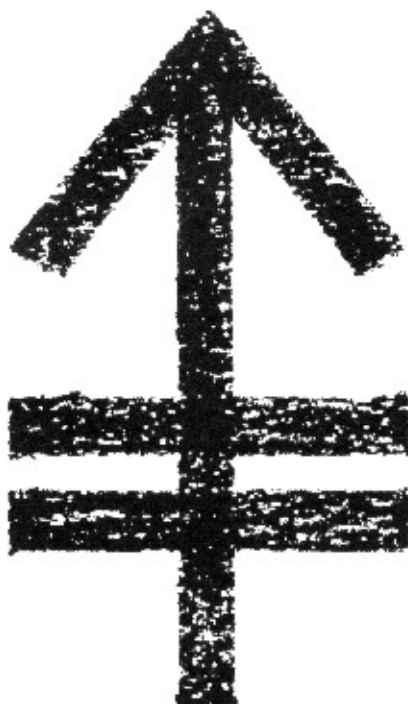
Anglesita.



Hematita.



Curioso signo para representar las pildoras de materias químicas.



Alcohol o espíritu de vino.



Signo del bórax.



Aceite esencial.



Signo del hierro.



Copiapita, sulfato hidratado de hierro. Antiguamente se le denominaba caparrosa amarilla.



Cristal, es decir, vaso o recipiente hecho de esta sustancia.



Signo del vinagre.



Signo del talco.



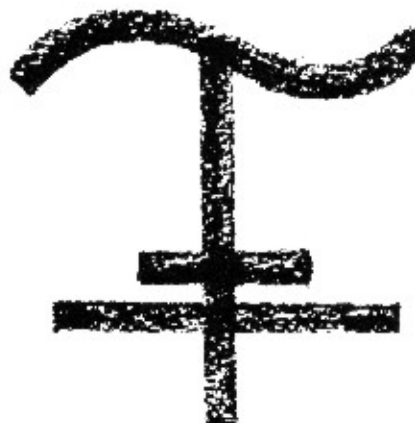
Subacetato de cobre.



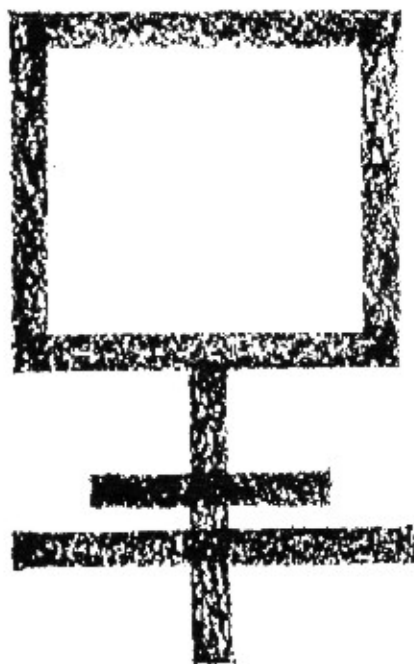
Signo de la urea.



Cristales de subacetato de cobre.



Cal metálica.



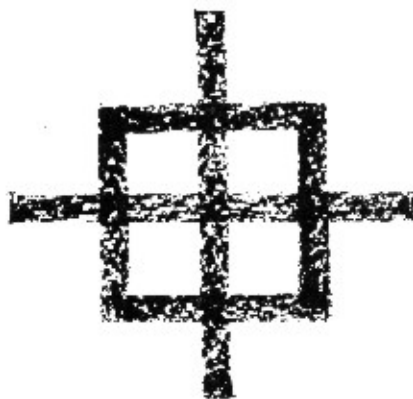
Otro signo de la cal metálica.



Azatrán (polvo) de cobre.



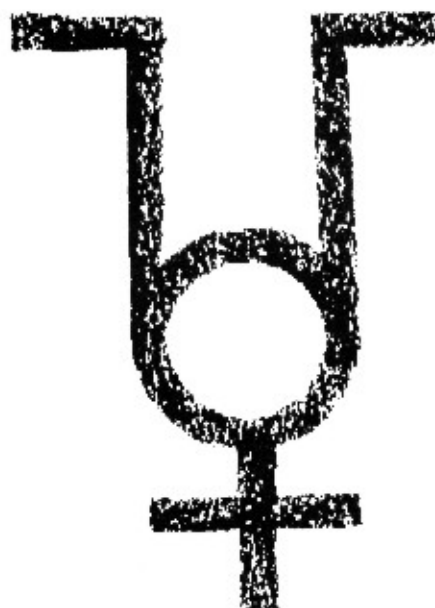
Signo de la cal.



Vitriolo de hierro.



Azurita, lapislázuli.



Minio.



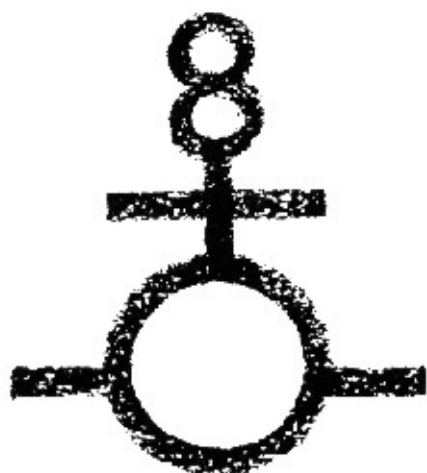
Signo de la lejía.



Oropimente.



Álcali.



Precipitado, sedimento.



Nuevo signo del azufre.



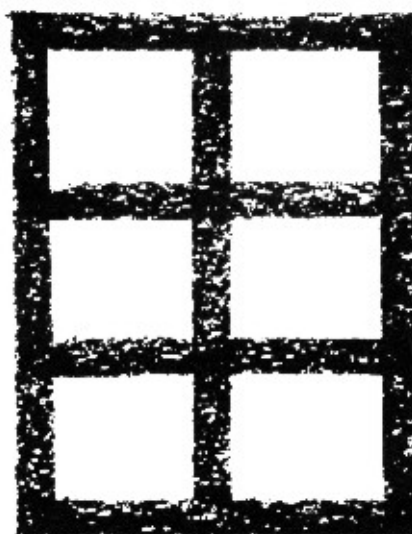
Agua regia.



Acero.



Sublimado; combinación de cloro y mercurio.



Signo químico del agua.



Arsénico blanco.



Vitriolo.



Signo de la cera.



Tártaro (tartrato ácido de potasio).



Estaño.



Signo de la madera (o de toda clase de objetos hechos con este material)



Cocción (para fijar colores); temple.



Signo representativo de la sublimación química.

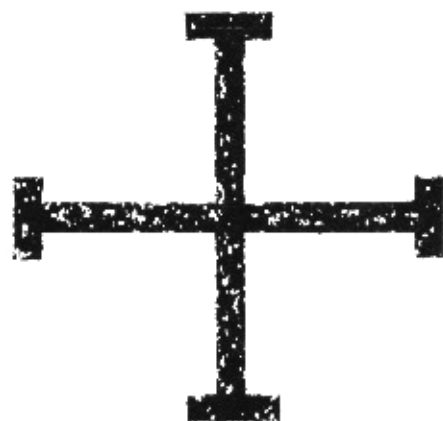


Precipitación.

Hasta aquí hemos incluido indistintamente antiguos signos químicos y otros alquímicos. En algunos casos, las denominaciones de los elementos, de sus compuestos y derivados, a que aluden dichos signos (nos estamos refiriendo exclusivamente a los químicos) pudieran adolecer de cierta ambigüedad, pero nos ha parecido más ajustado designarlos con los mismos términos con que fueron utilizados en su día.

La serie que a continuación exponemos a la atención del lector, pertenece íntegramente a la Alquimia. Son, por tanto, signos de hermético contenido para el no iniciado, pero aún así hemos creído que no estaría de más incluir bajo cada figura, una reseña, por mínima que ésta sea.

Finalmente, resaltemos la singular belleza del diseño — tanto en los ya relacionados, como en los que veremos seguidamente— que era una manifestación más de la profundidad de sentimientos que en todo momento regía la actuación de los «filósofos químicos», de los discípulos de Hermes, en una palabra, de los Alquimistas.



Acetum, agua mercurial de los sabios.



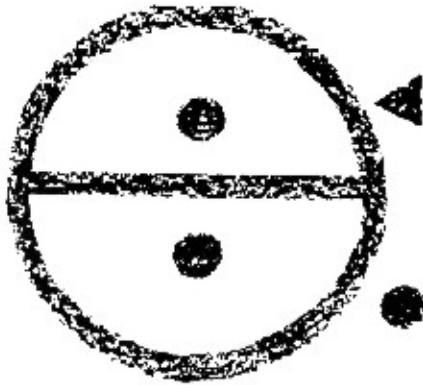
Éter; luz intramíneral.



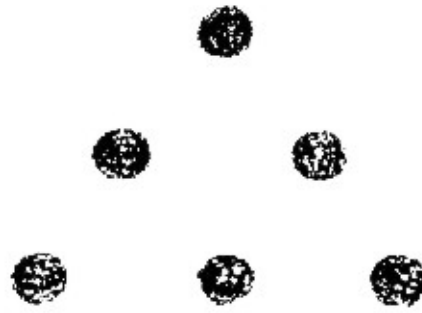
Alambique (principio mercurial de la destilación en el vaso llamado Aludel).



Amalgama alquímica. Unión del azufre filosófico con el mercurio de los sabios.



Ammonium, amoniaco, Materia de la Gran Obra al iniciarse el color blanco.



«Fuego de arena». Estado medio del principio constituyente de la luz intramineral.



«Agua fuerte». Vinagre muy ácido empleado en la disolución.



«Agua de lluvia». Disolvente natural del oro.



Plata. Materia de la Gran Obra que ha alcanzado el blanco perfecto.



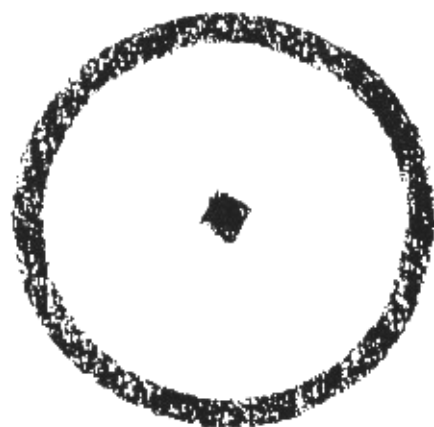
Arsénico. Oro de los sabios, llamado azufre de los filósofos.



Banta; principio del azufre de los sabios.



Oropimente. Azufre de los filósofos contenido en el mercurio



Oro. Principio de la sabiduría.



Bismuto, segundo grado de la operación de la Gran Obra.



Alcanfor; recipiente utilizado para la operación de la Gran Obra.



Cardo bendito; rudimentos de alquimia.



Cabeza de muerto. Residuo de toda operación alquímica.



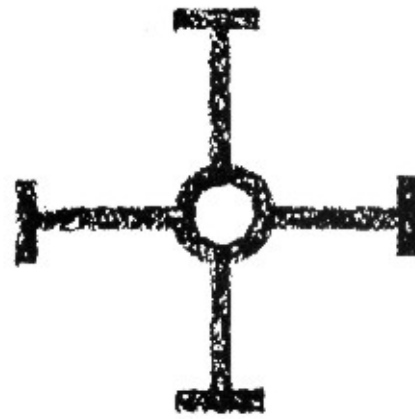
Carbón; sustancia utilizada en la prueba de la Materia de la Gran Obra.



Cardo mariano; rudimentos de la filosofía alquímica.



Cuerpo de ciervo. Conversión en aire de la materia en el primer grado de la operación de la Gran Obra.



Cera. Materia de los sabios, de tono blanco.



Crucibulum o atañor de los filósofos (recipiente en forma de torre cuadrada, en donde la materia de la Gran Obra se mantiene a alta temperatura, por medio de un horno circular).



Cobre. Materia de la Gran Obra en estado negro, llamado Platón, a partir del momento que entra en putrefacción.



Destilar. Realizar en la Gran Obra la operación consistente en cambiar la naturaleza y la propiedad de las cosas.



Fixum: fijo. Parte insoluble del azufre.



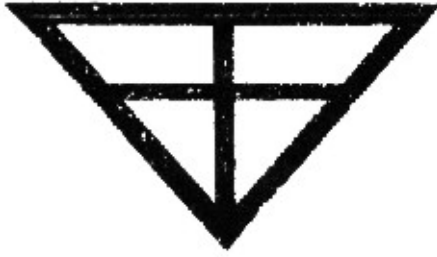
Flores. Espiritus contenidos en la materia de la Gran Obra.



Hierro de los filósofos. Estado de la materia de la Gran Obra, cuando comienza a colorearse en rojo.



Litargirio. Materia de la Gran Obra que ha llegado al color blanco puro.



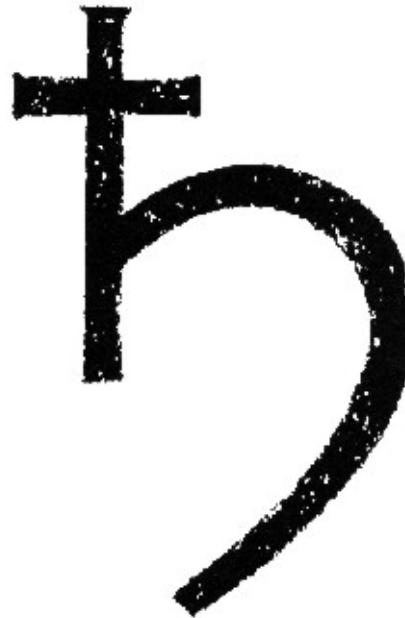
Lapis, piedra filosofal. Sustancia constituyente del polvo de proyección.



Aceite. Fuego secreto de los sabios utilizado con la sal y el azufre

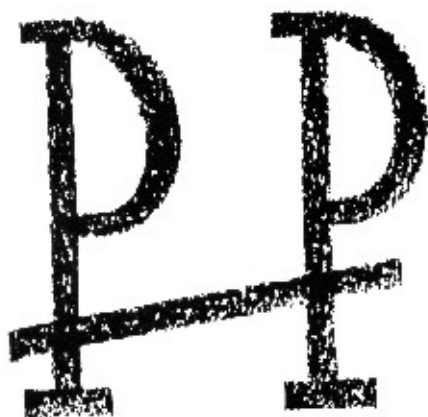


Imán. Sustancia filosofal que multiplica el agua mercurial en la minería de los metales.



Menstruo de los filósofos. Es el Mercurio del baño de María.

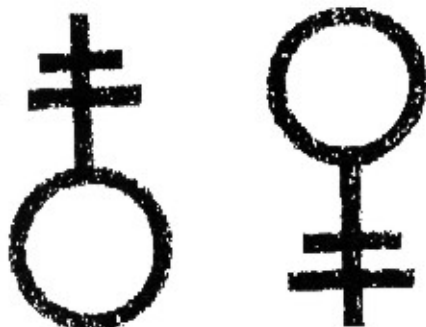
Plomo. Materia de la Gran Obra en estado negro.



Preparar. Operar en el huevo filosófico, antes de comenzar a realizar la Gran Obra.



Retorta. Vaso curvo conteniendo una llama de color de plomo.



Polvo de proyección. Piedra filosofal pulverizada para realizar la transmutación de los metales.



Espiritu universal. Nitrógeno difundido en el aire.

Estaño de los filósofos. Mercurio blanqueado.



Espiritu de vino. Azufre utilizado para la extracción de los principios.



Tierra. Minería de los metales que proporciona la materia de la Gran Obra.



Tártaro. Disolvente general.



Tintura. Sustancia muy pura que se emplea en diversos estadios de la Gran Obra.



Vidrio. Sustancia que constituye las paredes del alambique.

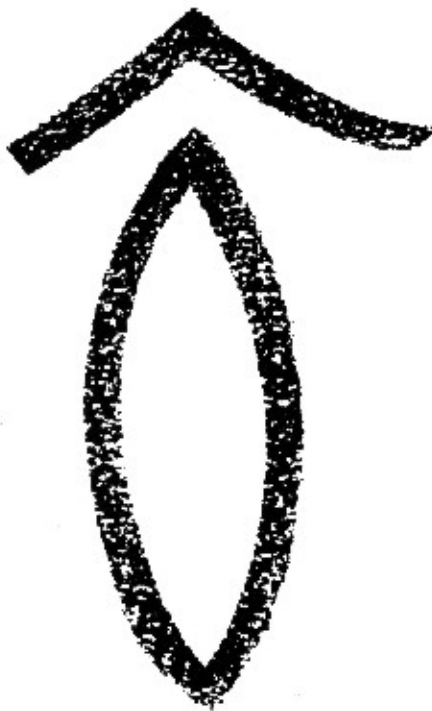
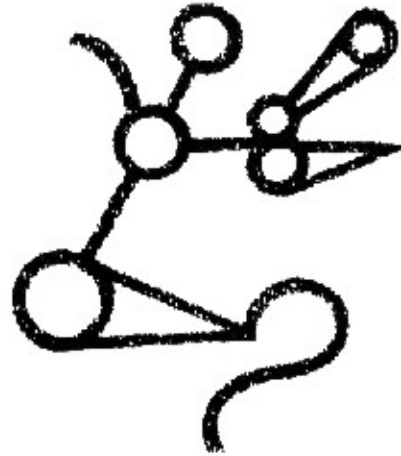


Quemar. Cocer la materia de la Gran Obra, tratándola por el fuego.



Volátil. Calificativo de todo lo que toma el aspecto del azufre.

Finalmente, y para concluir esta serie de signos alquímicos, incluimos el perteneciente a la Piedra Filosofal.



Cinc. Mezcla de metales que no se encuentran todavía en estado maduro.

12. Distintivos y marcas caseras

A medida que el hombre abandona el nomadismo y las formas primitivas de vida, adaptaciones al sedentarismo con sus estructuras más complejas, se estimula en él su sentido de la propiedad y se le hace patente la necesidad de que los bienes conseguidos queden perfectamente reseñados a fin de evitar la confusión o la codicia del vecino. Los distintivos caseros nacen, pues, como consecuencia de una evolución social que requiere mayores mecanismos de defensa. A estas alturas han desaparecido ya las edénicas y comunales formas de sociedad.

En un principio, estos distintivos o marcas caseras fueron signos particulares de propietarios rurales, cuya utilización estuvo originariamente restringida a sus bienes, todos ellos propiedades muebles, que se distinguían precisamente por estas marcas de pertenencia. Las que incluimos en este capítulo datan de una época en la que lógicamente ya se habían formado los primeros clanes y, dentro de ellos, establecido el grupo familiar como célula social.

Las marcas de pertenencia se exhibían de manera muy diversa: marcadas en los maderos flotantes, que podían así ser clasificados al final de su recorrido; en las orejas de los animales domésticos y en las patas de los palmípedos; pintadas en los costales y en los vellones del ganado lanar; talladas en la parte superior del pico de los cisnes; aradas en la superficie de los campos; grabadas en árboles y en las varillas usadas para echar suertes; bordadas en esteras y prendas de vestir; grabadas al fuego en los accesorios agrícolas,

en la piel de los animales domésticos o en los cuernos del ganado vacuno.

Más tarde, estos distintivos familiares se utilizaron como signos personales y, a menudo, sufrieron modificaciones en manos de los diversos miembros de la familia. Todavía más recientemente se convirtieron en marcas de fábrica para artesanos y artistas. La teoría de que tales distintivos deben su origen a las runas nórdicas no está del todo demostrada.

La forma más simple de estas marcas es la que se compone de sencillas muescas en las que predominan los trazos rectilíneos. Las líneas curvas entraron en uso en tiempos más recientes y presupone un método que, distanciándose del sencillo grabado o tallado, se acerca al arte de la escritura o de la pintura.

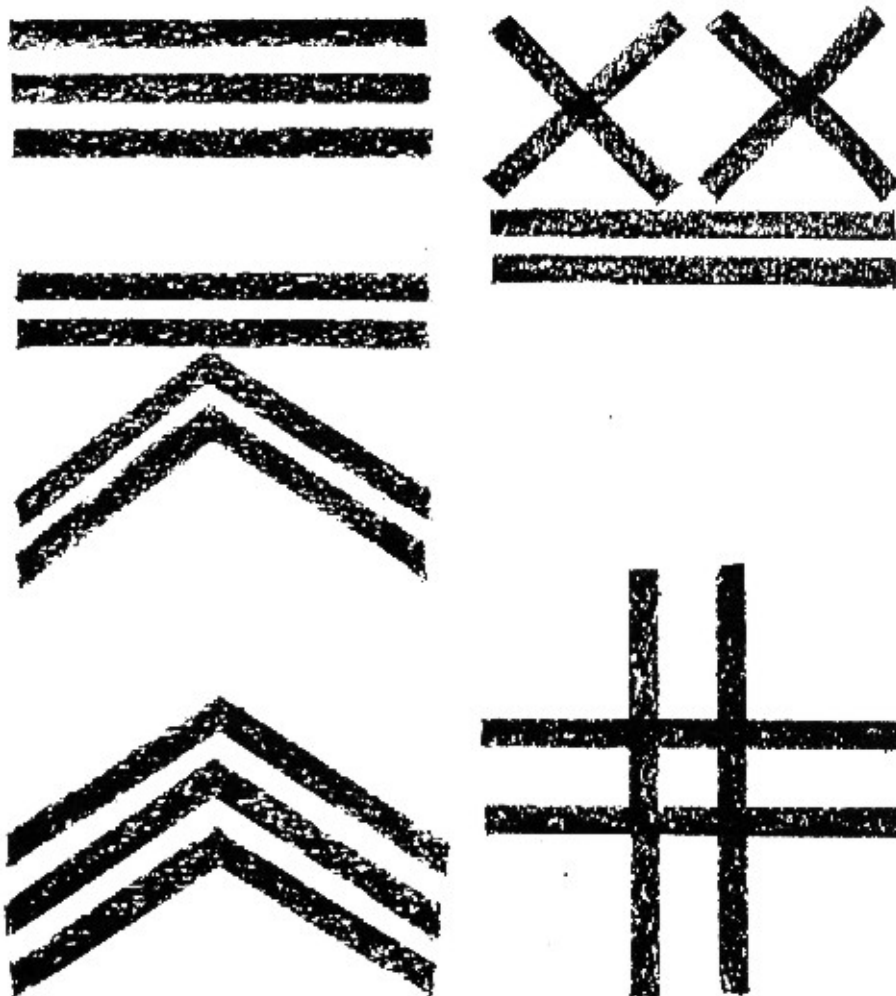


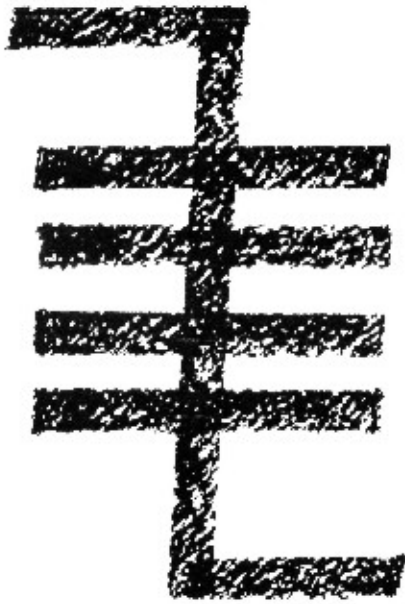
He aquí el dibujo de unas varillas utilizadas para echar a suertes.

Las primitivas comunidades rurales echaban a suertes entre ellas para decidir quién habría de ser su representante a la hora de vigilar los intereses comunes. Tal sorteo se efectuaba por medio de estas pequeñas varillas, que se introducían en un gorro del que se extraía tan sólo una. Estas varillas estaban hechas de corteza de sauce, todas del mismo tamaño. Llevaban grabadas las correspondientes marcas de casa y

se renovaban para cada ocasión. Las muescas efectuadas en la corteza debían tener una profundidad suficiente para que se pudiese apreciar el fondo blanco de la madera.

Veamos a continuación algunos sencillos modelos de estos signos privados:





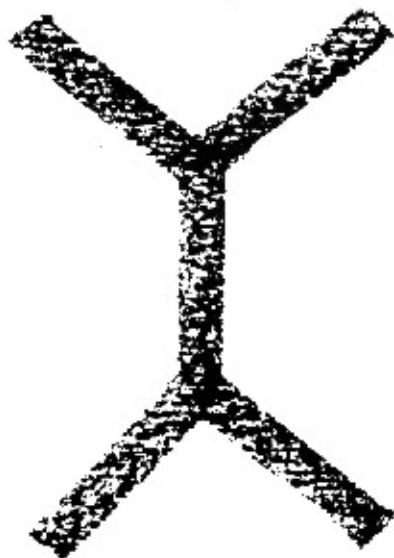
No olvidemos que muchos artesanos marcan actualmente sus herramientas de esta forma y que los distintivos de rango de los uniformes militares pertenecen a esta misma categoría. Existen numerosas teorías a las que se recurre como base de estas marcas de pertenencia que permitieron instaurar una forma de nomenclatura, la cual, conviene tenerlo presente, nació de asociaciones de ideas muy precisas y elaboradas. Aquí, como en tantos otros casos, es el signo gráfico-pictórico el auténtico generador del lenguaje.



Estas dos formas se tomaron como horcones.



Escala de barril.



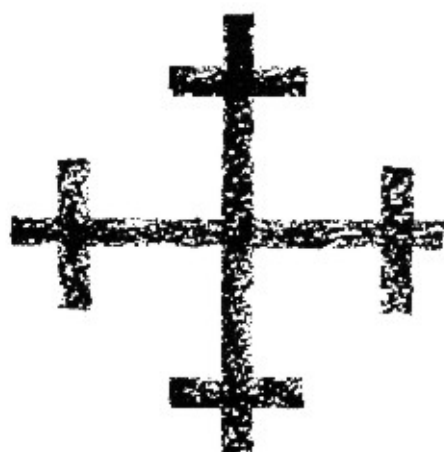
Madero jabalcón.



Otro tipo de madero jabalcón
o tomapunta.



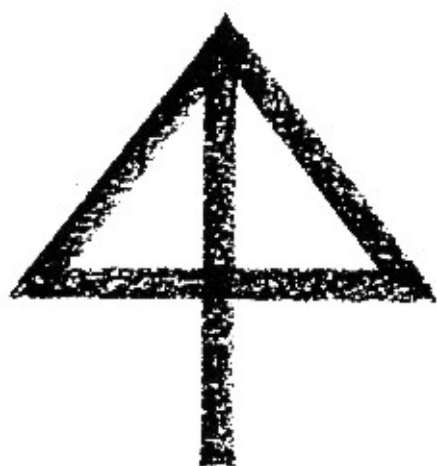
El torno.



Otro signo del torno.



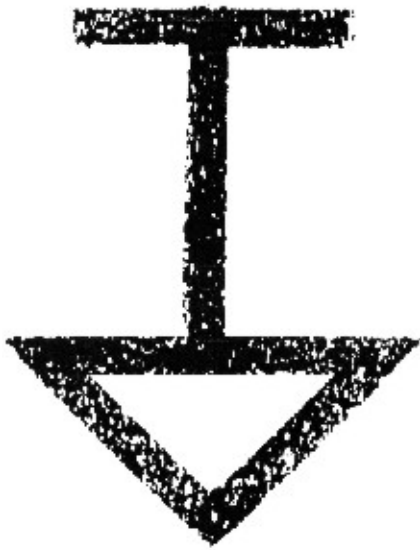
Madero cabrio o madero macho.



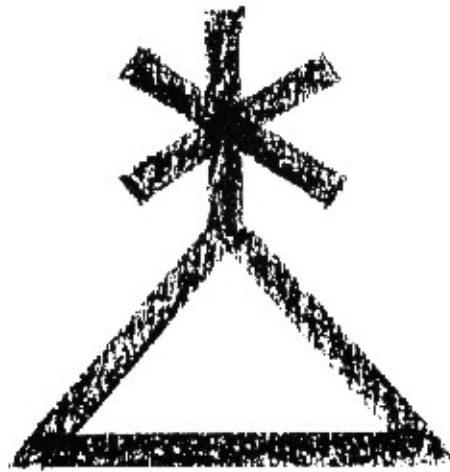
Signo que representa la regla.



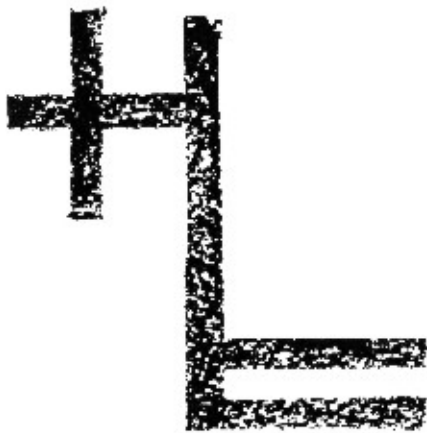
La espiga de avena.



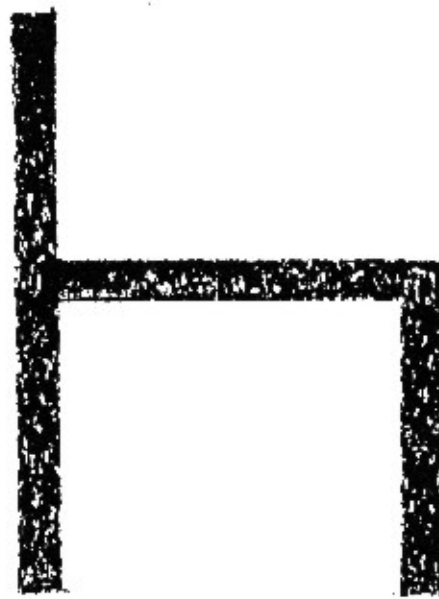
La pala.



Otro signo del molino.



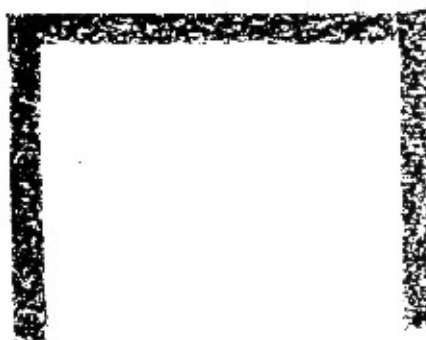
El molino.



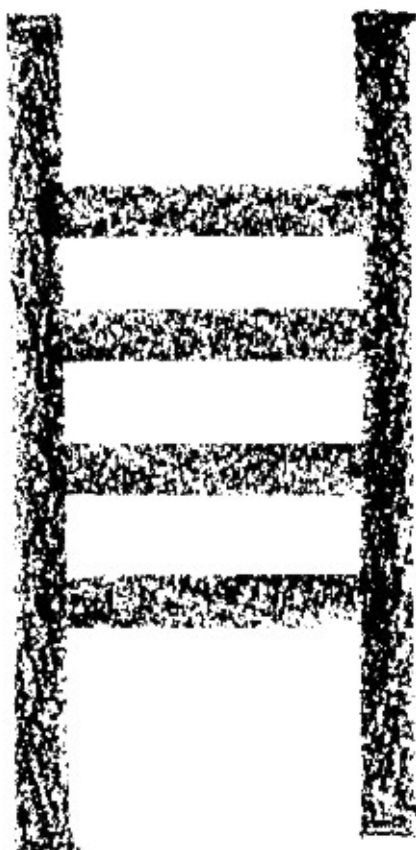
La silla.



La casa.



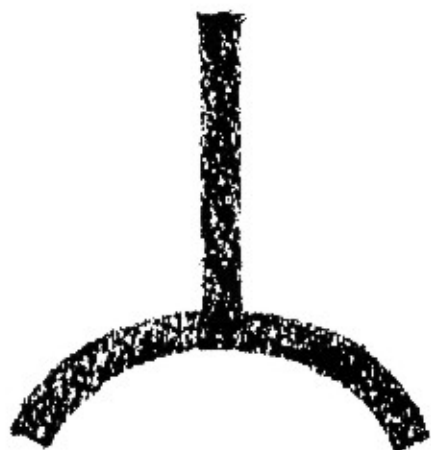
La pila o recipiente para el estiércol.



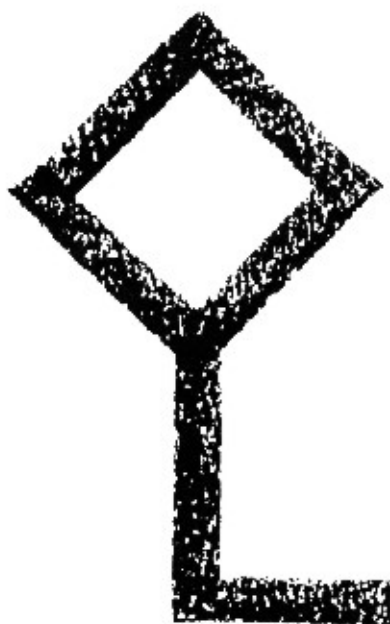
La escalera o montante.



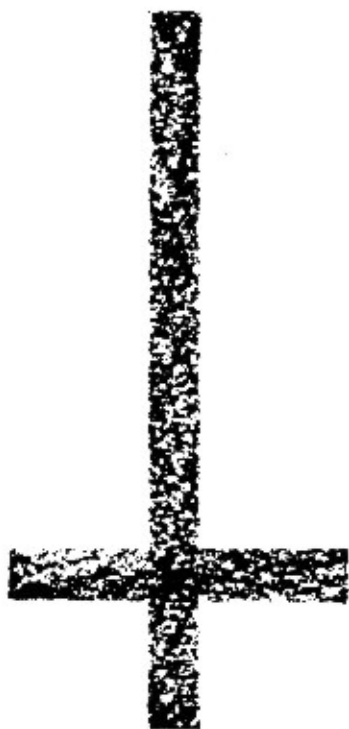
La sartén.



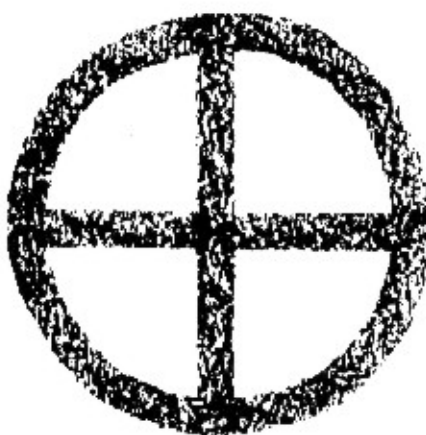
El cuello de cisne.



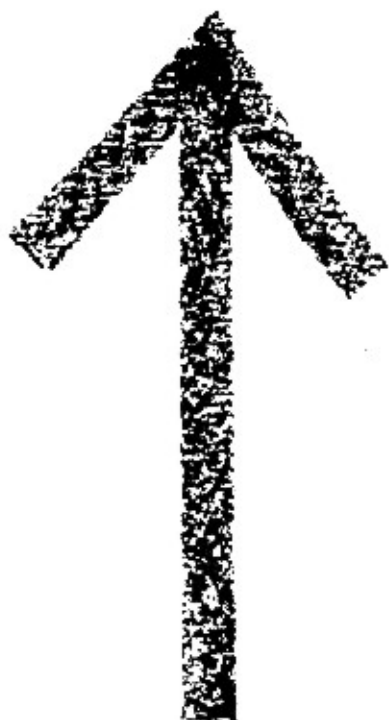
La llave.



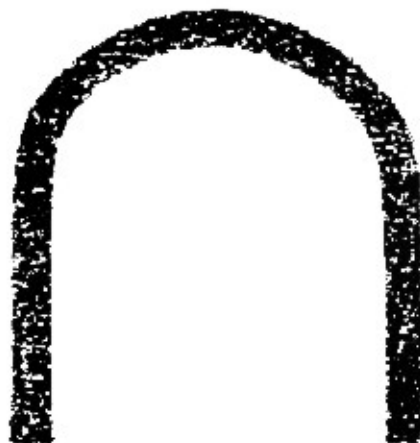
La espada.



La rueda de molino.



La flecha.



La herradura.



Mayal doble o garfio doble.



El ancla.



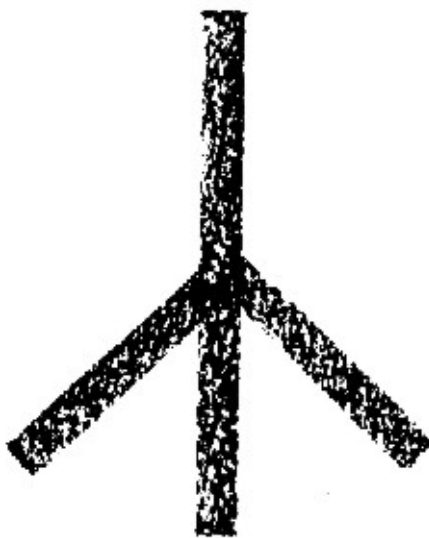
Otro signo para el ancla.



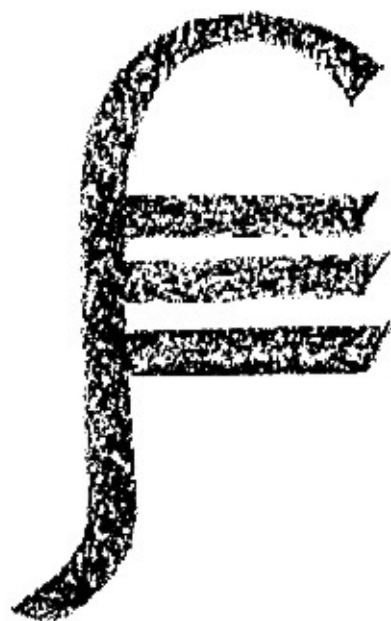
El diente de lobo o percha.



La escuadra de carpintero.



El pie de cuervo o pic de bruja.



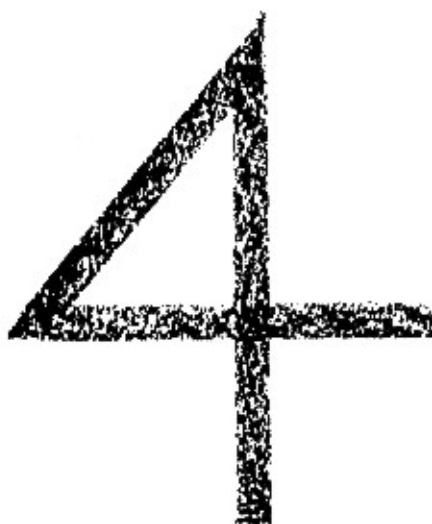
Los llares.



Reloj de arena (duración media hora).



El reloj de arena (duración de una hora).



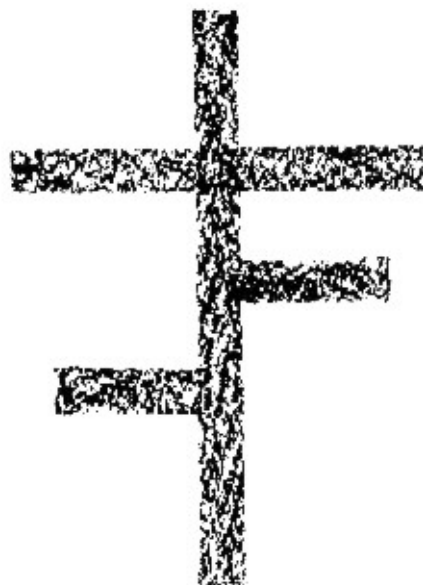
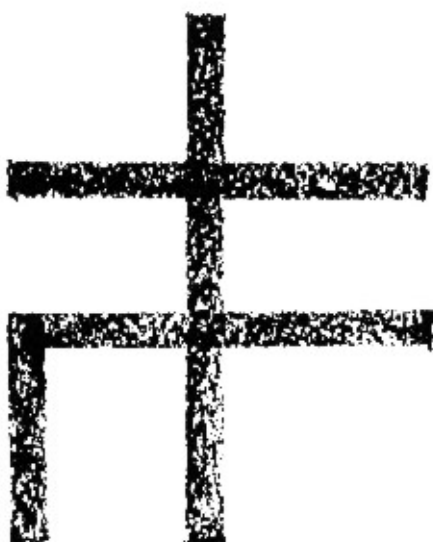
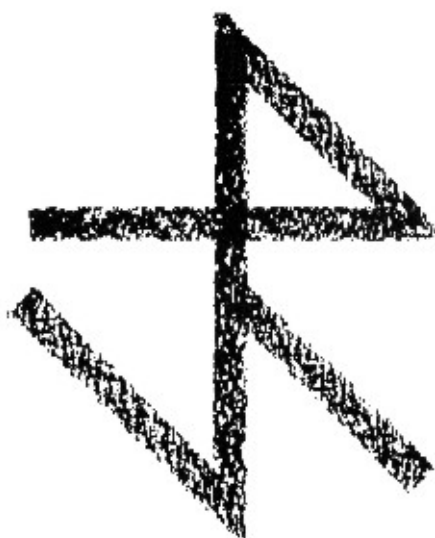
El signo de Hermes.
Este signo se encuentra frecuentemente en posición invertida, al igual que sucede con otros muchos, sin que por

ello se alteró en absoluto su significado. La forma en que se modificaron algunas de estas figuras se evidencia perfectamente en esta que ahora tratamos, la cual sirvió y sirve de base a muchas marcas de fábrica y signos artesanales.

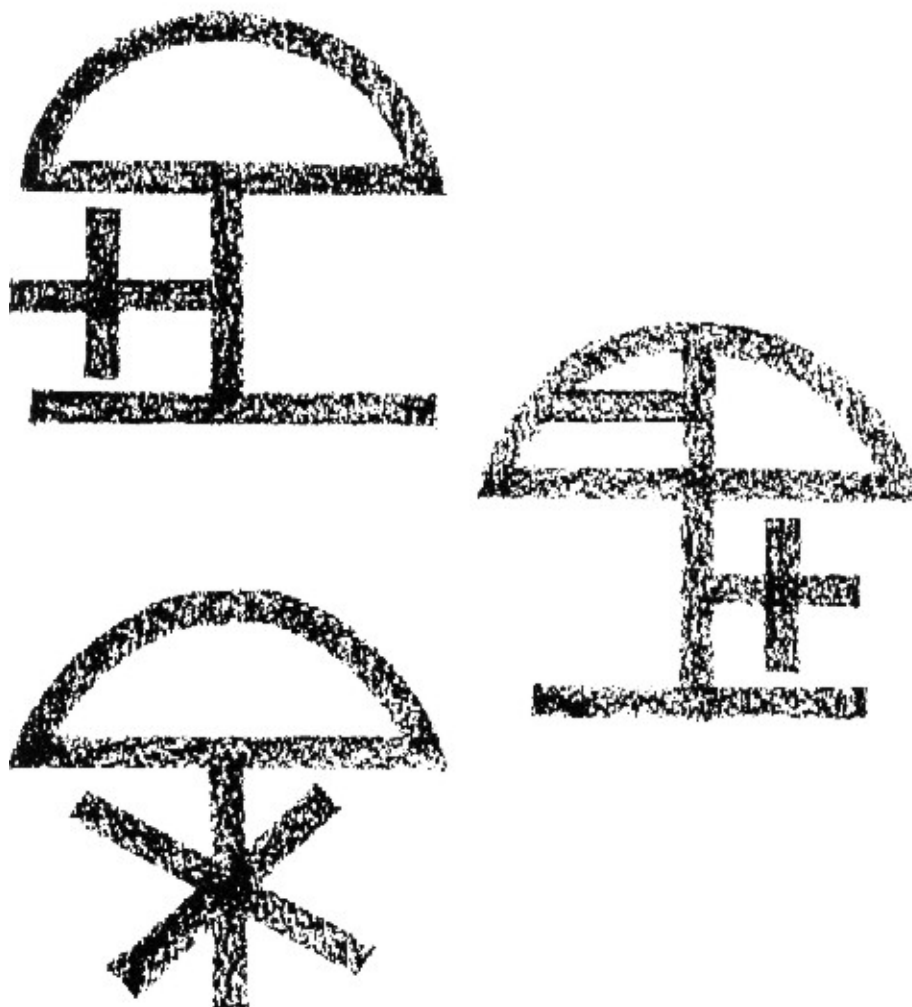
Veamos a continuación tres variantes del anteriormente citado signo de Hermes.



La siguiente serie muestra la forma en que distintos miembros de una misma familia adoptaron el signo original de su casa, modificándolo de acuerdo con sus características particulares.

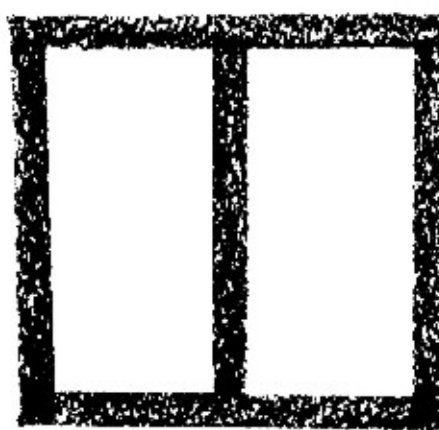
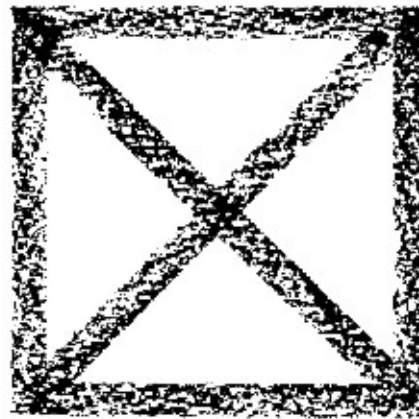
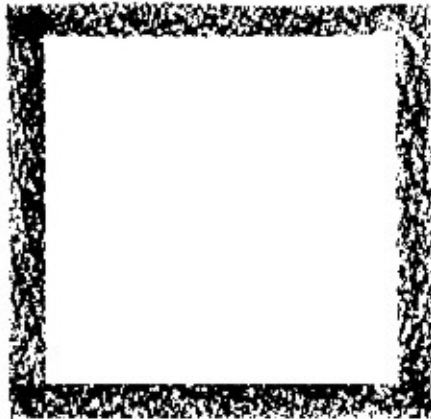


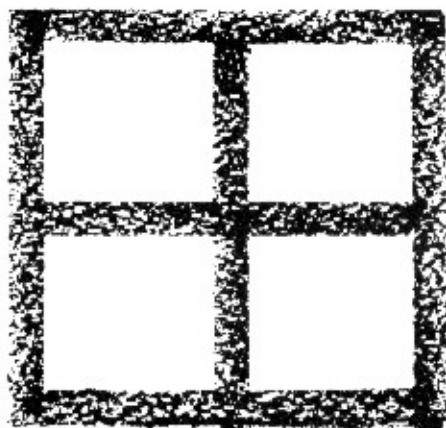
En el caso de la página anterior se trata de cuatro hermanos y, según se aprecia fácilmente, todos los signos están basados en la cruz.



Sobre estas líneas la representación de un hombre, su hermano y su hijo. La base sobre la que se han construido estos signos es una seta.

Los siguientes diseños familiares están basados en el cuadrado.





Puesto que los componentes de una misma familia deseaban resaltar su trabajo mediante un signo, es natural que cada uno de ellos quisiera, al mismo tiempo, hacer significar su participación individual dentro del conjunto. En las series que ahora veremos, esta idea queda mejor explicada.

Examinemos la siguiente línea genealógica, en la cual las sucesivas generaciones han tomado como emblema de familia la misma marca.







1. Es el fundador de la familia. 2. Su hijo primogénito. 3. El nieto. 4. El segundo nieto. 5. El hijo del nieto mayor. 6, 7 y 8. de izquierda a derecha y según edades, los tres hijos del segundo nieto.

Como se puede apreciar, el primer signo familiar permanece inmodificado en la línea de primogenitura. Los hijos menores añaden varios trazos al signo original. De igual forma, también los descendientes prosiguen el camino de estas modificaciones, exceptuando el caso del hijo mayor, quien asume, inalterado, el signo paterno.

Veamos ahora los signos correspondientes a la segunda línea (es decir, a la rama del segundo hijo del fundador de la familia). En ella tiene lugar un similar proceso de modificación, totalmente independiente de cualquier otra rama familiar. En otras líneas colaterales, y llegados ya a la cuarta o quinta generación, el acúmulo de trazos añadidos empieza, como es lógico, a confundir el origen. Por tal motivo no se puede continuar el proceso durante muchas generaciones.



Segundo hijo del fundador, del que desciende
la segunda rama familiar.



Nietos de esta segunda rama.

El cabeza de familia no tiene descendencia.

Los dos hijos del segundo nieto de esta segunda rama.

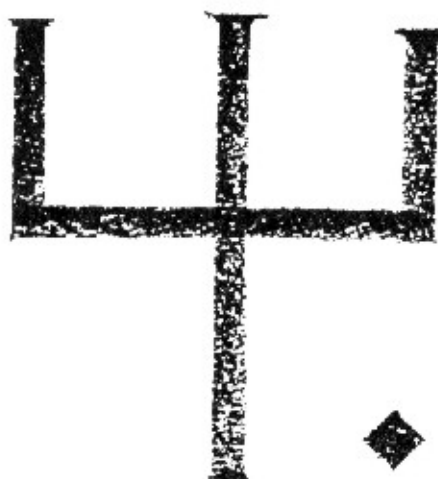
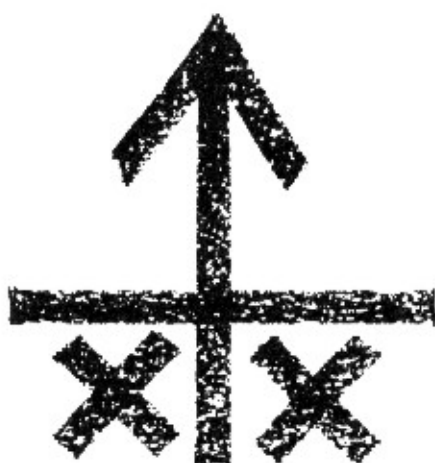


Como se puede apreciar en el caso de todos estos signos, el que ha servido de origen se ha ido alterando por medio de trazos adicionales. El principio de modificar por medio de adición también se puede hallar en otro tipo de interrelaciones. De esta forma es posible indicar diferencias de manera muy sutil sin destruir la uniformidad.

Cuando al signo original se añaden otros más pequeños y totalmente separados de aquél, tales aditamentos reciben el nombre de contraseñas. Seguidamente veremos que este tipo de signos fueron viejas marcas que hacían resaltar los diferentes grados de calidad y finura de una misma mercancía (algo similar a lo que hoy en día hacemos notar con apelaciones tales como; de primera, segunda o tercera calidad).



Las contraseñas jugaron también un papel muy importante en las viejas marcas de fábrica, apareciendo siempre en sus distintas modalidades de cruces, puntos, círculos, etc. Por lo general, este tipo de contraseñas o contramarcas pertenecen ya a épocas posteriores.



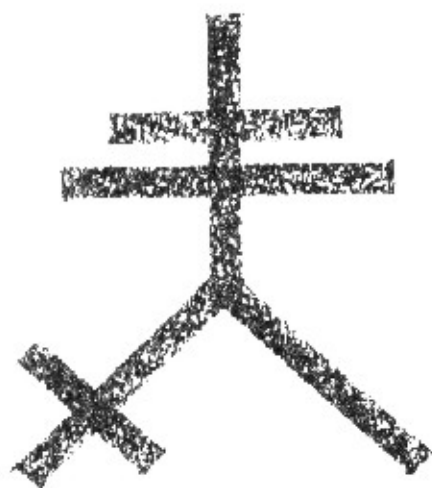
Vamos a incluir, a continuación, algunos distintivos de antiguas casas famosas por las personas que les dieron origen.



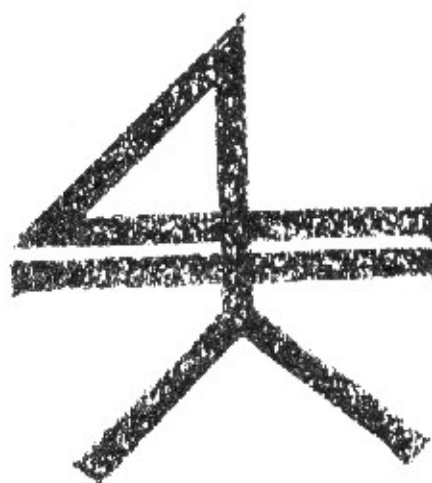
Miguel Ángel.



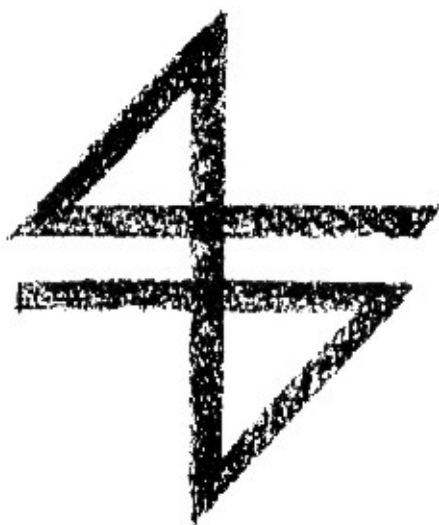
Fuggel.



Hans Budemair.



Welser.



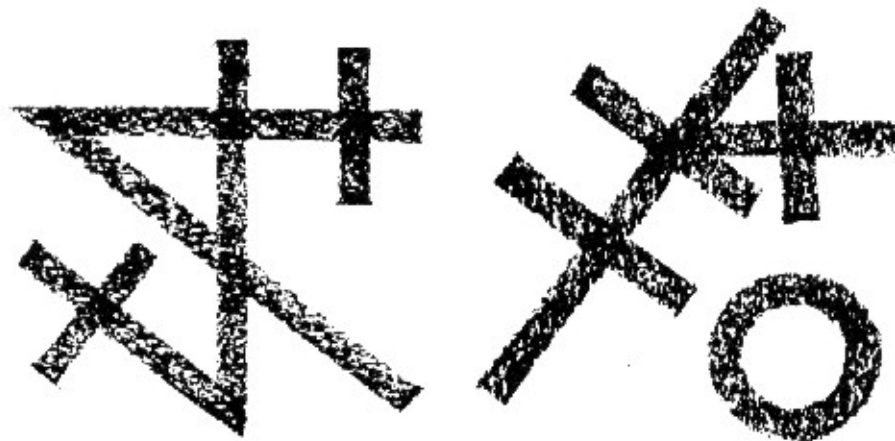
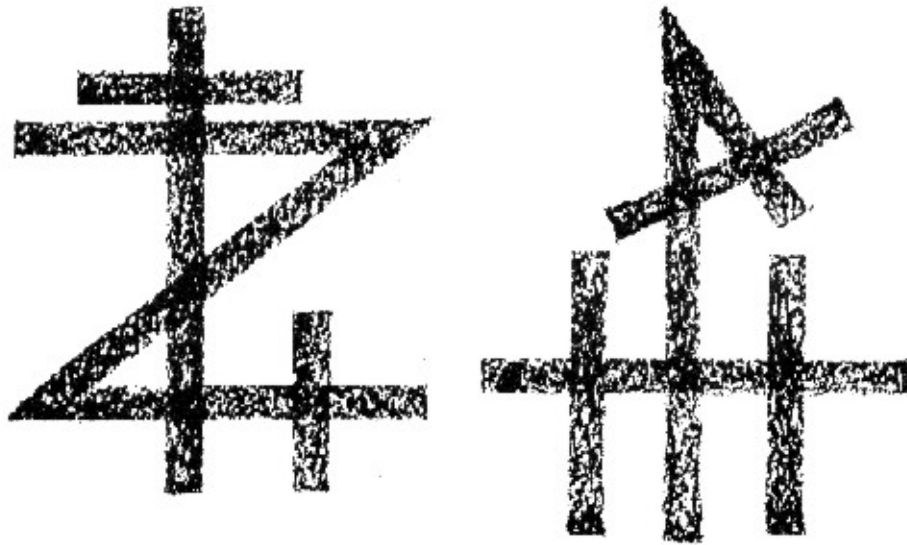
Peter Diescher.



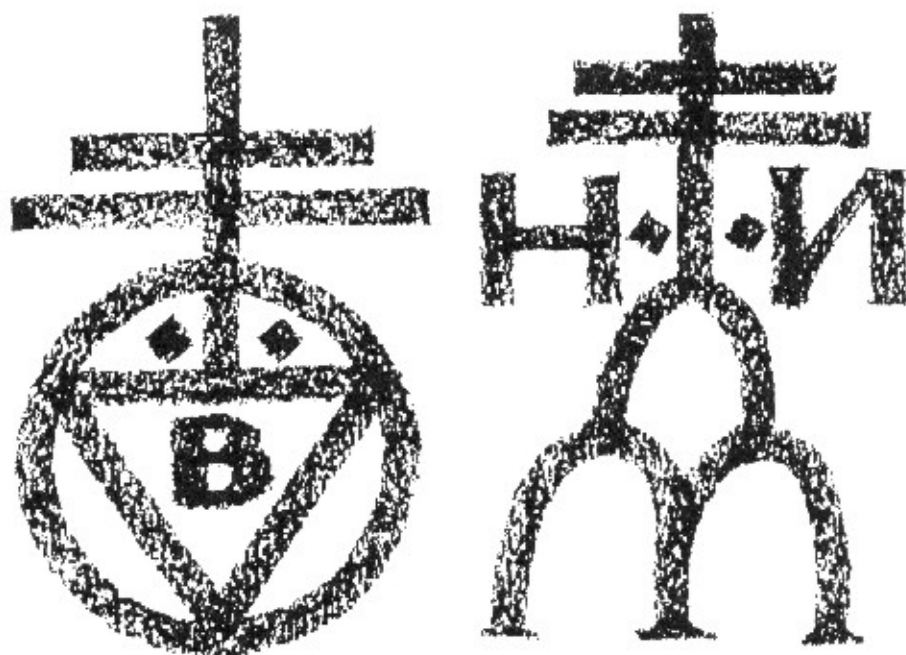
Hans Sachs.

Los siguientes son algunos distintivos familiares en los que sobresale la ingenuidad del trazado.





De estos signos se derivaron, en tiempos más recientes, las primeras divisas de imprenta (marcas de agua), la mayoría de las cuales contienen, de una u otra forma, los nombres de sus propietarios.



13. Signos de origen vario

De todos los capítulos que conforman la presente obra, es el que ahora nos ocupa el más adecuado a una múltiple interpretación. En él no se incluyen signos pertenecientes a una materia o a una disciplina más o menos conocida, que obliguen a un comentario riguroso. Tampoco existe una promiscuidad de elementos que favorezca una posible confusión por parte del lector. No obstante, algunos de sus componentes incorporan principios tan fundamentales, tan significativos y determinantes en la vida del hombre, que lo convierten en uno de los apartados más sugestivos de este libro.

Encontramos aquí trazados que parten de aquellos que estudiamos en el primer capítulo y que denominamos, un tanto vagamente, «Signos generales». Los que ahora nos ocupan son figuras quizá mucho más elaboradas en su diseño pero que siguen conservando plenamente la riqueza de su mensaje. Vuelve a patentizarse en ellos el desco del hombre, ávido de otras respuestas que justifiquen su tránsito por este mundo. La aceptación plena de distintos niveles de realidad. La plasmación de sus avatares y contingencias como fórmula de meditación o, tal vez, la arquetípica remembranza de lo que un día fue.

Concretamente, en las primeras seis figuras se encierra ya un fabuloso mundo de sugerencias: el movimiento como generador de vida; la integración del hombre con el Universo que le circunda; su lucha titánica para zafarse de los encadenamientos a que le someten unos sentidos embotados; el conocimiento de fuerzas superiores, reguladoras infalibles de

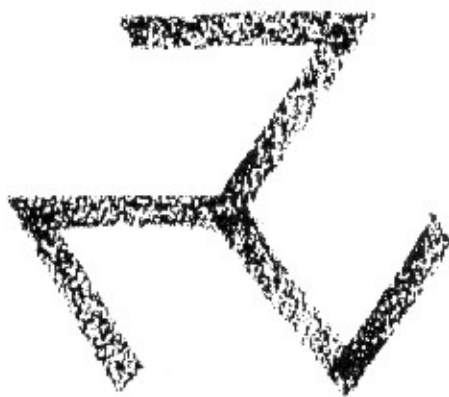
todo cuanto tiene vida. Sintetizando aún más y tomando en exclusiva el primer signo, la Trinacria, encontramos en él una síntesis de la fuerza primordial del puro ser, que lleva en sí una potencia ilimitada. Es la representación de la Triada: Mente, Pensamiento, Acción, con sus trazos perfectamente imbricados para dar la auténtica imagen del elemento único que los relaciona: el movimiento. Nada más simple y nada más profundo.

Tanto en la serie a la que acabamos de referirnos, como en otros muchos signos presentes en este capítulo —no olvidemos las cruces rodadas o ruedas solares, por ejemplo—, alienta un evidente esoterismo. Pero, una vez más, hemos de insistir en que resulta inevitable que tal cosa suceda ya que es el dibujo llamado lineal, como manifestación gráfica por excelencia, uno de los medios más propicios para representar mediante su esquemático trazado una idea definida. Y no existe arbitrariedad en esta representación más que a los ojos del no iniciado, el cual lógicamente ignora las razones que han motivado la selección de aquellas figuras como fieles exponentes del concepto que ha de transmitirse. Sucede aquí lo mismo que en todo sistema de lenguaje cifrado, de código. Solamente la categoría del mensaje diferencia este sistema de signos de cualquier otro.

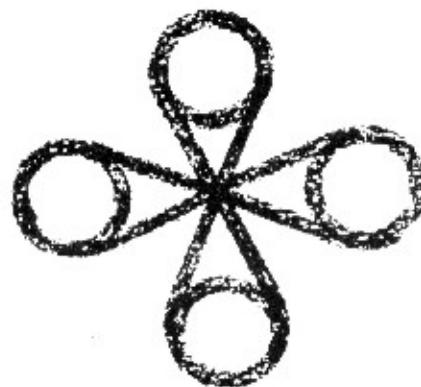
En cuanto a los talismanes que se incluyen, quisiéramos hacer también una breve advertencia. Sería muy raro, por no decir imposible, que omitiéramos en una obra como ésta alguna muestra de esos objetos mágicos cuyo poder radica precisamente en los grafismos que en ellos se encierra. Está claro que nos hubiera gustado dedicar todo un apartado a estos elementos, si bien y de alguna manera a lo largo de la obra hemos tocado —y aún ampliaremos en el último capítulo concerniente a las runas— multiplicidad de signos que bien pueden utilizarse como talismanes. Gran variedad de cruces, al igual que los signos astrológicos y ciertos pentáculos correspondientes a los capítulos ya tratados, revisten esa característica mántica. No obstante y dado que gran número de objetos mágicos están formados no ya por trazos esquemáticos sino por formas simbólicas que se apartan notoriamente del cometido de este libro, hemos preferido marginarlos en función de la mayor homogeneidad de contenido. No quisi-

mos obviar, sin embargo, unas pocas muestras que bien por su significación, su origen o su límpida belleza, nos han parecido relevantes.

Mención aparte merece la última serie dedicada a las simbolizaciones estelares, plenas de un rico contenido que, al margen de las valoraciones astronómicas con que las dotó el hombre desde el Paleolítico, ejercieron sobre él un perenne influjo benéfico. Así, y además de constituir los puntos de referencia, la guía en la oscura noche espacial, las estrellas capitalizaron consciente o inconscientemente una real, si bien lejana, fuente de esperanza, de esplendor y serenidad. No es pues de extrañar que, mucho más tarde, cuando se necesitaron mecanismos de interpretación para que la Humanidad no perdiera su vinculación con el Cosmos, el Tarot incluyese en la línea correspondiente a la Estrella la inmortalidad, la revivificación a través de la vida eterna del símbolo. Así está compuesta esta gran representación, formada por dos estrellas superpuestas que corresponden a la dual naturaleza del hombre: la humana y la divina. He aquí a Sirio, estrella del León, el astro salvador de los hombres, el equilibrio de los contrarios en la Unidad Perfecta. Sin lugar a dudas, las simbolizaciones estelares, tan vinculadas a los Pentagramas y Exagramas talismánicos, constituyen uno de los elementos más representativos de la esencia humana que, al mismo tiempo, inciden, como dice Bourgeat, sobre la influencia que todo lo astral ejerce sobre el nacimiento de los seres.



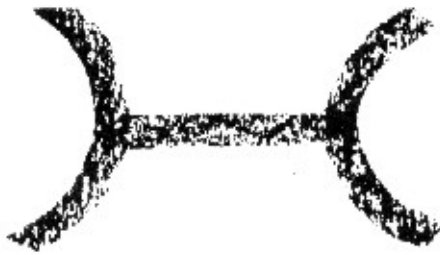
El signo de Trinacria o *Triskelion*. Posiblemente se deriva de tres triángulos que han perdido uno de sus lados y se apoyan en los vértices. Esta figura da la impresión de moverse hacia delante, girando sobre un eje central. Es un signo claro del concepto de la evolución.



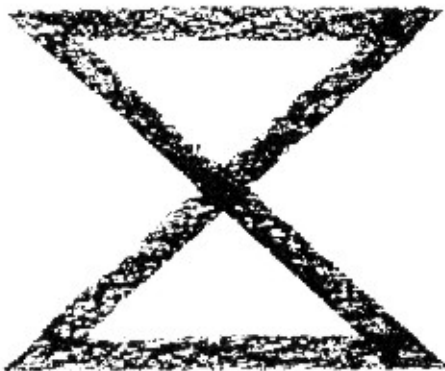
Este talismán tuvo su origen en la concepción gnóstica del mundo. El principio masculino, llamado a veces Primer Padre, y el femenino, o Pensamiento, generan el Espíritu y la Vida. Esta tétada básica de una teogonía eminentemente mística, estuvo posteriormente influenciada por las corrientes cabalísticas y alejandrinas. Debido a ello muy bien se podría considerar este signo como una representación más concreta de los cuatro elementos cósmicos.



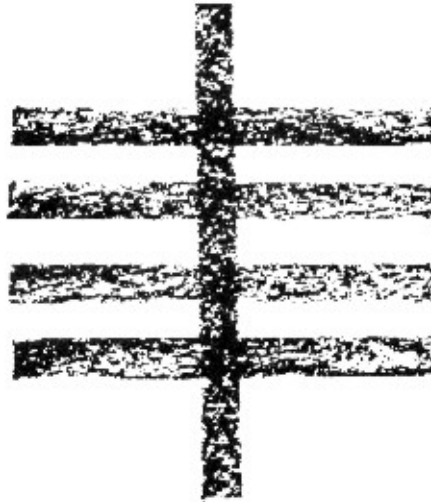
El *Triquetrum* reemplaza frecuentemente al signo anterior. Se basa en la misma idea de movimiento en forma de una rueda giratoria.



La Luna en sus posiciones creciente y menguante, entre las que se desarrolla el curso de la vida. Esta figura constituye una simbolización perfecta de la amplia y determinante influencia ejercida por nuestro satélite sobre la existencia humana.



Talisman árabe de clara influencia mística.
Cuando las figuras se unen en esta forma, la parte superior del signo representa el Triángulo acuoso de la amabilidad, la sabiduría y la nobleza mientras que la parte inferior corresponde al Triángulo ígneo de la ira divina.



Simbolo oriental del peregrinaje del alma a través de la vida. Superando los cuatro cinturones del mundo, o elementos, consigue su purificación. Así vuela el alma desde el mundo de las tinieblas hacia la Luz.

Los signos que presentamos a continuación nos llegan desde los pueblos germánicos más remotos y son un fiel exponente de la asimilación de las teorías esotéricas arias. Realmente, muy poco más puede decirse de su significado al margen de las consideraciones hechas en los capítulos precedentes.

Veamos seguidamente tres hermosos talismanes basados en el poder de los signos primordiales:



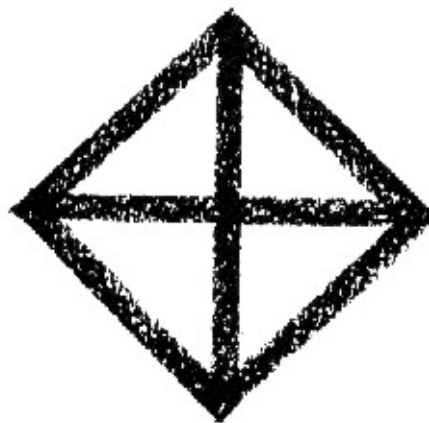
Cruz del Sol o Cruz de Wotan.



El Ojo de dragón.



La rueda de ocho radios.



El Ojo de Fuego.



Signo de las Cortes Uránicas o Celestes, también llamado símbolo de los ocho ángulos.



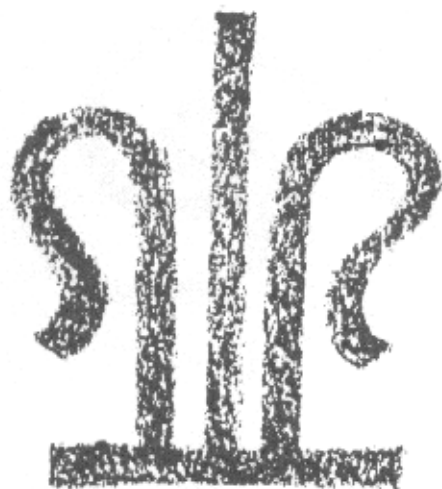
La ola.

Recogemos ahora unos trazados que son representaciones cuidadosamente simplificadas de una sugestiva interpretación de la condición y exaltación del individuo. Como fácilmente se apreciará, los dos primeros hacen referencia al incesante flujo de la vida.

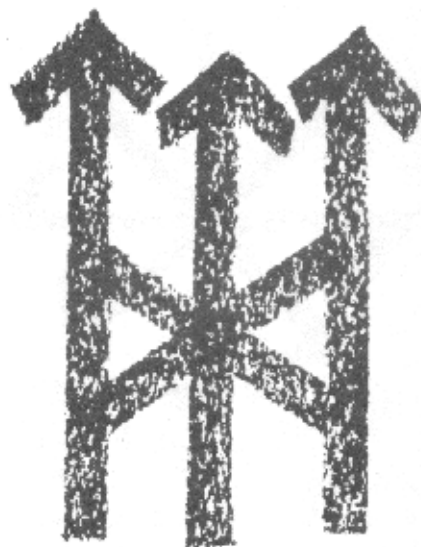


Agua en movimiento.

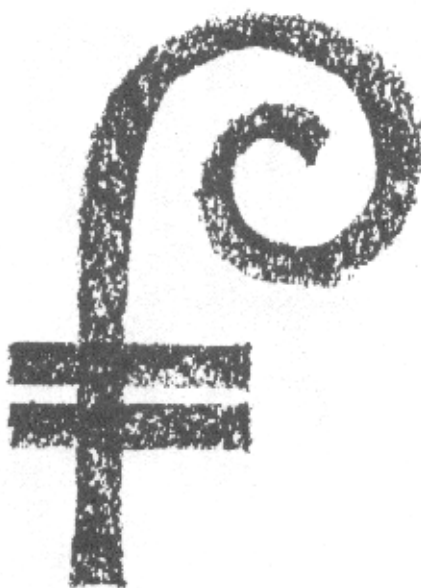
El antiguo signo del lirio suele encontrarse a menudo en los escudos de armas. La parte superior está formada por la clásica flor de lis.



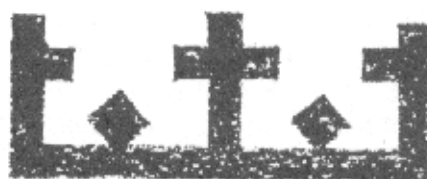
Lirio de Clèves, parte superior asimismo de la flor de lis. Se halla comúnmente también en los escudos heráldicos.



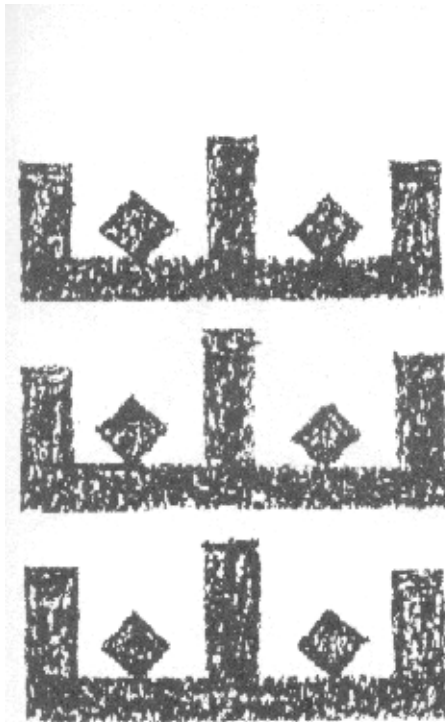
Las flechas enlazadas son una representación evidente de la unidad del clan.



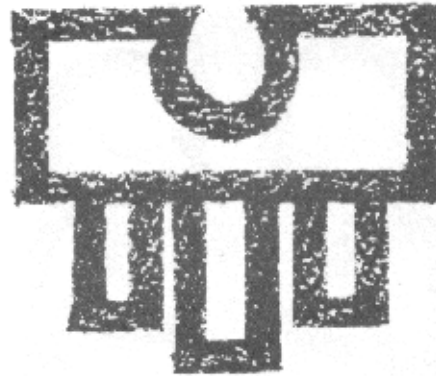
Báculo, símbolo del pastor o del obispo.



La corona como representación de la máxima realeza. Digamos al respecto que no fue hasta bien entrada la alta Edad Media cuando empezaron a establecerse distinciones entre las distintas clases de coronas como exponente del poder que cada una de ellas representaba.



En los antiguos calendarios, las tres coronas son un símbolo de los tres Magos. También hay en ellas una significación iniciática: cada una se corresponde con los tres centros que el hombre debe dominar: Físico, Intelectivo y Espiritual.

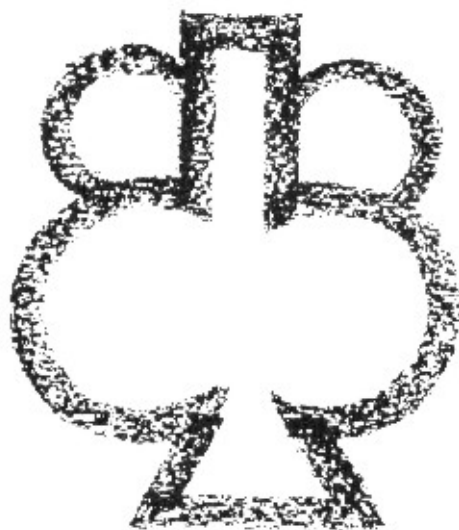


La ciudad destruida, bien porque tal destrucción ya se ha consumado o porque es necesario consumarla.

Normalmente, las reproducciones o símbolos de destrucción se expresan invirtiendo la figura tratada como ya se ha visto en otros ejemplos.



Símbolo de la ciudad floreciente.



Escozo simplificado de una jarra, símbolo del recipiente sagrado contenedor de todo líquido Vital. La vasija, la copa (el Grial legendario, en una palabra) tuvo siempre un alto poder evocador en el hombre, preocupado por el autoconocimiento y la elevación espiritual.



Ésta de tres puntas que aquí vemos, se encuentra muy raramente. Por lo demás, se nos hace muy difícil reconocer en este diseño una auténtica estrella; más bien tendríamos que pensar en un talismán representativo de los tres mundos.



Exponemos ahora varias reproducciones del tema de la Estrella que, en su trazado más sencillo, tiene multiplicidad de formas.

La estrella de cuatro puntas es cruciforme y tiene el significado de una solemne y grave advertencia.



La de cinco puntas posee diferentes interpretaciones. Nos da, sobre todo, la impresión de felicidad y animación.



La estrella de seis puntas tiene el mismo mensaje de urgencia y solemnidad que la de cuatro, aunque, en este caso, la forma sea más rica y plena. Debemos reconocer en ella la auténtica y verdadera representación de la estrella que satisface, más que ninguna otra, el concepto que se tiene de la misma. De su significación esotérica hemos hablado ya repetidamente.

Finalmente, anotemos que existe una variada gama de signos estelares con siete puntas que repiten los atributos de la de cinco, y otras que, asimismo, repiten los contenidos que caracterizan a las de cuatro y seis respectivamente.

14. Las runas

Finalizamos esta obra con un capítulo, escogido de forma intencionada, que sirve de perfecto colofón a cuanto a lo largo de los precedentes hemos querido reseñar. Porque si ya en la introducción insistimos acerca del valor que el signo tiene —refiriéndonos, por supuesto, al no codificado alfabéticamente—, como escritura primordial, quizá sea en estas páginas donde más claramente o, mejor dicho, más directamente se denote esa virtud.

Para muchos tratadistas las runas son los primeros signos que han expresado el pensamiento del hombre. Una afirmación de tal envergadura nos dará idea de la importancia que tienen estos grafismos.

Hasta finales del pasado siglo se mantuvo la tesis de que las runas fueron una derivación de los alfabetos fenicios y griegos, hecha por los godos sobre el siglo II de nuestra era, aproximadamente. En principio, estos signos fueron 24 y con ellos se compusieron los antiguos poemas rúnicos —los *Runeled*—. Sin embargo, al hablar sobre su origen, el investigador Alain de Benoist sostiene que, lejos de ser las runas una derivación o modificación de aquellos alfabetos, fueron el griego y el resto de las lenguas latinas una consecuencia de la escritura de los hombres del Norte.

En su época remota —quizás en el Neolítico— las runas se esculpieron enteramente en las rocas, aprovechando el carácter sagrado e imperecedero de la piedra. Posteriormente se utilizó la madera, y más concretamente la corteza de abedul, para tal fin. En Suecia, por ejemplo, se encontraron más

de 2.000 piedras cubiertas de signos rúnicos y no olvidemos que los monjes cristianos, acérrimos seguidores de su maestro y conversor, san Patricio, destruyeron muchos millares en Irlanda.

La delimitación geográfica en que podemos encontrar estos signos es muy grande, si bien la mayor parte fueron hallados en la Europa Septentrional, su indiscutible lugar de origen. Todas las lenguas nórdicas primitivas, como el antiguo alemán del Norte, el islandés, noruego, finlandés, anglosajón antiguo, etc., están plagadas de grafismos rúnicos, pero igualmente se descubrieron otros en Nortamérica —llevadas, sin duda, por los exploradores vikingos—, en Siberia y hasta en las islas del Pacífico y Asia Septentrional. Casi podríamos afirmar que, como patrimonio cultural y mágico de aquellos impenitentes viajeros que fueron los hombres del Norte, las runas dieron la vuelta al mundo.

En lo que atañe a su forma, digamos que inicialmente estaban compuestas por signos en los que predominaban los trazos rectilíneos y básicamente verticales ya que eran éstos los que resultaban más cómodos para ser grabados en piedra. Más tarde, al comenzar a ser usada la madera, se procedió a redondear ocasionalmente ciertos ángulos. Todavía en épocas más tardías, las runas fueron sustituidas por los *oghams*. El abecedario oghámico —de origen galés, según varios autores— estaba formado por veinte letras, cuyos trazos se relacionaban con distintas especies de árboles. La notación oghámica poseía una conexión secreta con distintos elementos cósmicos, si bien la vinculación con lo divino, patrimonio de las runas, se encontraba notablemente deteriorada. Como dato curioso apuntemos que en los países nórdicos las runas se mantenían parcialmente en uso en tiempos tan próximos a los nuestros como pueden ser los siglos xvii y xviii.

Al margen de todos estos datos puramente referenciales, nos gustaría profundizar un poco más en el originario y dual significado de estos grafismos. Porque siendo las runas uno de los sistemas de escritura —al menos en la Europa Occidental—, nada de extraño tiene que se encuentre preñado de un sentido mágico religioso. Cada runa gozaba de un significado doble y de un carácter sagrado; en realidad, poseían un alto valor simbólico. Es aquí, precisamente, donde el signo

adquiere toda su plenitud y trascendencia, ya que cada una de las figuras está imbuida de la fuerza mágica, del poder que le otorgan o bien los dioses que representan, o bien los objetos a los que hacen referencia. Por este motivo, las runas son al tiempo que un alfabeto, un código sagrado y no nos sorprende que fuera obligado preservar secreto el contenido de los signos, que conocían exclusivamente los iniciados. Era necesario, también, grabarlos con sumo cuidado, escoger meticulosamente los útiles que se habían de manejar —el hierro, por ejemplo, estaba prohibido— pues se trabajaba con algo sumamente importante. «Sobre la madera se graban al fuego las runas y luego sus trazos se cubren con la sangre de un animal sacrificado. Se recitan en voz baja ciertas fórmulas y el sacerdote firma con su nombre.» Ésta puede ser una parte del ritual de consagración. Sobre el pedazo de abedul ya se han depositado los conjuros que atraerán a las fuerzas de la Naturaleza, los poderes que radican en cuanto nos rodea y que, según la creencia de los antiguos germanos —que atribuían a los objetos una fuerza especial— se comunicaba a las personas y las cosas.

Las runas mágicas fueron peculiares del Norte de Alemania y si bien el conocimiento que sobre ellas tenemos es fragmentario, podemos afirmar que los trazos que se grababan en ellas llegaban a adquirir todas las propiedades y características de lo nominado, de lo representado. De esta forma se podía trabajar sobre el bien y el mal: el trazo ↑ otorgaba la victoria; X le protegía a uno contra la bebida envenenada; Π provocaba la locura. Ciertas runas esculpidas en una copa o vasija, producían amnesia al que en ellas bebiera; un licor envenenado perdía su poder si las runas grabadas en el recipiente eran benignas. Éstos son algunos ejemplos del poder de los signos mágicos, conocidos tan sólo por muy pocos. Como dato anecdótico digamos que el famoso bardo Egill fue un singular representante de mago rúnico. El número de historias que se cuentan acerca de él es muy grande; algunas serán producto de la leyenda e imaginación popular y posiblemente falsas; otras pudieron muy bien ser ciertas. En cualquier caso, no cabe duda de que conocía a la perfección el significado y valor de los signos y estaba capacitado para actuar sobre ellos. Hay que tener muy presente que

el nivel de poder de algunas runas se entroncaba con la divinidad —el mismo dios Odín se servía de ellas para dirigir las fuerzas del mundo—, siendo precisamente éstas las más secretas.

A la vista de la importancia que las runas tenían para los pueblos nórdicos —especialmente las mágicas— que podían atraer la muerte y predecir el futuro, es comprensible que la Iglesia Romana, lejos de buscar una fórmula de comprensión, las prohibiese. Las ordenanzas eclesiásticas del siglo xiv contra este tipo de signos fueron muy duras. Aún así, su utilización perduró a lo largo de los siglos y no se nos hace extraño encontrarlas en el propio código militar de la monarquía sueca.

Ciñéndonos ya al contenido de este capítulo diremos que la mayoría de las figuras incluidas en él pertenecen al alfabeto rúnico más antiguo, pues en realidad hubo tres a lo largo de los siglos. Hemos querido, asimismo, mencionar también bajo cada signo las equivalencias con nuestro propio alfabeto.

Como podrá observar el lector, la última parte del capítulo está formada por los doce signos zodiacales rúnicos. No hemos podido resistir la tentación de incluirlos ya que el vínculo existente entre el Cielo y el Hombre del Norte fue muy grande. Al igual que los egipcios y caldeos, que los mayas e hindúes, también ellos practicaron una Astronomía y Astrología que no por ser distintas a las nuestras fueron menos válidas. Para Robert de Largerie los ideogramas zodiacales rúnicos son «evocaciones cósmicas comprensibles, cuya clave reside en una adaptación de ciclos y cuyos signos no tienen por qué resultar obligatoriamente extraños. Es la reproducción de estructuras comunes al macro y microcosmos, en su movimiento continuo. Por lo que al hombre concierne, son el fruto del entendimiento de la criatura pensante, reconocida. Es lo que simboliza, y por ello, la universalidad de su representación sugiere una organización intencional de la criatura».

De acuerdo con este punto de vista, las runas son reproducciones arquetípicas del Cosmos con el que tenemos que estar, y estamos, totalmente acordes.

Las civilizaciones que realizaron inscripciones zodiacales en el suelo, escogieron siempre para hacerlas altos lugares

telúricos, en los que fácilmente se daban cierto tipo de vibraciones que servían para «recargar» de energía al individuo. Es muy probable que las runas, cuya expresión sonora era de índole muy particular, estuvieran, como dice M. Moreau, en relación armónica con esas vibraciones telúricas y estelares. Tal especie de acuerdo musical entre Cielo y Tierra formó parte del patrimonio mágico-religioso de múltiples pueblos, e indiscutiblemente, estuvo muy vinculada a esa realidad que alguien llamó «música de las esferas».

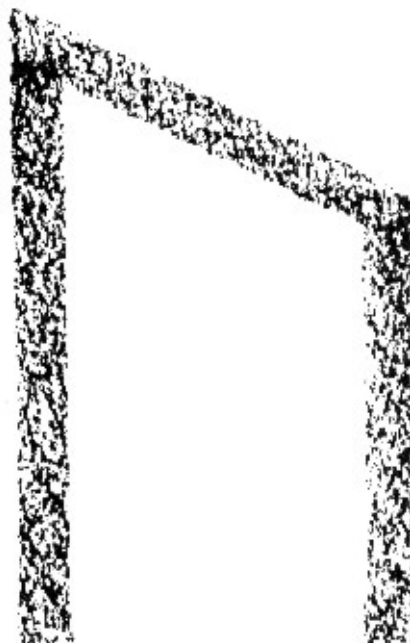
Los celtas hacían vibrar las piedras de los dólmenes para crear emanaciones magnéticas aplicables a fines prácticos. A este respecto diremos que no es extraño encontrar en las mesas dolménicas, cúpulas grabadas con representaciones de la Osa Mayor. También las runas están muy vinculadas a esas runas, porque el hombre del Norte, inmerso durante gran parte del año en una noche inquebrantable, se abismaba en la contemplación del Cielo, de los astros que generan vida e influían sobre su destino. Y este Norte que, en palabras de R. de LARGERIE, es para los arios el país de sus antepasados y la puerta de las almas desde los vedas hasta Platón, supo buscar en el firmamento un camino espiritual cuyo significado no es ya comprensible para el hombre de nuestros días.

Hecha esta pequeña aclaración sobre el tema, demos paso ya a las representaciones rúnicas más significativas.

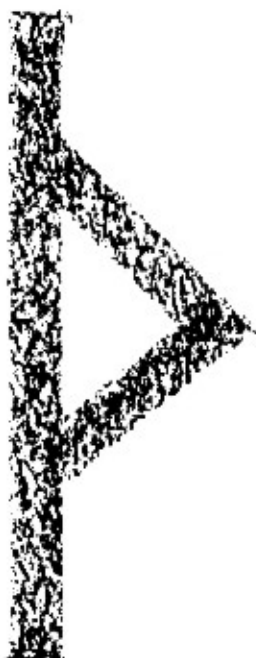
A través de todos estos grafismos, en sus formas básicas,



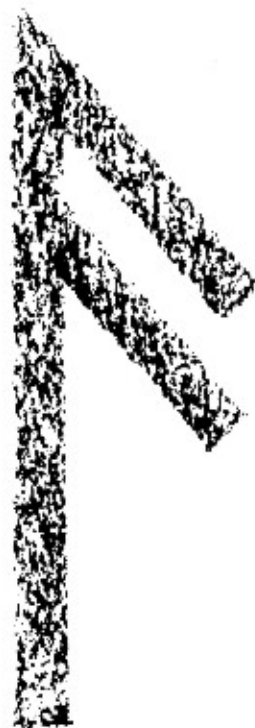
La feu, o fe. Signo del ganado en general. Correspondería a nuestra actual «f».



Ur. Signo para el bisonte. Equivaldría a nuestra «n» actual.



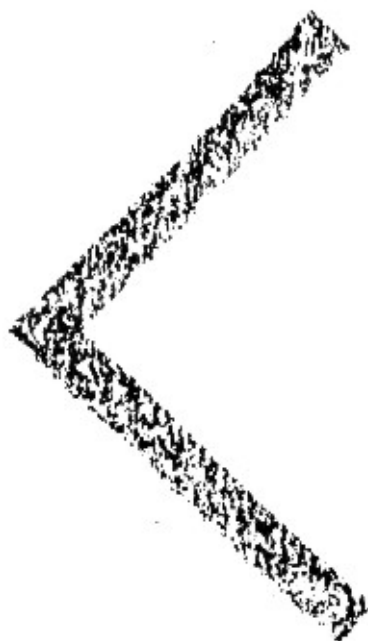
Thurs = signo del gigante.



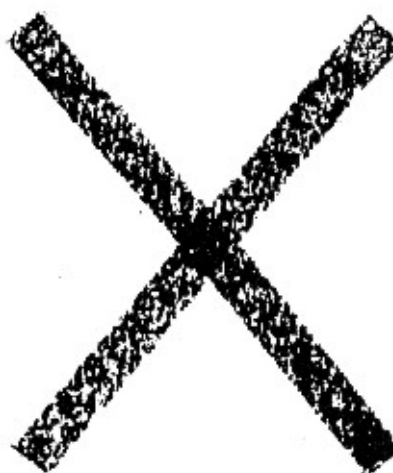
Ansur, ansa o ans. Signo de Dios. Corresponde a nuestra «a»



Rad o *reid*. Signo de la rueda del carro, del elemento giratorio. Es equivalente a nuestra «r».



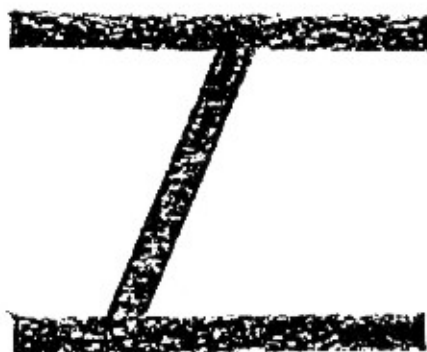
Ken o *kaun*. El hacha o la antorcha. K.



Geofu = regalo.



Wynn – bienestar, consuelo.



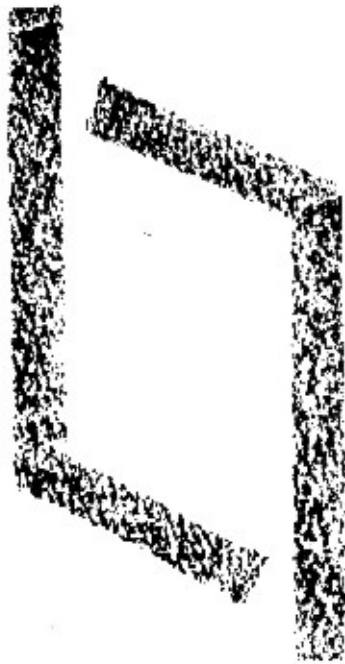
Hagal. Es el signo del grani-
zo, pedrisco. También era equi-
valente a la fórmula de salu-
tación ¡Ave! Corresponde a
la «h».



Nied o *naud* = esclavitud, fatalismo. Corresponde a la «n».



Is – hielo. «l».



Jara = el año.



Peorth.



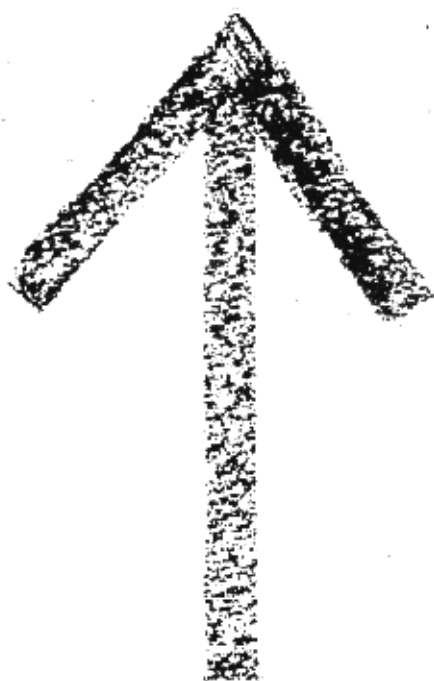
Yr = muerte. Es el signo, también, del árbol de tejo.



Ilhs. Signo del alce.



Sygil. El Sol. Equivale a la «s».



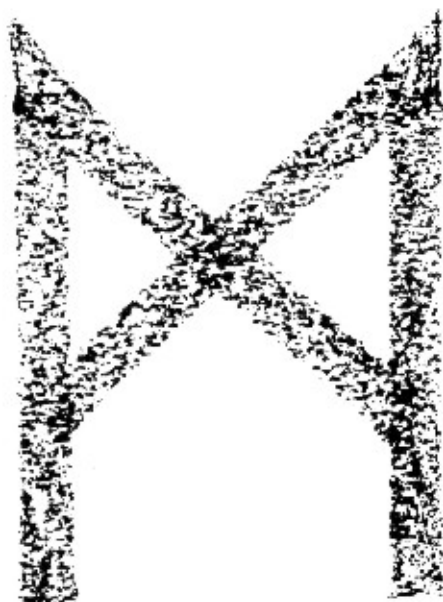
Tyr = el honor. Signo del dios Tyr. Equivale a la «t» y a la «d».



Biarkan o *biork* = el abedul. Equivale a la «B» y a la «P».



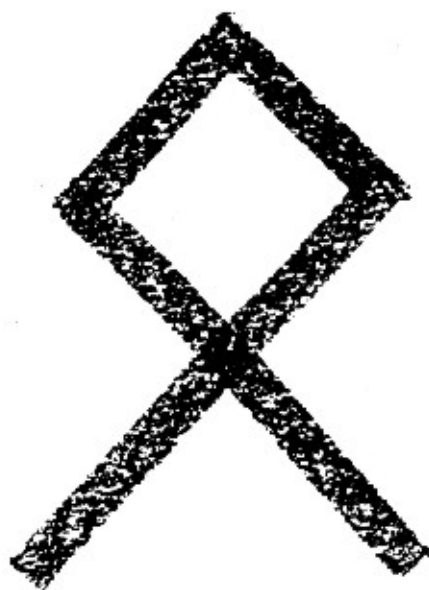
Eah = el caballo.



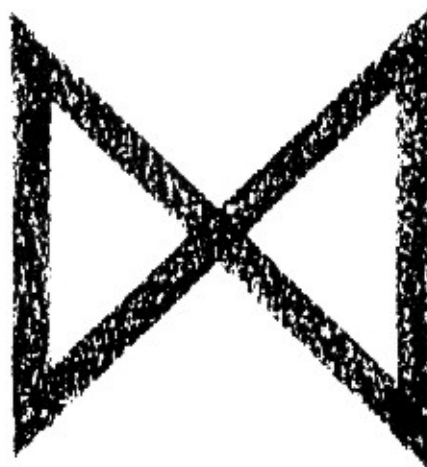
Man o *máder* = el hombre,
la Humanidad. Equivale a la
«M».



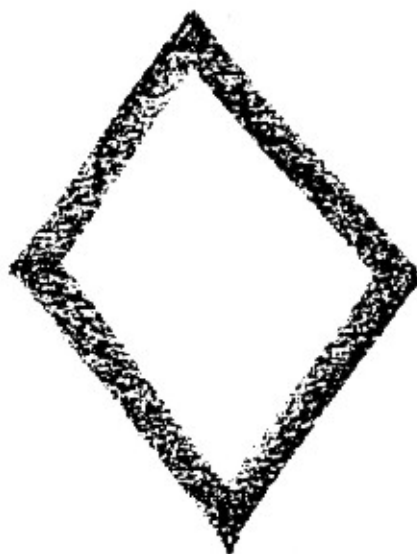
Lagu o *logr* = el agua, el mar.
Equivale a la «L».



Ogal, signo de la posesión,
de la propiedad.



Dag, el día.



Ing = signo del dios Ing.

Pasemos ahora a reseñar los signos rúnicos correspondientes al zodiaco. Aunque en esta serie solamente incluimos los doce clásicos, parece ser que, en un principio, hubo dieciséis, que posiblemente representaban constelaciones solamente visibles en ciertas regiones nórdicas.



Acuario.



Piscis.



Aries



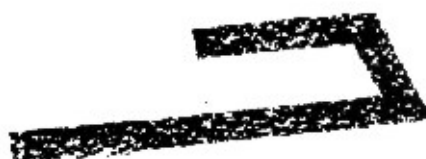
Géminis.



Tauro.



Cáncer.



Virgo.



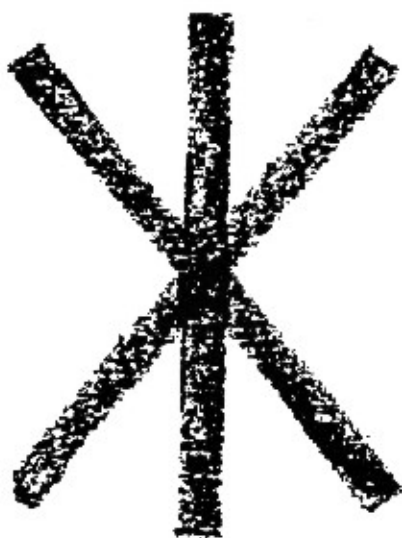
Libra.



Leo.



Escorpio.



Sagitario.



Capricornio.

A través de todos estos grafismos, en sus formas básicas, plenos de una gran riqueza de significación y simbolismo, quizás el lector se haya sentido transportado hacia las remotas e insondables eras que la Humanidad vivió en el extremo occidental de nuestro planeta; hacia aquel reino boreal y legendario de Thule, del cual las runas pudieron ser un último legado; un legado que para muchos continúa poseyendo toda su fuerza mágica y divina.

Y es así como finalizamos una obra en la que hemos querido ofrecer al lector una visión panorámica, aunque forzosamente rápida, del signo a través de sus manifestaciones más singulares. Conscientes de nuestras propias limitaciones, sabemos muy bien que, sin pretenderlo, pudimos haber silenciado en estas páginas fuentes del conocimiento, movi-

mientos culturales, etc., cuya riqueza semiológica sin duda pudo ser muy importante. Sirvanos de justificación la dificultad, por no decir la imposibilidad, de abarcar por entero un campo tan vasto como el aquí tratado. Lo que sí hemos procurado a lo largo de este libro es dar honestamente una pauta para que, cumpliendo el deseo de Lao-Tsé, volvamos a encontrar el verdadero sentido de la palabra, en esta ocasión por medio del signo. Ojalá hayamos contribuido a ello aunque fuera en una mínima parte.